This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

NYPL RESEARCH LIBRARIES
3 3433 07437023 4

*

COLOMBIANOS CONTEMPORANEOS

LOS POETAS

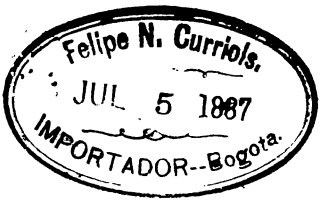
*

LA LIRA NUEVA

(Con privilegio exclusivo).

LA

LIRA NUEVA



BOGOTÁ

IMPRENTA DE M. RIVAS & C.ª

1886

788984
TILDEN FOUNDATIONS
1907
R L

PRÓLOGO.

BREVES sean las presentes líneas.

Y líbreme Dios de pensar que necesite de ellas este libro, tanto porque mías no las há menester ninguno, como porque no las requiere en prosa una obra en verso, pues que por sí sola forma ésta, ó tiene de formar, un cuerpo íntegro de ideas, sin ampliaciones ni notas, á causa de que el arte, por serlo, no es susceptible de enmienda ni adición, siendo como es la reducción de lo infinito á lo finito, eterno en intensidad, si bien en extensión limitado.

Empero, trazo estos renglones porque, aunque formada esta obra de elementos heterogéneos (pues tampoco se presenta en lo intelectual esa *homeomeria* de los griegos, que refutó Lucrecio tan poéticamente), constituye de suyo un conjunto de ideas que engendran deducciones claras para el tinoso lector ; tan claras, que á pesar de que abrigo muy poca confianza en mí mismo, la tengo bastante en las razones que se desprenden de este libro, para que ellas brillen por sí solas y hagan que el crítico lea entre líneas lo que en las mías propias, por defecto de estilo, no se exprese debidamente.

Algunos amigos, interesados por el lustre de las letras patrias é iniciados en el movimiento intelectual que de años á esta parte se verifica entre nosotros, concibieron á la vez la idea de un libro que marcara el camino recorrido y enseñara el que debía transitarse en lo venidero ; y, como de acuerdo, vinieron al humilde autor de estas lineas para que lo formara, acopiando las poesías que corrían perdidas en nuestras colecciones de periódicos, ó requiriendo privadamente las que, por humildad ó por el sentimiento contrario, guardaban inéditas los autores, como en verdad lo son las más de las que figuran en La Lira Nueva.

Esa coincidencia de pensamiento denota que había necesidad de una obra como la presente.

Notábase dondequiera, á principios de este siglo, si bien no queremos determinar lugares ni épocas, una necesidad de despertar el arte, adormecido en cierto seudo-clasicismo que sólo participaba de la escuela clásica verdadera por la frialdad marmórea de las estatuas helénicas, mas no por el calor de

líneas que enseñan las obras de los maestros. Byron en todas las suyas, Hugo en las que dió á luz después de las *Baladas* y antes de las *Contemplaciones*, y luégo Heine en Alemania y Zorrilla en España, entre otros tantos, respondieron á la necesidad indicada. De ese movimiento general, y del particular que el último de los poetas citados imprimió en la Península, se engendró entre nosotros, como ya se ha observado, * cierta escuela que fué seguida con juvenil arrebato por los que sentían ardores en las venas y deseos de ritmos marcados que respondieran á sus decantadas pasiones. Los pocos que no quisieron dejarse arrastrar por la corriente, callaron esperando á que pasase, ó buscaron por solo refugio contra la *oriental* francesa la casera letrilla castellana.

Sólo que toda reacción va más allá del justo medio, y engendra así nuevas acciones y reacciones que se compensen.

Esto por lo que respecta á nuestro pasado en literatura, al pasado anterior á las nuevas causas generadoras de este libro. Y de todo aquello ¿ qué nos resta ? La memoria simpática, si bien débil, de unos caballerescos caracteres que, mejor conducidos, más alumbrados y menos deslumbrados, sin influencias de artificio y no artísticas, hubieran aprovechado el calor juvenil en labores que hoy nos sirvieran de ejemplo.

Este sólo nos lo han dado los que se apartaron de la escuela indicada, ya por consciente movimiento, ya por natural instinto.

* *Prólogo* del doctor Camacho Roldán á las POESÍAS de Gutiérrez González.

Por eso los autores que figuran en este libro recuerdan hoy día con tanto amor como en los que fué escrita, la poesía nerviosa de Caro, padre, nerviosa en el doble sentido de la palabra, así pujante como sensible; al par que los trabajos de Ortiz, con especialidad aquellos que enseñan nuestra franca y llena poesía explotada por Bello, el *americanista* por excelencia, y seguida en *los Colonos*, donde el artista ansía por vindicar los días idos, y los hace renacer á nuestros ojos, no con la sombra de las cosas muertas, sino con la morbidez de las cosas primitivas.

El señor Caro, hijo, eminente por tantos esfuerzos y apreciado por tantos títulos, se ha conservado seguro modelo, pues lleva en sus varios tonos, clásicos todos ellos, para los que gustan de la ingenuidad de los primeros años, la magna sencillez de su poesía intitulada *Sueños*, y para los que buscan cuerda de nota más grave, la sencilla magnitud de la *Vuelta á la patria*. Por la delicadeza del pensamiento y de los ritmos, no puedo menos de recordar aquí algunas estrofas de la primera.

Reclinado sobre hojas macilentas
Que el tronco cercan del anciano aliso,
En tu verde ribera solitaria,
¡Oh claro río!
Miro los montes,
Los cielos miro;
Doy suelta al pensamiento, y el pensamiento vago
Se aduerme de tus ondas al amoroso ruido.

.....

Si Adán resucitase no hallaría
Señal ninguna de su Edén perdido
En moradas de reyes ni de damas.
Pero este sitio,
Estos aromas,
Estos sonidos
Le traerían ensueños floridos á la mente
Y olvidados afectos al corazón marchito.
.....

¡ Ay, que todo lo bello es momentáneo !
¡ Ay, que todo lo alegre es fugitivo !
Las espumas, las nubes, los amores.
¡ Oh claro río !
Miro los montes,
Los cielos miro;
Doy suelta al pensamiento, y el pensamiento vago
Se aduerme de tus ondas al amoroso ruido.
.....

¡ Ay, que para morir las alegrías
Toman de la tristeza el colorido !
Tus murmullos en ecos se prolongan
Que son suspiros,
Y en sombras mueren,
¡ Oh claro río !
Así á las frescas voces de los primeros años
Los años que en pos vienen responden con gemidos...

Gutiérrez González, que «no escribía español sino antioqueño,» nos ha dado muestra, y muy alta, de lo que podemos hacer con los elementos que nos brinda la Naturaleza

por estas tierras, pues de la que cría el maíz como ninguna otra, salió el afortudado cantor de aquel afortunado grano; cantor ingenuo y querido que, así como Epifanio Mejía, nos halaga con ese sabroso paisanaje característico en los cuadros rimados de Groot, quien para descansar en ocasiones de sus empresas, y no infructuosas, por limpiar los timbres de la gloria nacional y enderezar conceptos erróneos, buscaba en el campo, con cierta tendencia al realismo flamenco, ocasionada tal vez por inclinaciones de sangre, lejos de las afectaciones de la época, la lozana poesía en las mejillas sonrosadas por el buen aire y el trabajo noble, que ostentan nuestras mujeres de aldea, y en las atléticas formas de nuestros gañanes, domadores de robles en la selva y de torvos novillos en el llano.

No omitiremos, por cierto, á Pinzón Rico y á Isaacs, ambos de imaginación generosa, y orgullo de las letras que han ilustrado. El primero, menos singular y vago en concepciones que el segundo, y deseoso de consultar el oído de los lectores, aspira ante todo á hacer cadentes sus estrofas, como lo son en verdad las muy originales del *Despertar de Adán*, que vibran en el labio de cuantos las han leído, y que encierran notas tan altas como las siguientes:

Palpó sus miembros: túrgidos, ilesos,
Aun conociendo en Eva sus pedazos;
Y palpitaron en sus labios besos,
Como vibraron en su pecho abrazos.
.....

Se infiltraron doquier fuerzas secretas
De gestación inmensa en los afanes,

Y el éter, envidioso, ardió en cometas,
Y la tierra, envidiada, hirvió en volcanes.
.....

Y del Edén los ámbitos, estrechos
Quedaron á los seres trasfundidos;
Y el mar cerúleo se pobló de lechos,
Y el bosque inmenso se colmó de nidos.
.....

Isaacs es poeta por sus páginas en prosa y por sus versos, pues ha escrito el libro más popular en Colombia, uno de los más conocidos en América, la *María*, á la vez que sus fantasías de colorido oriental,—á causa de su sangre judía, en lo cual tiene orgullo el autor del *Saulo*,—como son esos sus avestruces de gordo plumaje sobre el cual salta la idolatrada, y aquellas sus estrofas colombianas con nostalgia de tierra hebraica, flores de cactus andino guardadas en las amarillas páginas de una Biblia.

Extraño rimador de extrañas filosofías, seduciendo á unos con su frase loca, y espantando á otros con su herejía condensada en estrofas que golpean, Núñez ha hecho impresión marcadísima en los ánimos, y se nos presenta como quien levanta con mano segura, en presencia de soñadores que quisieran mirar el lado azul de la vida, los pliegues de sudarios viejos, y enseña, en medio de una repugnancia que atrae, el vacío de cosas que se creían llenas y la plenitud de cosas que debieran estar vacías.

A fe que hemos de hablar de Pombo, «amamantado en el romanticismo,» sin que la originalidad le haga perder

la severidad, enemigo personal de los lugares comunes, y amigo, en consecuencia, de pensar lo que nadie haya concebido ó de expresarse en frases que nadie haya gastado; cuya inspiración, así en las interpelaciones de la *Hora de tinieblas*, que cierto círculo de admiradores se empeña en presentar como la mejor poesía de tan alto poeta, como en las dulzuras tristes y de melancolía *yankee*, con retoques de Longfellow, contenidas especialmente en la *Elegía*, halla siempre, en espasmos de ideal, una frase que vibra como saeta, y que como saeta se clava.

De Fallon podríamos decir lo que todo el mundo dice, y así escribir mucho sobre quien finca su gloria en haberlo hecho con parquedad así como con perfección. Basta recordar, si alguien por ventura lo ha olvidado, ó por desventura, que es el autor de *La Luna*. La poesía de Fallon tiene la serenidad de las cosas grandes.

Consignaríamos aquí un nombre querido para nosotros, que figura al frente de páginas llenas de rica fantasía, si no temiéramos que se llegara á interpretar nuestros conceptos por afecto de sangre; así como trataríamos más en extenso el asunto, estampando opiniones sobre otros autores que se han distinguido, aunque no en tono sostenido, por alguna página feliz; pero el temor de cansar con nuestro estilo, nos hace prescindir de comentar el de otros. Autores hay de éstos que han querido fijar el pié en la huella de algún maestro del siglo de oro, y pretendido marcar tendencias clásicas en sus estrofas, y han logrado en alguna ocasión feliz resultado, si bien las más de las veces caen en rebuscamientos, se engolfan en un clasicismo que no lo es, traen por los cabellos arcaísmos,

gastan cierta amanerada sencillez, si cabe la frase, y enseñan á las claras que no ven á las idem ni alcanzan á distinguir entre el espíritu vivo del maestro y la palabra muerta de la obra. Hay escritores de los mismos que omito, que se distinguen por algunas buenas estrofas, pero llevan por lo general rumbo tan perdido en materia de gusto, y se muestran, por el manejo de lengua, tan poco acostumbrados al manoseo de los clásicos en castellano, que hacen olvidar lo que en momentos de calma y seso escribieron.

Esos que atrás mentámos son los que, como ya lo dijimos, han dado ejemplo á las nuevas generaciones.

Pero no ellos solos, que también han ejercido influencia, muy marcada por cierto en los nuéstros, los literatos contemporáneos de la Península, como también los que han escrito en otras lenguas á contar de fecha no remota. Ante todo queremos hacer mención de Núñez de Arce, que desechando asuntos baladíes y respetuoso por la forma y en la forma, ha regenerado la lírica española. Su estrofa predilecta, pero no de su invención como generalmente se cree, * es leída con deleite, casi con veneración, y hace que hoy gran número de los poetas jóvenes, como puede verse en este libro, quieran con-

* Zorrilla la tiene, y en Olmedo encontramos la siguiente, tal vez de casual combinación:

La tiniebla de sangre y servidumbre
Que ofuscaba la lumbre
De tu radiante faz pura y serena
Se disipó, y en cantos se convierte
La querella de muerte
Y el ruido antiguo de servil cadena.

signar en ella sus pensamientos, imaginando quizás, lo cual no carece en cierto modo de razón, que esa combinación sugiere ideas nuevas y de determinado género, ó que por lo menos las ya usadas alcanzan á no parecerlo.

Campoamor, ese travieso de las cosas serias, revolucionario como ningún otro en ideas y formas, menos en fórmulas de gobiernos; viviente paradoja de la filosofía del arte en contraposición con la autoridad del autoritario; más osado en su pusilanimidad que el autor de la *Visión de Fray Martín*, el cual es pusilánime en su osadía; Campoamor (á quien, dicho sea entre este paréntesis, tal vez se estima mejor en América que en su patria, á juzgar por ciertos escritos) con su *ingenioso ingenio* ha colmado entre nosotros la medida que él mismo da para conocer la excelencia de un poeta,—la popularidad, manifestada en el mayor número de personas de gusto que sepan sus versos de memoria, aunque aquéllas no la tengan privilegiada. Sin embargo, no tenemos aquí un solo imitador (al menos úno que valga la pena de llamarse tál), del inventor de las *Doloras* y de los *Pequeños Poemas;* y eso por razón muy sencilla :—porque éste es inimitable.

Todo lo contrario diremos de Becquer, nunca bien llorado; pues antes milagro sería el encontrar un joven que no hubiera, al ponerse á medir versos, intentado hacerlos en *becquerianas*. La regular irregularidad de forma, la sencillez de pensamiento, cierta vaguedad de tono germánico, que forma escuela aparte, constituyen la de Becquer. Y á fe que si ha habido muchos que lo han calumniado con imitaciones que no lo son, no han faltado muchos que den á la estrofa un

color blanco de perla que tienen todas las del poeta español, así como en el pensamiento la tristeza delicada de una alma de quince años que ha soñado cuarenta.

Víctor Hugo, que física y moralmente ha llenado el siglo, como privilegio concedido de lo alto, y que al comenzar, visto sólo el artista en el arte, ideó imposibles ideales, inició imposibles conquistas, y al concluír, si puede decirse que ha concluído, deja fundadas esas conquistas y realizados esos ideales, sin restricción alguna; Víctor Hugo, con sombras del Dante, osadías de Shakespeare, gritos de Job, coloridos de Góngora y frescuras de selva aprendidas en Lucrecio, ha tenido como ninguno otro atracciones para los espíritus abiertos, y muy especialmente (bueno es consignarlo, aunque pleonástico decirlo) para los poetas de La Lira Nueva. Es opinión general entre éstos que quien no estudia el procedimiento de *el Maestro*, que registró toda el arpa, no alcanza ni á mediano versista.

Vistas someramente las causas, aunque sin atender á las facultades poéticas de los que han sido así encaminados, podríamos entrar en consideración de los efectos y estudiar los versos que á continuación verá el lector; pero preferimos que éste doble la hoja y lo haga por su propia cuenta. Sólo sí llamamos la atención hacia algunos rasgos principales y generales que hacen del libro un cuerpo íntegro de ideas, como son, en el fondo, la aspiración á los asuntos filosóficos docentes y la ausencia de otros baladíes, en antes gastados por individuos egoístas é insulsos que referían al público intimidades que éste ni necesitaba ni quería saber, y desdenes de ingratas, pérdida de ilusiones, flaquezas ante

la suerte, ó desventuras por el estilo, que dejaban al relator malparado á los ojos del oyente, y aburrido al oyente con los lugares comunes de versificador tan sin fortuna; así como, en la forma, el deseo de revestir la idea con imágenes que destaquen objetivamente sus contornos, y la carencia absoluta de versos agudos, agonizantes ó ya muertos, pues si se atiende á los síntomas, se ve que los maestros contemporáneos de la lengua los han echado en completo desuso, y si á las causas, se viene en cuenta de que no tiene razón de ser aquello que no está en armonía con la índole del idioma. Séales á los agudos, así como á los esdrújulos, en otro tiempo unos y otros tan en boga, y también á los temas sin trascendencia, ya eróticos ó epigramáticos, al par que á ciertos rasgos de subjetivismo inverosímil, ligera la tierra, si bien se la deseamos pesada caso de que pretendan levantarse.

Con diversos propósitos y con tendencias filosóficas distintas han escrito los que figuran en esta obra; de consiguiente, en tal divergencia de asuntos, sólo me restaba requerir de cada cual aquello que más lo caracterizara, aquello donde mejor exprimiera su propio sér, siguiendo yo de tal suerte esa liberal independencia de ánimo resaltante en el eminente Menéndez Pelayo, á quien me unen doblemente la admiración por sus obras y el afecto que me inspira por haberme dispensado su amistad y accedido á ejecutar cierto trabajo que le pedí para una obra colombiana; independencia por la cual el autor de los *Heterodoxos* lo es en el arte, y como ninguno otro se dice pagano en estética y da todo su corazón á los poetas ante y anticristianos.

Deseamos la prosperidad de este libro, como es natural,

y para esto hacemos votos por que le salgan al paso críticos de toda suerte : si los Hermosillas, que sólo estudian un lado del asunto, el detalle, sin hacerse cargo de los propósitos más altos ó más hondos, y tienen por paradójica la paradoja y el pleonasmo por pleonástico, á fin de que, como siempre han servido, sirvan de escabel al pretender cruzarse y cerrar el paso ; y si un Macaulay ó un Revilla, para que, abarcando todo el tema, haciendo hincapié en la obra con el propósito de presentar desarrollos generales, muestren el movimiento del arte, no perfectible pero sí mudable, y el camino determinado que debe seguirse en determinada época.

***

De los que figuran en La Lira Nueva, tres poetas hay que ya reclinan la cabeza en esa sombra donde mejor se destacan las auréolas de las frentes pensadoras. Obeso, Espinosa y Escobar murieron todos tres al empezar la vida. En distintas circunstancias de origen, con diversos propósitos y carreras, y con fines ocasionados por causas diferentes, nacieron, lucharon y pasaron; pero ello es lo cierto que á cortos intervalos llegaron á reunirse en lo que empieza donde todo acaba.

Era Obeso colosal de estatura y de ambiciones. Nacido de la raza que han vindicado entre nosotros caracteres como Infante, criado en regiones donde estalla la Naturaleza, y llegado luégo á la ciudad para consagrarse al estudio en una sociedad que le era desconocida, tuvo el noble negro que encauzar sus fuerzas, las que en ocasiones le servían para emprender en estudios que fatigarían á otros, y en ocasiones

pidiendo cuenta á la vida, se rebelaban y desbordaban en pasiones y aventuras extrañas. De Obeso quedan, por ambas razones, algunos libros didácticos y de sana labor, y la *Lucha de la vida*, cuyo título indica el vigor de sus estrofas, á la vez que los *Cantos de mi tierra*, libro que, por sus tendencias y peculiaridades hará escuela poética entre nosotros; como también quedan los recuerdos de su carácter dulce y sombrío, de sus amores tan intensos como infortunados, de su caballerosidad unida á una voluntad de hierro, con la suavidad de la mano del león, y las hazañas á que lo impelía todo el fuego que una raza oprimida había puesto en su pecho de bardo atleta.

Decía un amigo nuéstro que Obeso fué un Otelo sin Desdémona que lo amara, y que hoy aguarda un Shakespeare que lo cante.

Opuestos á Obeso en constitución y carácter fueron Espinosa y Escobar: debilitados por el estudio, deseosos de afrontar la vida, al par que flaqueando físicamente al hacerlo, demasiado sensibles, como esos pobres instrumentos que abandona el artista sin poner á flojo las cuerdas, sufriendo la atrofia del cuerpo á expensas del pensamiento, aspiraron al ideal y pasaron, al lado de tantos que ni pasan ni aspiran.

Temeroso de que luégo me asaltara tardío arrepentimiento, cuando supe que Emilio Antonio Escobar estaba desahuciado, resolví ir á visitarlo, pues conocía varias composiciones suyas, si bien es cierto que no tuve ocasión de ver su drama. Fuíme con dos amigos á casa del poeta. Un zaguán oscuro nos condujo á la puerta de un cuarto estrecho, con olor de humedad y de cirios apagados, como si ya se

presintiera que allí, no muy tarde, había de velarse á un muerto. Y casi lo parecía el poeta, ahí, á la orilla de la cama, enjuto, alisado el rubio cabello que le caía sobre los hombros, por detrás, vestido con una especie de sayal, y sentado enfrente de una mesita cubierta de rimeros de libros, entre los cuales parpadeaba una vela con una claridad amarillenta que iluminaba ese rostro y esas manos entre las cuales yacía un libro viejo, y los alumbraba con esa caliente luz de oro que destaca las peregrinas figuras sobre el fondo extrañamente oscuro de los mas hermosos cuadros de Rembrandt. Volvía la espalda al muro, sobre el cual se levantaba una sombra grotesca que se partía en el ángulo y se encorvaba en el techo con gesticulaciones torpes, dignas de una frase de Poe, que habrían hecho reír á un loco; y sobre esa sombra que tenía deslumbramientos, relucían en la palidez moribunda de la cabeza unos ojos grandes, sondeadores, animados por la fiebre, que contrastaban con la dejadez de unos labios entreabiertos, de donde salían las palabras lenta y débilmente, á suaves pausas, como de quien ve que en cada sílaba se sale un aliento de vida, y no quiere agotarse en un esfuerzo.

Nos recibió con afabilidad, nos enseñó, fija en la pared, la corona que le había remitido el Ateneo; nos habló de las esperanzas que había concebido respecto de su drama, de la lluvia que impidió la concurrencia la noche del estreno, de sus deseos de gloria ó al menos de que no lo olvidaran, de sus contrariedades en la vida, de que se sentía morir, llevándose muchas creaciones en esa cabeza que pronto iba a descansar sobre una piedra; de que no alcanzaría á concluír su otra pieza dramática, *el Infierno de los Santos*, de que estaba resignado á todo. Y se expresaba así, encadenando unas ideas á

otras, con melancolía, es verdad, pero sin alteración en la voz, sin anublársele los ojos, como habituado ya á ver claro en esa sombra donde se van hundiendo en silencio, uno á uno, y sin que podamos acompañarlos, tantos seres queridos que dejan las peregrinaciones de aquí abajo.

Le prometí volver muy pronto, y salí aturdido, sin reconocer el camino, pensativo, y reconciliado con la muerte, que iba á desligar esa vida de aspiraciones y miserias en que el poeta, en aleteo insensato, se había roto las alas contra los barrotes de hierro de la realidad ; lleno de emociones extrañas, llevando en el oído el eco de esas palabras que parecían revelaciones, presente ese perfil que ya se disolvía en penumbras desconocidas, é impresionado al sondear ese espíritu que tenía desbordamientos de ternuras.

Espinosa, por circunstancias especiales, no está enterrado en el recinto común, espolvoreado de cal, cercado por tapias amarillas que se agrietan, donde hay sombras que aguardan cuerpos, y ecos que aguardan pasos, sino en medio de un campo que redondea la alfalfa y blanquean flores silvestres, donde da el sol de lleno y se oyen palpitaciones de alas en el espacio, al par que llega el mugido de perezosos bueyes. El cuerpo endeble del poeta que en la vida vibró demasiado y se ajitó en estrecheces, hoy, como un niño ciego que al fin, á tientas, hallara el regazo donde puede dormir, reposa allí, reposa en los ámplios descansos de todas las transfusiones tibias de la savia, en todas las corrientes amorosas de la madre tierra.

***

Ya que tratámos de indicar cuál ha sido el movimiento intelectual entre nosotros, considerado en el pasado, y enunciámos cuáles son, de los antiguos, los más recordados por los poetas de la nueva generación, y quiénes, del exterior, han llegado á ser queridos en nuestra patria como gloria propia é imitados con afecto ; y ya que cumplímos con el sacratísimo deber de consagrar un recuerdo á tres amigos que fueron y ya no son, por lo que toca á la materia, permítasenos hacer, con toda humildad, algunas indicaciones que se desprenden naturalmente de los precedentes de este libro y del libro mismo. Vemos que en éste algo resta por suplir y que el tiempo se encargará de retocar, mas hay también, á no dudarlo, y sin que nos ofusquen simpatías personales, muchos buenos escritores, varios que han tocado no lejos de la altura á que se aspira, y algunos que han dado tál nota que jamás será olvidada por quien la haya escuchado. De consiguiente, ¿cómo no habrá entre tántos poetas que han alcanzado á formarse idea bastante exacta del arte, y que tienen el presentimiento del ideal, un poeta que llegue á formar época, que llegue á ser el verdadero poeta, que llegue á ser el Poeta?

Claro se está ; mas no habrá de bastarle la inspiración para hallar admiradores entre los contemporáneos, para formar escuela y tener séquito, para ser considerado por los del futuro, y para ejercer en todo tiempo ese extraño sacerdocio de los pueblos, ni mezquino ni mezquinado; pues que debe responder, á imitación de los pensadores ya inmortales, á ciertas necesidades que se encuentran en todos los ánimos, y que vamos á presentar, desconfiados de nuestro modo de exponerlas, aunque llenos de confianza en las razones que surgen muy naturalmente. Indicaremos, así, los asuntos que

están por explotar y harán caer en desuso los ya rimados y luégo mostraremos las cualidades esenciales que soñamos para el bardo.

Quien llegue á pensar que las fuentes de poesía están agotadas, ó al menos probadas todas, y gastados los temas dignos de vasto desarrollo, ó que sólo pueden revestirse de alguna novedad los de género erótico, vuelva los ojos por un momento á nuestra Historia nacional, patente y llena de amenidades en la de Groot, donde al lado del fallo que no falla se muestra la crónica que regocija y destaca como de relieve figuras nobles, caracteres trágicos, episodios curiosos, costumbres y vestidos, todo ello sin las arideces de la especulación, al par que sin las vacilaciones de quien no conoce plenamente los hechos, y mire allí cuánta belleza digna de metros abundantes hay en los encuentros que tenían, tras largo batallar con ríos y selvas, los venidos de España, lorigados y caballeros en sus caballos de guerra, fuerte el brazo, retorcido el bigote, fija la espuela de plata, bien puesto el cuerpo sobre el bridón y mejor puesta el alma dentro del cuerpo, con los nobles indios de estas tierras de América, sabios en sus consejos, tranquilos en sus ritos, tan sonrientes al trabajar en sus maizales como feroces en la guazabara, é indomables con todo el refuerzo que puede dar el choque de dos razas que por primera vez se miden, al efectuarse en escenario tan singular como estas cordilleras de los Andes. En todos esos cuadros se mira la antítesis (verdadero recurso de poesía, quizá el principal porque es el más de acuerdo con las muestras que da lo real) que forma la civilización de la raza europea, vinculada en esos conquistadores de pueblos y de tierras, con el vigor primitivo de los individuos y comarcas

conquistados. Y así vemos á Jiménez de Quesada, en el prado, al pié del cerro, arrancando un puñado de hierba y, fundador de un símbolo, arrojándola al aire en señal de posesión, y clavando su acero en el punto donde más tarde há de alzarse la ciudad de los Virreyes ; á Núñez de Balboa, extraño visionario de realidades, golpeando una ola con su espada y metido entre el mar hasta la cintura, para hacerlo suyo ; á Aguirre, loco con la doble paradójica locura, por una parte santa, por otra terrible, que da la lucha por el bien en el futuro y la comisión del mal en el presente ; á Galiano, la víspera del combate, que mira con desconsuelo é inquietud despeados sus pocos caballos, y así imposibilitados para dar una carga, por falta de herraduras, gastadas en correr á los indios por esas serranías de Une, y que se resuelve, « en tales éscaseces,» dice el historiador, * á echarles á los brutos las herraduras de oro. Viene luégo la época de la Colonia, con menos magnitud en las empresas, pero más enredo en los episodios, con sus leyendas mitad de los españoles, mitad de los aborígenes, sus autos de fe, sus mancebos de espadín y capote, sus escándalos, dignos de cortes decrépitas, sus fundaciones, sus ensayos en las letras y en el estudio de las lenguas que hablan las varias tribus ; los primeros frailes que destacan sus siluetas en los primeros claustros, donde se entregan á escribir la historia de la comunidad ó la general de los tiempos que abarcan ; el bautismo de los volcanes ; el tallado de escudos que hoy vemos en tal cual fachada de piedra sobresalir, desmoronado y musgoso, como demandando

* Fr. Pedro Simón, t. II de las *Noticias Historiales*, inédito en la Biblioteca nacional de Bogotá.

un poema, una estrofa, antes de desplomarse; y las corridas de toros, las festonadas procesiones, los paseos al Tequendama, y otros festejos que forjaban los caballeros, tanto para regocijo propio como para quitar á sus castellanas la nostalgia de tierras allende el mar y los deseos de ir á desplegar sus abanicos orillas del Manzanares.

Tenemos más tarde la epopeya de nuestra Independencia, el genio de Bolívar, la altivez de la nobleza criolla, el martirio de Caldas, el ferreo carácter de Santander, la muerte de Ricaurte, inventor de un volcán que fuera su pedestal y su tumba, los imposibles posibles de Páez, y tanto caballeroso carácter, y tanta hazaña que hoy se dijera insensata, ideas y hechos que forman el tejido prodigioso de esa nuestra fábula histórica.

Hay otra vena tan escasamente explotada como rica en efectos, renovados siempre, cual es la que podríamos llamar de la *poesía científica*, no ciertamente con los prosaísmos de la especulación, porque el arte es esencialmente antianalítico, sino en la síntesis de sus resultados, con los cuales el hombre, en bien luchada lucha, se presenta quebrantando ó duplicando las fuerzas naturales, en antes rebeldes ó menguadas. Cierto es que tal escuela necesita que el poeta lo sea en un todo, pues fácil es caer en los *estilicidios* de Melchor del Palau y otros que, atendiendo sólo á la verdad del tema, y no á las imágenes con que deben presentarlo, se tornan iconoclastas del arte.

Hay ejemplos felicísimos de este género, entre otros, verbigratia, el delicioso *Tren expreso*, donde el poeta da calor

de nido á ese coche que tenía « la forma de la tapa de una tumba ;» y una hermosa composición de Sully Prudhome, titulada *Efecto de noche* ; y, para no citar más, Víctor Hugo mismo, apellidado el *poeta del siglo*, no podía llevar dicho nombre sin cantar especialmente las conquistas de la época, de suerte que en más de una ocasión se muestra forjando sus « alejandrinos centelleantes,» como los llama Menéndez Pelayo, particularmente en una sección de la *Leyenda de los siglos*, donde se dignifica éste en que por suerte vivimos. Caro, para limitarnos á lo acontecido entre nosotros, en el *Bautismo* tiene notables cuartetos donde estampa no pocos descubrimientos, y tan bellos todos aquéllos como estos tres que copiamos :

Potentes más que el genitor de Palas,
Al rayo señalaron su camino ;
Y á los vientos alzándose sin alas,
Siguieron sin temblar su torbellino.

Ellos al Leviatán entre cadenas
Sacan de los abismos con su mano,
Y pisan con sus plantas las arenas
Del fondo de coral del Oceano.

De un hilo con la curva retorcida
Los cabos juntan de un inerte leño...
¡ Y el secreto perturban de la vida,
Y agitan el cadáver en su sueño !

Por lo dicho se ve cuán feliz en efectos puede ser un poeta que transite por ese camino, si bien es cierto que há de escoger, como ya lo expresámos, las imágenes con que debe

revestirse la verdad. Preciso es que, como la hiedra á las severas torres, presten sombra á la frente de Minerva los verdescuros pámpanos de Baco.

Vamos al otro punto.

El poeta há de tener fe, fe profunda, fe alta, con todas las generosas amplitudes que puede producir lo absoluto al bajar á las almas. Pasaron los egoísmos de los trovadores que aspiraban tan sólo, en tanto que llegaban los Cruzados trayendo adelante la gloria, atrás la peste, á cantar sus pasiones al pié de caladas almenas, mudos al anatema ó al encomio; ó de bardos cortesanos que trabajaban sus madrigales al lado del fuego, mientras se balanceaban en los árboles del camino los cadáveres que un buen señor mandó colgar allí para regocijo propio y escarmienta ajena. Hoy día el poeta há de saber, y sabe, que el pueblo llora, que el pueblo ama, que el pueblo aspira; y que la Humanidad no concede una corona que está en sus manos, la inmortalidad, si el poeta no concede algo que tiene en el alma, la compasión. Hoy día el poeta há de asomarse á todos los abismos, há de gemir sobre todos los dolores, há de vendar todas las heridas; como Cristo, há de levantar á todos los débiles caídos, como Cristo, há de llorar con los vivos que lloran á sus muertos, y como Cristo, há de llamar bienaventurados á todos los desheredados de la vida.

Podremos decir que en este siglo el poeta tiene el severo pontificado de las sombras.

Y ¿cómo velará el poeta sobre los miserables; por qué há de tener el alma exenta de todos los odios y llena de

todas las abnegaciones; con qué derecho luchará en la guerra de la vida en favor de los que tiñen la arena con su sangre; qué espíritu de progreso, qué esperanza de días mejores en las peregrinaciones de aquí abajo podrá abrigar, si no mira á lo alto, si no tiene conciencia de que somos jornaleros de una cosecha cuyos frutos no hemos de coger, que es ley impuesta al hombre el que avance, aunque no sepa á dónde, y que aspire, aunque no comprenda á qué infinitos; y si no tiene fe en las verdades anteriores y posteriores á la Naturaleza, á esta Naturaleza que es hermosa como la parte del Todo, pero que tomada en sí sola se nos muéstra con la lucha incesante, áspera, en que todos los que fuimos marcados para la vida estamos marcados para la muerte, y en que ni hay lugar para el soñador ni puesto para el sacrificio; Naturaleza sorda y ciega, sorda para el grito, ciega para la llaga, que se sustenta con sus propias entrañas?

Veneremos al que hizo los astros y las madres.

Y como natural consecuencia viene la fe en que la Patria no es sólo un nombre grabado al frente de templo sin aras. Así, el bardo, como nadie altivo, será el guardián de todas nuestras libertades, al par que el que unja en la frente todos nuestros deberes.

Si, como dicen, la concha marina guarda en sus variantes de crepúsculo el fulgor de la fosforescencia pálida del abismo, y el color verde de la ola que se quiebra al sol, en luminosa cresta; y conserva, al aplicársele el oído, en hora de silencio, el rumor balanceado de la marea que, como con lengua amorosa, la contorneó allá en el fondo salado; tal

vez, asimismo, guarde la Naturaleza para el poeta que se úna á ella en las plenitudes rumorosas de una selva, cierta enseñanza de sus días primeros, revelaciones de sus anteriores génesis, verbos de sus primitivos arcanos; y al par descubra allí al soñador de realidades las correspondencias misteriosas de la montaña con el nido, del mar, que aún se estremece por haber visto á Dios una sola vez, el día de su creación, con la luna, que es como ya se dijo, la herradura que dejó caer el caballo negro de la Noche.

Y allí, á la sombra de troncos patriarcales, rodeado por estremecimientos de claroscuros, suelto el cabello al soplo que dispersa y confunde las semillas, olvidado de todo y lleno de todo, en una inmersión sagrada de la Naturaleza, descubrirá el poeta vibraciones desconocidas, corrientes ignoradas, ritmos ocultos dignos de nuevas liras, desde el rumor sedoso y no escuchado del botón que en la rama se deshoja, al apuntar el fruto azucarado, como un idilio que se redondea en geórgica, hasta el rugido del huracán que hace un órgano de las arcadas de la floresta, y pasa con un trágico derrumbamiento de sombras.

Así, el poeta, llena la pupila de las claridades de la altura, las conquistas sociales en la diestra, fija la planta sobre la tierra generosa, oficie ante esa austera trinidad de los ideales, lleve el alma abierta á todas las virginidades de lo desconocido, y sea su lema

«CRISTO, LA REPUBLICA Y LA NATURALEZA».

J. RIVAS GROOT.

*

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS.

EN MARCHA.—ÉXTASIS.—EL ULTIMO CANTO.—DELIRIUM TREMENS.—HOJEANDO UN LIBRO.—EN SUEÑOS.—EL CAMPO DE BATALLA.

*

EN MARCHA

AL DISTINGUIDO POETA MEJICANO
JUSTO SIERRA.

AL porvenir con paso giganteo
Avanza ¡ oh Juventud ! Sonó la hora !
Potente, de la sombra enervadora,
El pensamiento se alza como Anteo.

Los dioses ya se van, y erguirse veo
La Ciencia en sus altares vencedora.
Ya irradia en las tinieblas luz de aurora !
Ya rompe sus cadenas Prometeo !

La augusta voz de redención se escucha,
Y la Razón alumbra el limbo oscuro
En donde esclava la conciencia lucha.

Adelante! El combate ha comenzado:—
Entonemos el himno del Futuro
De pié sobre las ruinas del Pasado!
Octubre, 1885.

EXTASIS.

LEÍA y meditaba. Era la hora
En que el alma en la carne se ajiganta.
El sol caía en la naciente sombra ;
La tarde se apagaba.

Meditaba, y mi espíritu subía,
Subía como al cielo se alza el águila ;
Me asomé al infinito, y ví tinieblas,
Y me perdí en la nada.

Sentí hervidero de astros en la sombra,
Y pregunté al vacío : ¿ Dónde se halla
Esa luz creadora que los mundos
De entre el caos levanta ?

Y subía, y subía.....Lo impalpable
A mis ojos abríase sin vallas ;
Y en la sombra, sondando lo infinito,
Mi espíritu flotaba.

De repente la luna alzó su disco,
Brotaron las estrellas á miriadas ;
Y la noche me habló con su silencio,
Y Dios habló á mi alma !

EL ULTIMO CANTO.

AL través de las brumas y la nieve,
En el rostro el dolor, la vista inquieta,
El pié cansado vacilante mueve.....
Allá va, no lo veis? Pobre poeta!

Sobre el herido corazón coloca
La lira meliodosa, y macilento,
Sentado al pié de la desnuda roca,
Así prorrumpe en desmayado acento:

"Ved las hojas marchitas, ved el ave,
Envueltas van en raudo torbellino.....
A dónde van ? A dónde voy ? Quien sabe !
Yo también soy como ellas peregrino !

Huyendo voy del tráfago mundano
Con el rostro en las manos escondido.
¡ Mudable y débil corazón humano,
Hasta dónde, hasta dónde has descendido !

Ya á Dios los necios hombres escarnecen
Y alzan al dios del interés loores.
Sus almas sin amor ni fe parecen
Nidos sin aves, fuentes sin rumores !

Jamás la ola aunque con furia luche
Conmoverá las rocas ; é imposible
Que el triste grito del alción se escuche
De la tormenta entre el fragor terrible !

La Poesía morirá en la lucha,
El destino cruel sus horas cuenta ;
Poetas ! vuestros cantos nadie escucha,
Sois el alción de la social tormenta !

Yo ví en mis sueños de poeta un día
De laurel en mi lira una corona ;
Hoy triste siento que en la frente mía
Un gajo de ciprés se desmorona.

Yo quise alzar el vuelo á las ignotas
Fuentes de eterna luz, al infinito !
Hoy en el mundo, con las alas rotas,
Cual ave sola en su prisión me agíto !

Como una clara estrella ví en mi anhelo
Sonreír en mi cielo la esperanza.
Hoy cubren negras sombras ese cielo,
Hoy la luz á mi alma ya no alcanza !

Huyendo el mundo y su incesante ruído,
Vengo á esta soledad sombría y honda.
Ella por siempre mi último gemido,
Mi último canto y mi vergüenza esconda !

Tu muerte ¡ oh Poesía ! el siglo canta,
Y del campo inmortal de las ideas
El himno del trabajo se levanta
Y dice al porvenir : Bendito seas !

La indiferencia con su ceño grave
Me relega al silencio y al olvido !
Pobre y triste poeta ¡ Soy un ave
Que al fin se muere sin hallar un nido !"

Dijo, y rompió la lira melodiosa
Do entonaba sus cantos y querellas.....
Y al cielo levantó la faz llorosa,
¡ Y en el cielo brotaban las estrellas !

Abril—1884.

DELIRIUM TREMENS.

LLEGARON mis amigos de colegio
Y absortos vieron mi cadaver frío;
«Pobre!» exclamaron, y salieron todos...
Ninguno de ellos un adiós me dijo.

Todos me abandonaron. En silencio
Fuí conducido al último recinto;
Ninguno dió un suspiro al que partía,
Ninguno al cementerio fué conmigo.

Cerró el sepulturero mi sepulcro...
Me quejé, tuve miedo y sentí frío,
Y gritar quise en mi cruel angustia,
Pero en los labios espiró mi grito!

El aire me faltaba, y luché en vano
Por destrozar mi féretro sombrío.
Y en tanto... los gusanos devoraban,
Cual suntuoso festín, mis miembros rígidos.

Oh mi amor! dije al fin, ¿y me abandonas?
Pero al llegar su voz á mis oídos
Sentí latir el corazón de nuevo,
Y volví al triste mundo de los vivos.

Me alcé y abrí los ojos. ¡Cómo hervían
Las copas de licor sobre los libros!
El cuarto daba vueltas, y dichosos
Bebían y cantaban mis amigos!

1884.

HOJEANDO UN LIBRO.

DE láminas un libro yo hojeaba,
Y en un extremo de la sala, Lola,
Junto á su madre—que también cosía—
Cosía silenciosa.

De pronto « Watherloo !» dije en voz alta;
«Aquí Napoleón... éstas sus hordas !...
Lola, acércate, ven ! que raras veces
Se ven tan bellas cosas. »

Dejó la niña su costura al punto,
Juntó á la mía su cabeza blonda,
Y de un beso el calor sintió extenderse
Por su frente marmorea.

Y mirando á su madre de soslayo,
Dijo quedo: ¡ qué lámina preciosa !
Y añadió cabizbaja y sonriente:
Oh ! muéstramelas todas !

1883.

EN SUEÑOS.

YA aspiro los aromas de su huerto;
Las brisas gimen y las hojas tiemblan.
Cuán bella ¡ oh luna ! á nuestra cita vienes...
Sueña, alma mía... sueña !

Herido traigo el corazón... Deliro ?
Es el canto del ave que se queja ?
Es su voz... y me llama ! Por qué tardas ?
Ven, mis brazos te esperan.

Son mentira tus besos ?... No me engañes !
Abreme tu alma y cuéntame tus penas.
Lloras ?... por qué ?... Si nuestro amor es crimen,
Crimen, bendito seas ;

Traigo para tu sien una corona,
Para ensalzarte mi arpa de poeta.
Yo haré en mis cantos, alma de mi alma,
Nuestra pasión, eterna !

Jura otra vez que me amas, que eres mía;
Jura... nadie nos oye ! Nada temas !
—«Tuya ! bien mío... para siempre tuya !»
Sueña, alma mía... sueña !

1884.

EL CAMPO DE BATALLA.

FUÉ el combate espantoso, fué sangriento!
Hizo estragos la muerte, cual desgaja
Los árboles, y tala, cuando baja
Rugiendo el huracán del firmamento.

Hoy aquí sólo se oye el grato acento
Del labriego que el suelo en surcos raja,
Y el ruido de la mies, que cual mortaja
Los huesos cubre y se columpia al viento.

Donde antes la metralla asordadora
Nobles vidas segó, con su hoz el fuerte
Labrador siega mies contento ahora.

¡ Llanura un tiempo en sangre humedecida,
Monumento de honor, campo de muerte:
Sigue brotando de tu seno, vida !

*

MANUEL MEDARDO ESPINOSA.

NUÑEZ DE BALBOA.—EL INVIERNO.

*

NUÑEZ DE BALBOA.

ERA una hermosa tarde : en el retrete
De la inocente Aurora, yo leía
Del vate de Alemania los cantares,
Cuya profunda y fácil armonía
Los limbos de mi espíritu admirado
Con secreto deleite estremecía !

Y Aurora, al terminar cierta balada
En que el vate del Rhin enseña diestro
Que en el mundo la dicha verdadera
Se halla en saberse contentar con poco,
Y ese poco se encuentra donde quiera :
« Es la verdad,» me dijo, « y si no, mira »
Agregó luégo : y me mostró un grabado
Que representa á Núñez de Balboa
De pie, sobre un peñon que el mar airado
Con iras imponentes desafía :

El navegante allí tiene los ojos
Clavados en el cielo, y con la espada
Parece contener á la mesnada
Que trepa hacia el peñón, y su apostura
Recuerda de los tiempos de Pelayo
De la española raza la bravura !

« Infeliz,» dijo Aurora, contemplando
El cuadro aquel, « no supo contentarse
Con dar al mundo el mar que está bramando
Bajo sus pies ; su mente aventurera
Mejor fama buscó para su nombre :
Y fué su ilustre sangre la primera
Que en tierra americana,
A nombre de la ley, en un cadalso,
Vertió sañuda la justicia humana ! »

Y yo escuchaba á Aurora conmovido,
Y en tanto que callaba preguntóme :
«¿ Qué hubieras hecho tú, si hubieras sido
Aquel afortunado navegante,

Al ver por vez primera las rizadas
Aguas del Mar del Sur?»

Y yo anhelante
Por complacerla, al punto la repuse
Buscando con mis ojos sus miradas,
Serenas más que al terminar de Octubre
El rayo de las tibias alboradas:

«Si hubiera sido yo, no así los ojos
Clavado hubiera en el confín del cielo
Para buscar en su horizonte limpio
Algo mejor á mi ambicioso anhelo!

«Si hubiera sido yo, con ambas manos
Habría mi cabeza sostenido,
Y se hubiera mojado el peñón rudo
Con llanto de mis ojos desprendido!

«Después el rumbo á mi bajel pondría
Buscando el cielo de la heróica España,
Hasta llegar á las ardientes costas
Que el mar Atlante en sus desbordes baña.

«Y en la vieja ciudad de los templarios,
En el reino feraz de Extremadura,
Del Guadiana subiendo las corrientes,
Arribar al hogar de mi ventura;

«Y allí tomando con afán de loco
Las manos de mi madre y de mi amada,
'Venid,' hubiera dicho á voz en cuello
Y con la faz en lágrimas bañada;

'Venid á oír á orillas de los mares
Los ecos de mi fama y de mi gloria,
Que ya mi oscuro nombre en letras de oro
Lo guarda entre sus páginas la historia ! '

« Y al llegar á los rocas que socavan
Del mar Atlante las revueltas olas,
Y esperando á los vientos que trajeran
De América á las playas españolas

La fama de mi nombre ; conmovido
Y abrazando á mi madre le diría :
' El mar lleva mi nombre desde el trópico
Hasta el hielo del polo, madre mía !'

« Y ella entonces mirándome en el pecho
Del mundo de Colón ricas preseas,
Cayendo de rodillas me diría :
' Hijo del corazón, bendito seas !'

« En tanto que mi amada buscaría,
Asida al peto de brillante acero,
Bajo el negro bigote con sus labios
Los labios del audaz aventurero !»

Así la dije...y la sencilla Aurora,
Sin saber qué decirme, se abstraía
Mirando los celajes que formaba
En las nubes errantes del Ocaso
El moribundo sol que se escondía!

EN INVIERNO.

DEL Norte soplan fríos los vientos de la tarde,
Abrígame en tus brazos, amada de mi vida!
Enciende los carbones de la apagada hoguera
Y pon sobre mis hombros transidos tu mantilla!

El soplo del invierno arranca de los árboles
En las vecinas selvas las hojas amarillas,
Y de los viejos muros en las oscuras grietas
Albergue tibio buscan las pardas golondrinas.

Enciende los carbones de la apagada hoguera
Abrígame en tus brazos, amada de mi vida,
Y bésame en los labios...y deja que los vientos
Arrastren en las selvas las hojas amarillas.

*

JOAQUIN GONZALEZ CAMARGO.

VIAJE DE LA LUZ.—ESTUDIANDO.—GENESIS.—
LOLA Y DOLORES.

*

VIAJE DE LA LUZ.

EMPIEZA el sueño á acariciar mis sienes,
Vapor de adormideras en mi estancia
Los informes recuerdos en la sombra
Cruzan como fantasmas.

Por la angosta rendija de la puerta
Rayo furtivo de la luna avanza,
Ilumina los átomos del aire;
Se detiene en mis armas.

Se cerraron mis ojos y la mente
Entre los sueños, á lo ignoto se alza;
Meciéndose en los rayos de la luna,
Da formas á la nada.

Y ve surgir las ondulantes costas,
Las eminencias de celeste Atlántida,
Donde viven los Genios y se anida
Del porvenir el águila.

Allá rima la luz y el canto alumbra,
Aire de eternidad alienta el alma,
Y los poetas del futuro templan
Las cristalinas arpas.

Auroras boreales de los siglos
Allá se encuentran, recogida el ala;
Como una antelia vése el pensamiento
Que gigantesco se alza.

Allá los Prometeos sin cadenas
Y de Jacob la luminosa escala,
Allá la fruta del Edén perdida,
La que el saber entraña.

Y el libro apocalíptico, sin sellos
Suelta á la luz sus misteriosas páginas,
Y el Tabor del espíritu su cima
De entre la niebla saca.

Y allí el Horeb de donde brota puro
El casto amor que con lo eterno acaba;
Allá está el ideal, allá voguemos,
Dad impulso á la barca.

Despertéme azorado... y ese mundo ?
Para volar á él en dónde hay alas ?
Interrogué á las sombras del pasado
Y las sombras callaban.

Pero el rayo de luna ya suoía
Del viejo estante á las polvosas tablas,
Y lamiendo los lomos de los libros,
En sus títulos de oro se miraba.

ESTUDIANDO.

EN la sala anatómica desierta,
Desnudo y casto de belleza rara,
El cuerpo yace de la virgen muerta,
Como Venus tendida sobre el ara.

Lánguida apoya la gentil cabeza
Del duro mármol en la plancha lisa,
Entreabiertos los ojos con tristeza,
En los labios cuajada una sonrisa.

Y desprendida de la sien severa,
Del hombro haciendo torneado lecho,
Viene á cubrir la suelta cabellera
Las ya rígidas combas de su pecho.

Más que muerta, dormida me parece;
Pero hay en ella contracción de frío;
Es que al morir, el cuerpo se estremece,
Cuando siente el contacto del vacío.

Mas yo que he sido de la ciencia avaro,
Que busco siempre la verdad desnuda,
A estudiar aquel libro me preparo,
Interrogando á la materia muda.

Al cadaver me acerco: en la mejilla
Brilla y tiembla una lágríma luciente;
Un cadaver que llora !... mi cuchilla
No romperá su corazón doliente.

Del estudio me olvido, y me conmueve
Tanto esa gota silenciosa y yerta,
Que los raudales de mi llanto en breve
Se juntan con el llanto de la muerta.

GENESIS.

PENSÓ el Eterno. Su insondable idea
Cruzó del éter el confín sereno,
Antorcha inmensa fulguró, y el trueno
Sonó en lo vacuo retumbando el « sea !»

Estremecido el cósmos centellea,
La vida bulle eu su tremante seno,
Y la llama eternal de que está lleno
A la materia germinal caldea.

Con horrendo estertor, ronco, sombrío,
Se agita el caos en hervor creciente,
Y brillante vapor llena el vacío,

Y por él se dilata incandesente
Y condensado de la nada al frío,
En gotas-astros se tornó luciente.

LOLA Y DOLORES.

I

DEL viejo hospital sombrío,
En una anchurosa sala,
Junto al balcón de la calle,
En la mal provista cama
Está la enferma Dolores,
Está tísica y se acaba;
Quince años apenas cuenta,
Y es bella aunque descarnada;

En una luz de otro mundo
Todo su cuerpo se baña;
Y flota sobre la vida
Como una neblina vaga;
Ya sólo es una penumbra
Que tiembla y se desbarata;
Ya suenan tras de las nubes
Los ecos de sus palabras.

Del hospital frente á frente
Hay una casa pintada,
Nido de la hermosa Lola,
De su belleza y su gracia.
Lola, que tiene quince años
Y una peregrina cara;
Como la música, alegre,
Fresca como flor del alba,
Cantando pasa la vida,
Riendo la vida pasa,
Entre blancos cortinajes,
Entre floreros y jaulas.

Yo me voy todas las tardes
Del hospital á la sala,
Por visitar á la enferma
Y sonreir con la sana;
Porque tenemos coloquios
De mi balcón á su casa,

De suspiros y de señas
De sonrisas y palabras,
Y en un vaivén continuado
Ponemos nuestras dos almas.

II

Llegué una tarde á mi enferma,
La pulsé, estaba muy mala.
—Me moriré ? preguntóme
Con voz triste y apagada.
Queriendo leer en mis ojos
Lo que ocultar deseara,
Y sus lágrimas calientes
En mis manos goteaban.
—« Estará mejor muy pronto,»
Le contesté sin tardanza,
Y levantamos al cielo,
Sin querer, nuestras miradas.
Luego al balcón asoméme
A sonreir con mi dama;
Pero ésta me hizo un mohín
Entre risueña y huraña,
Y se entró (no sin mirarme)
Entonando una romanza;
Y mientras tanto Dolores,
Mirándome, sollozaba ;
Y del sol el postrer rayo
Se quebró en su frente pálida.

Del hospital los salones
El médico visitaba,
Seguido de sus discípulos
En la siguiente mañana.
De Dolores hasta el lecho
Llegó la visita sabia;
Los últimos resplandores,
Reflejos vagos de su alma,
Como luz de fuego fatuo
Brillaban en su mirada,
Y en mí se fijaron luégo
Como diciéndome « gracias »;
Sus párpados se cerraron...
Se sintió ruido de alas.
De mi mano con el dorso
Enjugué furtiva lágrima.
Siguió la grave visita,
Y al pasar por la ventana,
Sentí músicas en frente
Y ruido y algazara;
Vi salir para la iglesia
A Lola que se casaba.

*

EMILIO ANTONIO ESCOBAR.

NOCHE CONSOLADORA.—A CARLOS DARWIN.—
GOTA DE LUZ.—EL PERRO.—RIMAS.

*

NOCHE CONSOLADORA.

(FRAGMENTO).

.....

YA apagan las estrellas sus fulgores,
La niebla de la noche se evapora,
Y su mejor aroma dan las flores,
Y en el Oriente pestañea la aurora.

Oh noche! oh dulce noche! El alma mía
Lejos del mundo y de sus falsas galas,
En tu callada soledad sombría
Puede con libertad abrir las alas!

Tus estrellas son ojos que me miran,
Tus ruídos vagos, voces que me llaman,
Entre tu sombra escucho que suspiran
Seres que no conozco y que me aman.

Tu misterio es el libro donde leo,
Tu oscuridad es luz que me deslumbra ;
Sólo en la soledad adoro y creo,
Y el prometido Edén mi alma columbra.

Una noche callada y misteriosa...
Un seno donde incline mi cabeza,
Ay ! donde sueñe una ilusión hermosa,
Entre besos ahogando mi tristeza...

Oh ! ¿ qué importa una lágrima que rueda ?
¿ Qué importa un corazón ya moribundo ?
Dulce ilusión que á mis sentidos queda,
Ven á cantar y á sonreír al mundo !

A CARLOS DARWIN.

GIGANTE de la ciencia redentora,
Atleta del humano pensamiento,
Oh Darwin! tú que con robusto aliento
Del hombre escribes la primera hora!

Ya el Adán mitológico no llora
Del Paraíso el triste alejamiento;
Y fuerte el hombre y de verdad sediento
Mira el Edén en el futuro ahora.

Nuevo Moisés, tu génesis bendito
Es de una ley revelación sagrada,
Que en sus obras sin fin Natura ha escrito.

Ruede en el polvo el religioso mito :
El Progreso es el fin de la jornada
Del átomo impalpable á lo Infinito !

Octubre de 1883.

GOTA DE LUZ.

PASEABA yo en una noche
Por un sitio solitario,
Dándole á beber silencio
A mí espíritu agitado;
De pronto, entre las tinieblas
Escuché con sobresalto
Palabras entrecortadas
Y sollozos medio ahogados;
Y las palabras decían:

« Soy tu esclava ¡ Te amo tanto ! »
Y en un beso los sollozos
Por un momento su ahogaron.....
Miré..... y eran dos mendigos;
Sus repugnantes harapos
Se encontraban confundidos
Por un dulcísimo abrazo.....
Aman también ! me decía;
El mundo les ha negado
Todos los bienes del mundo,
Pero el amor es de lo alto.....
Su cama las duras piedras,
Su techo el profundo espacio,
Su pan.....su pan el amor;
Pero el amor es pan santo
Con que comulgan los ángeles
En el altar de los astros.....
Y al escuchar aquel beso
Santificado con llanto,
Una voz también oí
Que me decía por lo bajo:
« Respeta á esos miserables,
Que Dios los está mirando !.....»

EL PERRO.

"Homero lo ha cantado: nada falta á su gloria."

DELILLE.

I

LOS que han tenido en sus penas
Otro corazón benéfico
Que responda á los latidos
De su corazón enfermo;
Los que han tenido un amigo
Que en los instantes supremos
De postración y tristeza
Les dé valor y consuelo ;

Los que en las pesadas horas
De insomnio y de abatimiento
Una voz han escuchado
Que oraba al cielo por ellos;
Los que no han sufrido solos
Y no han llorado en secreto
La muerte de la esperanza,
La ausencia de sus afectos,
El aislamiento de su alma,
Lo imposible de sus sueños.....
Ay! no comprenden, no saben
Lo que es el amor de un perro!

II

Noble amigo! Tú acompañas
Desinteresado y bueno
Al infeliz en su choza
En las noches del invierno;
El mundo olvida al mendigo
Y olvida sus sufrimientos,
Y las lágrimas amargan
Que se vierten en silencio,
El hombre olvida á su hermano,
Pero no lo olvida un perro!

III

Noble amigo! Yo te he visto
Guiar á un pobre anciano ciego,
Como hermano cariñoso
Que cumple un deber supremo;

¿Qué es el mundo para ese hombre
Con sus placeres ageno
Si en noche eterna sumido
Vive de la vida léjos?.....
Nadie la mano le tiende,
Por eso me he dicho luego:
A su hermano el hombre olvida,
Pero lo acompaña un perro!

IV

Hay un campo solitario
Cubierto de grama y trébol
Donde han sido sepultados
Los que de viruela han muerto.
De aquel fatídico campo
Todos se alejan con miedo,
Porque allí reina la muerte
Y el terror tiene su asiento.
Una tarde unos gemidos
Turbaron su hondo silencio.....
No era un hijo cariñoso,
No era un padre noble y tierno
Quien así se lamentaba
De un adios triste y supremo;
En un rincón de ese campo
Solo, terrible, funesto,
Sobre la tierra movida
Lloraba acostado un perro!

V

Ay ! cuántas veces de noche,
Solo, abatido y enfermo,
Frente á frente de mis penas
Y de todos mis recuerdos,
Lloré la ausencia espantosa
De todo aquello que quiero.....
Para mí ya no hay sonrisas,
Ya no hay palabras de afecto,
Nadie llora cuando lloro,
Nadie turba este silencio
Esta soledad horrible
En que lentamente muero.....
Sí, Dios mio ! Cuantas veces
He pensado en todo esto,
Y cuantas veces también
He hallado dulce consuelo
Donde no pensaba hallarlo:
En la mirada de un perro !.....

RIMAS.

I

ALLÁ en el fondo de la tumba fría
Del cadáver los átomos inertes
Se transforman, se buscan y palpitan
En las auroras de un eterno Génesis...
Y aquí en mi pecho un corazón vacila
Y el hielo horrible del sepulcro tiene...
Allá se siente palpitar la vida,
Aquí se siente palpitar la muerte!

II

Yo he contemplado las oscuras simas
De la profunda eternidad terrible,
Y escuché en el silencio de su noche
Un eco vago, moribundo, triste...
Y habló á mi corazón voz misteriosa :
—¿ Sabes qué turba esa quietud sublime ?
Son lágrimas que ruedan al abismo
Por todo lo imposible...

III

Cada vez que tu mano al despedirme
Estrecho conmovido entre las mías,
Cada vez que me dices : « Hasta luégo »
Fijando en mí tus húmedas pupilas,
Oigo un eco lejano que repite
Dolorosa y eterna despedida,
Y siento que una lágrima que oculto
Me cae al corazón pesada y fría...

IV

Ya en la iglesia de los cielos
Alguien enciende los cirios,
Y el órgano de los vientos
Suspira ya sus registros,
Largos nubarrones negros
Enlutan el infinito...
Se va á cantar el entierro
De nuestro amor muerto niño...

*

CANDELARIO OBESO.

EL COCUYO. — PARAJE. — LO PALOMOS. — LA OBERIENCIA FILIÁ.—CANCION DER BOGA AUSENTE.

*

EL COCUYO.

CONOCES el cocuyo ?
Es un sér todo luz, luz animada,
Que con su azúcar cría,
En sus renuevos, la flexible caña.
En los meses estivos,
Vése, las noches, por doquier la llama
Del luminoso insecto,
Encanto de las ninfas de mi patria.

Ardientes aprisionan
La revoleante lumbre en seda ó gasa,
Y hacen, uniendo muchas,
Diademas de vivientes esmeraldas ;
O un ceñidor de fuego
Que al breve talle ajustarán ufanas ;
O ya un collar ardiente,
Precioso adorno á la gentil garganta.
Cuál de ellas la coloca
Sobre el turgente seno enamorada,
Tal como si quisiera
Cebar el fuego en que su sér se abrasa.
Al baile sonrientes
Luégo así se dirigen adornadas,
Y sin fin, como locas,
Sin recordar la luz, danzan y danzan.
La pobre silenciosa
Su mágico fulgor al fin apaga...
Nadie llora por ella ;
Ni un suspiro siquier su muerte arranca.

Mi corazón ardiente,
Luciérnaga á tu sér esclavizada.
También morirá un día,
Pero arrancando de tus ojos lágrimas...

PARAJE.

¡CUÁNTA noble emoción en este instante
Blandamente en mi espíritu se agita!
Ved este cuadro indescriptible. Lento,
Con majestad sublime, el sol oculta
Entre arreboles y esplendor su disco.
La luz crepuscular los altos cerros
Del Ande dora y la llanura baña
En su bermejo colorido hermoso,
Diverso siempre, repetido nunca.—
A la contemplación todo convida:
Ya del reparador grato sosiego
El soporoso ambiente delicado
Va el orbe á respirar. Pausadamente
A la majada el toro se dirige;
La tórtola á su nido rauda vuela,
Y el labrador sencillo se encamina
De cansancio rendido, á la cabaña
Donde la amante esposa, ya impaciente,
A merendar le espera. ¡Cómo el hombre

Feliz sería si gustar supiera
Los pingües elementos de ventura
Que en torno tiene! De la vida vése,
Estos instantes y al romper del alba,
El supremo valor, si el resto damos
Al providente saludable esfuerzo
Que el manantial inagotable aumenta
Del bien común y de la dicha, sólo
Disfrutaba de aquél que hurtarse sabe
Al mundanal bullicio. El que la busque
Muy sobrio sea y nunca ocioso viva.
Esta hermosa heredad, refugio siempre
Del desgraciado, á mis amigos templo,
Era intrincado y escabroso monte,
Y yo lo transformé. Hoy mi existencia
Entre el cultivo de ella y el estudio
De los sabios que han sido, se desliza
Fácil y dulcemente como arroyo
Entre silvestres flores. Luengos años
Logré de vida. Cuando anciano sea,
Mis hijos cuidaránme con ferviente
Filial veneración. Al cielo pido
Les dé atenderme en el postrero trance,
Porque sus manos sean las que cierren
Mis ojos enturbiados por el tiempo,
No por el llanto ni el dolor, y cubran
Mi cadáver después con olorosas
Flores de aquel jardín que hoy les cultivo.
Colmada esta ambición, á mis cenizas
El polvo sepulcral ligero sea !...

LO PALOMOS.

(BALADA.)

SIENDO probe alimales lo palomos,
A la gente á sé gente noj enseñan ;
E su condúta la mejó cactilla ;
Hay en sus moros efertiva cencia !...

Nacen lo ros sobre la mismas pajas ;
Y ayí se ejtán hajta en repué que vuelan ;
Maj asina chiquitos, entre er nio,
Se ran caló, entre juntos, y se besan.

Luégo que tienen pluma suficiente
Pá andaregueá, volando pó onde quiera, *
Guto ra véclos arruyácse amante
Sobre lo palos ó la vécde yécba ;...

Guto ra er vej lo afane der palomo,
Si otro palomo por ayí se acécca ;...
Er eponja er pejcuezo y la colita,
Y rá, arruyando, murtitú re güerta !

Ejto á lo s'ojo re eya y loj etraños
E re cariño la efertiva muejtra ;...
En ejta clase re alimales nunca
No rá un visaje re macdá la jembra...

Ya ejtá con güevo la paloma...Entonce
Maraviya re junto la recencia ;
La pajita y la s'hoja pa la casa
La cácga ér y la compone eya !...

Ayí lo vé amorosos la mañana ;
Tamién ayí la noche loj encuentra ;...
Ambos á ros calientan su güevitos,
Ambos, en siendo sere, lo alimentan ! ..

Siendo probe alimales lo palomos,
Se aprende en ello má que en la j'Ecuela ;
Yo, poc lo meno, en su cocto libro
Eturio re la vira la maneras...

---

* *Po* es lo mismo que *poc* y *por*. En este último caso la *r* final suena poco y ligada con la vocal que sigue.

LA OBERIENCIA FILIA.

(CUENTO A MI MAE.)

(DOLORA.)

—ME ha richo uté que juiga re los hombre,
Y yo les he juio ;...
Sólo, á la vece cuando er só se junde
Convécso con Rogelio en er camino...

—Sí ?...qué te rice ?...—Que me quiere mucho...
Yo naitica le rigo ;...
—Y luégo ?...—Añare un apretón re mano,
O me rá en er cachete argún besito...

—Ejtá güeno...junjú !...Conque tó eso
Te jace ese lambío ?...
A pajareá no güerva j'á la roza,
Pocque tás, mi hija é mi arma, en un peligro...

—Fué asina siempre er hombre !...Re panela
Se juntan er jocico,
Y á la pendeja como tú la engañan
Pa yevála mansita ar precepicio...

—Mama...varay !...no embrome...Ese muchacho
Tiene su labio limpio !...
Y si viene en mi junta, me arza en peso,
Cuando muy barrialoso tá er camino...

—Eja son suj artimaña...Re muchacha
Me sucerió lo mimo...
Echa á tu fló, mi hijita, cuatro ñuro,
Y no orvire jamá lo que te he richo...

Ar otro día muy poc la mañana
Gizo la chica un lío...
Er só muy lejo la topó sin flore
Entre lo tiernos brazo der peligro...

En ninguna ocasión consejo é viejas
Má que en éjta han servio...
Cuando pica er amó lo pecho joven
Se acaba la oberiencia re lo s'hijo !...

CANCION DER BOGA AUSENTE.

QUÉ trijte que ejtá la noche,
La noche qué trijte ejtá:
No hay en er cielo una ejtreya...
Remá! remá!

La negra re mi arma mía,
Mientra yo brego en la má,
Bañao en suró por eya,
Qué hará? qué hará?

Tar vej por su zambo amáo
Doriente sujpirará,
O tar vej ni me recuecda...
Yorá, yorá !

La j'embras son como toro
Lo rejta tierra ejgraciá ;
Con acte se saca er peje
Der má, der má!...

Con acte s'abranda er gierro,
Se roma la mapaná ;...
Cojtante y ficmej la penaj ;
No hay má, no hay má !...

.....

Qué ejcura que ejtá la noche ;
La noche qué ejcura ejtá ;
Asina ejcura ej l'ausencia...
Bogá ! bogá !...

*

ERNESTO LEON GOMEZ.

EL CENTINELA. — DESPUES DEL BAILE. — EN SUENOS. — TU NOMBRE. — CANSADOS. — EL SUICIDA.

*

EL CENTINELA.

¿HABÉIS pasado en noche tempestuosa
Junto á un templo sombrío
Y visto incierta luz que solitaria
Brilla al través de los pintados vidrios?

¿Y habéis pensado acaso en esas almas
Cuyo amor infinito
Se consume de Dios en la presencia,
Como esa pobre luz de opaco brillo?

Horrible está la noche: de la lluvia
El monótono ruído
En las desiertas calles se asemeja
A gritos de dolor, risas, suspiros.

La casa de mi amada está en silencio;
Descansa, dueño mio;
A la luz que refleja en los cristales
Yo cuidaré que todo esté tranquilo.

Mas... ¿quién en la penumbra que allá forman
La luz y el edificio,
Al pie de la ventana permanece
Como una muda estatua de granito?

Acércome en silencio, de la lámpara
Al resplandor sombrío...
¡Oh mi amor inmortal, tranquilo duerme:
El mudo centinela soy yo mismo!

DESPUES DEL BAILE.

POCO á poco se fueron opacando
Las luces en la estancia;
Clareaba la aurora, y en el huerto
Los pájaros cantaban.

Sentados ella y yo, ya casi solos,
En la espaciosa sala,
Llamábamos en vano á nuestros labios
Ignoradas palabras;

Ya no esquivos sus ojos, en los míos
Fijaban las miradas
Con esa vaguedad indefinible
Que da el sueño del alma.

De repente esos ojos se nublaron,
Sentí ruido de alas,
Y luégo vi que un niño cariñoso
Nuestras manos juntaba.

EN SUEÑOS.

I

EN alta noche el alma delirante
Abandonó mi fatigado cuerpo ;
Dejando atrás los valles y los montes,
Donde *ella* vive se acercó en silencio.

Vagó un instante de la casa en torno,
Su dulce nombre suspirando quedo,
Y ante el umbral de la cerrada puerta
Plegó las alas y detuvo el vuelo.

La blanca luna iluminaba el campo,
Extrañas cosas murmuraba el viento;
Olor de azahares... De brillantes gotas
Como de llanto salpicado el suelo.

II

—Dejadme entrar espíritus que amantes
De ella velais el apacible sueño.
¿ Sabeis que sólo por besar su frente
De noche emprendo solitario vuelo ?

Está dormida... La quietud de su alma
Denota bien su acompasado aliento;
Dejad á otra alma desgraciada y sola
Que mientras duerme la acompañe al menos.

Sueña... suspira... ¡ Ay Dios, cuánta amargura,
De tan querido sér vivir tan lejos !...
Habla... ¿ Qué dice ?... ¡ Pronunció mi nombre !
¡ Que no despierte nunca de su sueño !

TU NOMBRE.

UNA mañana del helado invierno,
Al abrir mi ventana,
Observé que el ambiente en los cristales
Poco á poco al tocar se condensaba;

Y como en ese instante, amada mia,
En nuestro amor pensara,
Escribí en el cristal tu nombre, luego
Añadí conmovido: ¡ Ingrata, ingrata !

Despues pensando me quedé en lo mucho
Que sufro por tu causa,
Mientras tu nombre, ante mi vista escrito,
Se iba despacio convirtiendo en lágrimas.

CANSADOS!.....

CAVABAN y cavaban los espectros
Del cementerio en el desierto campo;
Acerquéme y les dije:—¿Qué os afana?
Tiempo hace ya que media noche han dado.

—Fabricamos la tumba, respondieron,
Para dos seres que cual nadie amaron,
Que teniendo dos almas que eran una,
Jamás unidos se encontraron ambos.

—El nombre de ella ? dije, y los espectros
Tu inolvidable nombre murmuraron;
Y repliquéles yo:—¡ Cavad más pronto,
Que el viaje de los dos es ya muy largo !

EL SUICIDA.

LA luz del genio en su apacible cielo
Para él brillaba con claror divino,
Y, cual poeta, al fin de su camino
Debió la gloria coronar su anhelo.

Pero amó; lo engañaron, y un consuelo
Demandó en vano al porvenir mezquino;
Cobarde ante el horror de su destino
Rasgó de su existencia el frágil velo;

Y cuando libre el alma del suicida
Dejó á la tierra la materia inerte,
En las eternas puertas esculpida

Leyó temblando su futura suerte:
A quien por no sufrir deja la vida,
Vida para sufrir le da la muerte.

*

ALEJANDRO VEGA.

LA ESTATUA.—SEGUIDILLAS.—OFELIA.—EN UN ALBUM.

*

LA ESTATUA.

ELISA es una estatua, lector mio;
Ah! pero es una estatua encantadora;
Su mirar indolente, aunque es muy frio,
Llega hasta el alma, vence y enamora.

Por el amor me ofusco y hasta riño,
Y por una mujer hasta me inmolo,
Y es la pura verdad que desde niño
Fuí más enamorado que Paolo.

Es lo mas natural, pues, que de Elisa
Con todo el corazón me enamorara,
Porque ¿á quién no enamora la sonrisa
De una mujer de mármol de Carrara ?

La amé, no como dicen los cantores
Que ama el céfiro blando á la violeta:
Como soy extremado en los amores,
La amé como Romeo á su Julieta.

Paseaba una noche con Elisa,
Por un bello jardín de mil colores,
Que esparcía en las alas de la brisa
El perfumado ambiente de las flores.

Usando giros de alta poesía
La dije que de amor estaba ciego;
Pero al notar que nada respondía
Comprendí que la estaba hablando en griego.

—« El amor es la luz que alumbra, dije,
Del alma los arcanos más profundos;
El amor es la causa que dirige
El inmortal concierto de los mundos.»

« Los que en la vida sufren torcedores,
En el amor encuentran un consuelo,
Los que en íntima unión hablan de amores
Dan un paseo al rededor del cielo.»

« El placer más intenso y delicioso
Es el beso del alma enamorada,
Porque el beso es un acto tan grandioso
Que lo bendice Dios con su mirada.»

En fin, lector, de las maneras todas
La dije que el amor era la vida;
Y al pintarle el encanto de las bodas
Sospeché que ya estaba conmovida.

Diciéndola que amor era la esencia
O causa de la vida y su concierto,
Dijo:—« ¿ Por qué si amor es la existencia
Yo, que á nadie he querido, no me he muerto ? »

Desde entonces, con gran desembarazo
Cuando Elisa conmigo se pasea,
Hago cuenta, lector, que voy de brazo
Con la estatua de Venus Citerea.

SEGUIDILLAS.

DE noche, ángel querido,
Cuando tú duermes,
Rondo triste tu calle
Pensando en verte.
Si alguien me mira
Recatado en las sombras,
Pasa y suspira.

A veces cuando el llanto
Nubla mis ojos,
Y ahogado entre suspiros
Tu nombre invoco,
Mi madre amada
Murmura sollozando :
—Hijo de mi alma !

Yo sé que cuando duermes,
En tus delirios
Un nombre se te escapa
Que no es el mío,
Y que en el alma
Un amor alimento
Sin esperanza.

No obstante, ángel querido,
Cuando tú duermes,
Rondo triste tu calle
Pensando en verte.
Si alguien me mira
Recatado en las sombras,
Pasa y suspira.

OFELIA.

TODO en silencio está. Sobre las ondas
Los blandos rayos de la luna rielan,
Y junto al rio un sauce solitario
Sus tristes ramas sobre el cesped riega.

Una mujer, más blanca que la nieve,
Al pié del arbol sollozando llega,
Y mezcla el llanto á la canción más dulce,
Mientras sus dedos con las flores juegan.

En una rama del frondoso sauce
Una guirnalda de azahares cuelga;
Mas de improviso el inseguro gajo
Hacia las ondas con la niña rueda.

Sobre las aguas, como leve ondina,
Canta impasible la canción más tierna,
Y al hundirse por siempre entre las ondas
Dice:—Hamlet, adios, se va tu Ofelia!

Todo queda en silencio, y en las ondas
Los blandos rayos de la luna rielan,
Y junto al rio el sauce solitario
Sus tristes ramas sobre el cesped riega.

EN EL ÁLBUM

DE LA SEÑORA MERCEDES A. DE FLOREZ.

Feliz quien se halla cerca de tus encantos,
Porque al blando perfume que dá tu aliento,
Germinan en la mente ritmos y cantos,
Como hierve en estrellas el firmamento.

Feliz el ángel bello que en tu cariño
Encuentra el lenitivo de sus veladas,
Oyendo en tu regazo, como tu niño,
El eco melodioso de tus baladas.

Feliz quien cual tu amante que en ti se inspira
Puede calmar sus penas y sus agravios,
Con los dulces acordes que da tu lira,
Con los besos ardientes que dan tus labios.

Que tu esposo en tus brazos, con abandono
Mira los desengaños del hado adverso,
Como mira el Eterno desde su trono
Girar bajo sus plantas el Universo.

*

BELISARIO PEÑA V.

EN EL TEMPLO.—LA VISION.—EL TIEMPO.

*

EN EL TEMPLO.

LA campana vibraba tristemente.
Y en los aires su acento se perdía;
Del órgano las notas lastimeras,
Cual los ayes del alma dolorida,
Por las naves oscuras se extraviaban
Y con los cantos del altar se unían,
Y formaban concierto que purísimo,
Veloz se alzaba á la mansión divina.
....

738934

Allí me hallaba como todos triste,
Presa el alma de atroz melancolía,
Buscando fe para seguir la lucha,
Buscando fe para vivir la vida.
Vida triste en verdad, en que encontramos
Siempre oculta en las flores una espina,
La prenda que hoy nos hace venturosos
Mañana lloraremos ya perdida,
Todo placer que con afán buscamos
Al fin para nosotros es acíbar
Y por final lo hallamos reducido
Todo á un puñado de cenizas frías.
En esta lucha el pensamiento vaga
Como la nave con furor batida
Por corrientes opuestas, que la alejan
Implacables del faro de la orilla.

Y en medio de las penas y las dudas
Que incesantes mi espíritu abatían,
Cuando miraba por doquier tinieblas
Que el porvenir velaban á mi vista,
Tus ojos, cual luceros de esperanza
Que entre las brumas de la noche oscilan
Y un lugar le descubren al viajero
Que descanso le ofrece á sus fatigas,
De mi mente rasgaron las tinieblas
Con los fulgores de su luz divina,
Divina luz que me mostró á lo lejos
Otra existencia de perenne dicha.
Allí este rudo batallar continuo

Que el pensamiento con la duda libra,
Traspasado el umbral del infinito
Al resplandor de la verdad termina.

Cuando elevabas tu oración sincera
Y conmovida al cielo le pedías
Descanso para el alma apesarada,
Consuelo para el pobre que suspira ;
Y una lágrima dulce de ternura
Humedeció tu virginal mejilla;
Con fe tánta tus ojos levantabas,
Tál esperanza en tu mirada había,
Que renació en mi pecho la esperanza
Y mi fe revivió de sus cenizas !
Y hoy de la vida en la constante lucha
Siento algo poderoso que me anima !
.....

¡ Angel de paz, promesa de ventura !
¡ Nuncio celeste de la eterna dicha !
¡ Sostén mi fe, si débil desfallece,
Y mi senda de abrojos, ilumina !
¡ Anime siempre el fuego de tus ojos
De mis ojos la lumbre que agoniza !
¡ Y siempre unidos, como cuerpo y sombra,
Crucemos las tormentas de la vida !

LA VISION.

ME dijo la Visión: « Enjuga el llanto,
Olvida tu pesar, cesen tus quejas,
Nos vamos á volar á otras regiones,
Dejando las tinieblas.
La soledad te mata, vives triste,
Algo buscas, tus cantos lo revelan,
Pero alégrate ya, que yo te puedo
Dar la dicha que buscas, ven por ella!

Yo llevaré tu lira entre mis brazos,
Y sacarás de sus sonoras cuerdas
Dulces notas de amor que yo te inspire,
No los cantos que inspira la tristeza.
¡Qué gratas horas pasaremos juntos!
Pero huyamos veloces de la tierra:
¡Para quien tiene el corazón tan grande
Es demasiado estrecha!»

Era dulce su voz, divino el rostro,
Y la mirada límpida y serena;
Las manos hacia mí tendió amorosa
Con sonrisa hechicera.
Presuroso enjugué mis turbios ojos
Y entusiasmado me lancé hacia ella.
Las manos extendí...y hallé la nada!
Miré la inmensidad... la hallé desierta!

EL TIEMPO.

EN la tumba quedó...muy pocos fueron
A su tumba á dejarlo;
Pronto cubrió de tierra sus despojos
Indiferente mano.

Después sobre la fosa los amigos
Una hiedra sembraron,
Y una inscripción de tierna despedida
Pusieron en su mármol.

Y pasó el tiempo...¡ A la olvidada tumba
Ninguno ha vuelto á dirigir el paso !
Las ramas de la hiedra
Sombrías cubren el desierto campo...

La imagen del que fué, de cada mente
El olvido ha arrancado...
¡ Hasta del mármol la inscripción sencilla
Borró del tiempo la implacable mano !

*

CARLOS ARTURO TORRES.

ESPARTACO.—EL PRIMER CANTO.—LOS DOS MISTERIOS.—GIORDANO BRUNO.

*

ESPARTACO.

AL SR. JOSE RIVAS GROOT.

¡ABANDONAD el circo, gladiadores!
Cesen vuestros dolores,
Romped esa cadena que os oprime.
También las suyas romperá mañana,
Con fuerza sobrehumana,
El pensamiento, gladiador sublime.

¡Yergue la frente que al tirano espanta,
ESPÁRTACO! Levanta,
Y en tus cadenas el puñal afila;

Conduce á Roma la potente hueste
Que, cual fuego celeste,
O venga y purifica, ó aniquila!

Pero, ¿qué sombra se alza en tu camino?
Es que el ciego destino
Pone á veces al genio una barrera;
¡Ay de él si por salvarla no combate!
¡Ay de él si no la abate
Y prosigue entre escombros su carrera!

Señala Dios al genio una tarea:
Esa es su única idea,
Sólo la voz de su conciencia escucha;
Pero también, á su pesar, vacila,
Se anubla su pupila...
¡Qué solo se halla el hombre cuando lucha!

Hijo de Graco, precursor de Bruto,
El forzoso tributo
Pagaste á un pueblo de tu sangre avaro.
¡Vivir encadenado es un tormento!
Ya rendiste el aliento
En las sangrientas ondas del Silaro!

El genio en un mortal bulle y fulgura;
Y sublime locura
Lo empuja, irresistible, hacia adelante;
Cumplida su titánica faena
Sucumbe en el arena...
¡Vil esclavo nació, muere gigante!

EL PRIMER CANTO.

CUANDO después de su triunfal carrera
Hundió la roja frente
El astro de la luz por vez primera
Detrás de las montañas de Occidente,

El primer hombre atónito miraba
El declinar del día;
Y al notar que la sombra lo rodeaba,
Sintió miedo, dolor, melancolía...

Sufrió al mirar la gran naturaleza
Envuelta en negro manto,
Le oprimió el corazón honda tristeza,
Y acompañó á las aves en su canto!

Primer canto, expresión de un sufrimiento
En antes no sentido,
Al cual hicieron coro con su acento,
El murmurio, y el trino, y el balido.

Desde entonces doquier que los pesares,
La duda, el desconsuelo,
Hacen brotar las lágrimas á mares,
Tú las enjugas, Musa! hija del cielo!

La noche que los ojos envolvía,
De Milton y de Homero,
Hizo surgir la eterna poesía
Que oyó atónito y mudo el orbe entero.

¡Oh desesperación, cuando la sombra
Cubre el mundo y el alma,
El hombre en su dolor te invoca y nombra,
Y no le prestas la anhelada calma!

El dolor, sin cesar, con rabia fiera
El corazón desgarra;
Ay! un alivio á este dolor no hubiera
Si algo no hiciese detener su garra.

Ese efluvio que luz y amor exhala,
Del alma santo anhelo
Eres tú, Poesía, eterna escala
Por donde el alma se remonta al cielo!

Ella le grita al desgraciado: «¡Espera!
La esperanza no es vana,
Si hoy te oprime el dolor con saña fiera,
Eterna dicha gozarás mañana!»

Cuando en medio la noche sosegada
Titilan las estrellas,
¿Quién al alzar la vista conturbada,
No cree que su alma ha de habitar en ellas?

¡Oh dolor! ¡oh tinieblas! ¡oh misterio!
¡Punzadoras angustias!
Silencio aterrador de un cementerio,
Desiertas ruínas, soledades mustias;

Sonido de una música lejana,
Queja de una arpa rota,
Triste doblar de funeral campana,
De alondra herida postrimera nota;

Nostalgia dolorosa del proscrito,
Desengaño, locura,
Tú, tormento mayor que el del precito
Amor sin esperanza, cruel tortura!

Fuentes sois de perenne poesía,
De inspiración sublime,
Porque sólo en su mísera agonía,
El bardo celestial cantando gime!

Hacen vibrar los íntimos dolores
El arpa sacrosanta,
¡En la noche gorgean los ruiseñores!
¡En la desgracia el hombre llora y canta!

LOS DOS MISTERIOS.

(A MI MADRE.)

Mistery of life, how dreadful!

HOWELLS.

SIENDO muy niño, en el materno seno,
El corazón inerte,
Lloré y me estremecí de terror lleno
Pensando en el misterio de la muerte.

Hoy por la pena el corazón deshecho,
La lucha ya emprendida,
¡ Pudiera yo llorar, madre, en tu pecho
Por el triste misterio de la vida !

GIORDANO BRUNO.

(FRAGMENTOS.)

Te han calumniado ¡ oh Dios ! Tú oyes el grito
Del corazón doliente y consternado ;
Tienes misericordia y no has proscrito
La augusta libertad. Te han calumniado !

NÚÑEZ DE ARCE.

ES la negra prisión : allí Giordano
Expía, encadenado su delito.
¿ Cuál es su crimen? ¿quién el noble anciano ?
Alguien responde : «*el sabio*,» otro, «*el maldito*.» 8

Débil rayo de luz, perdido y triste,
Pasa al través del agrietado muro,
Con tinte funeral los muros viste
Y su fulgor se pierde entre lo oscuro...

A esta luz se dibuja en su semblante,
Que es á la vez benévolo y adusto,
Algo de la tortura del Gigante
Que se agita en el lecho de Procusto !

Entre sus labios las palabras vagan
Y por hacerse oír con fuerza luchan :
Del pasado son voces que se apagan !
Del porvenir son voces que se escuchan !

«Yo quise del error rasgar el velo,
Y se me arroja en lóbregas prisiones !
Busqué la ciencia en mi incansable anhelo :
¡ Cadenas encontré por galardones !

No me arredra la muerte ! Es un tormento
Vivir do alumbran á Jesús con teas,
Donde es atroz delito el pensamiento
Y castiga el cadalso las ideas.

Ya la fe en mi camino no me guía
Y con la duda mi razón tropieza ;
¡ Se va el bálsamo y queda la agonía !
¡ Se va el consuelo y queda la tristeza !

Mas voy en pos de la celeste lumbre,
Y la sombra del viaje no me espanta.
Al escalar la bendecida cumbre
Encadenado, más mi pie adelanta!

.....

¿Quién encadena la razón? ¿qué mano
Corta del pensamiento el raudo vuelo?
¡Mandad callar al férvido oceano!
¡Mandad parar los astros en el cielo!

¿Piensan que de la víctima el lamento
Puede apagar de la razón el grito?
Aquél, humano, piérdese en el viento;
Éste, divino, vuela al infinito!

Porque busco la ciencia se me veja,
Y me arrojan de cieno entre una charca,
Mi frente, que virtud sólo refleja,
Manchan también con la oprobiosa marca.

.....

Mas pronto el hombre se alzará potente,
Y la razón sacudirá su yugo,
Y levantando la radiosa frente
Pedirá estrecha cuenta á su verdugo.

Mártir seré del pensamiento humano;
Doy mi nombre á la historia justiciera.
La apostasía me pedís en vano!
La hoguera es galardón! Venga la hoguera!»

.....

*

LEONIDAS FLOREZ.

DEFENSA DE LA POESÍA.—INFINITO.—SIDERAL.

*

DEFENSA DE LA POESIA.

I

VUESTRAS liras colgad, oh trovadores,
Que el vulgo os ha vencido y os asedia;
Así él mandó colgar en sus furores
Las espadas también de la Edad Media.

Todo está dicho ya, puesto que á Homero
Y Virgilio decir todo les plugo;
Byron es un poeta aventurero
Y un simple rapsodista Víctor Hugo.

Nada trascendental hay en el verso,
Nada adelanta el mundo con cantares,
En vano hacéis llorar al universo,
Reír al cielo y sollozar los mares.

En vano hacéis, centuria tras centuria,
Repetir vuestros cantos, que el combate
El vulgo empeñará con tanta furia
Que hará olvidar el canto y hasta el vate.

Todo es viejo ya hoy! Está oxidado
El carro aquel donde rodaba Apolo...
El aplauso del mundo se ha apagado
Y el pobre trovador se encuentra solo.

¿Decis al sol que es ojo del espacio
Y á la luna llamáis hostia de fuego?
Pues lo uno hace siglos en el lacio
Dijo un vate latino, y lo otro un griego.

¿Soñáis viendo la larva de algún astro
Y un capullo de aurora? Que os perdone
Ese tan bello plagio Zoroastro,
Porque si él no lo dijo, se supone.

Hacha de Dios al rayo furibundo
Decís; lengua de bronce á la campana;
Arista al hombre...¿que adelanta el mundo?
¿Por eso más feliz será mañana?

Oíd al vulgo: no halla trascendencia
Y do no la halla encuentra poco seso;
El poeta consume su existencia
Sin su óbolo poner en el progreso!

II

Vulgo infeliz! en vano te levantas
Del vate á profanar las hondas huellas,
Pues tomas, cuando tocas ya sus plantas,
El polvo de sus plantas por estrellas.

Tú crees que el cielo donde canta el vate
Se halla á tu altura; en tu írrito horizonte
Tú sólo ves el polvo del combate:
Alcanzas la colina, mas no el monte.

No mires á sus pies, que te han creado;
Mira á lo alto, que arriba está la meta.
¿Ves un sol por estrellas coronado?
¡Pues esa es la cabeza del poeta!

«Todo está dicho ya!» Sí, mas la idea
Es la piedra; jamás fué la escultura;
Porque alguien hizo á Venus Citerea,
No ha de hacer Praxiteles su figura?

Porque alguien hizo un cántaro de barro
En tiempo de Nemrod y de las liebres,
¿ Llegarán el despecho y el desbarro
Hasta incendiar la fábrica de Cevres.

Crea el poeta á veces y mejora
Otras veces también, siempre que canta;
Do sollozó uno apenas, otro llora ;
Uno llégó hasta aquí y otro adelanta.

¡ Versos ! qué son ? « Insípida armonía »
¿ Qué avanza el mundo que cual són los toma ?
No profanéis así la poesía,
Que ella no es una ciencia, es un idioma !

No es su objeto avanzar ni hacer que avance
Tampoco el mundo, ni es buscar razones :
Es hacer entenderse á quien la alcance
Con los grandes y nobles corazones.

Es despertar en generoso pecho
Las dulces sensaciones que no había ;
Hacer llegar al calabozo estrecho
Donde duerme el dolor, la luz del día.

Es vestir regia clámide que al oro
A la virtud y á la belleza abate;
Que la mujer le dice : « ¡ Yo te adoro ! »
Sin conocerlo al verdadero vate.

Tornar el de Procusto en el de rosas
Lecho imperial, cantar en el infierno;
Y dejar, cual el tracio, en sus baldosas,
Como un lampo de Dios un eco eterno.

¿ No gustas de los versos ? Pues bien, sea !
Hay quien la música haya aborrecido ;
¿ Mas no hay luz porque un ciego no la vea ?
Al que odia el verso fáltale un sentido !

« Todo es viejo ya hoy ! » Y el canto triste
De la alondra es más viejo todavía,
Y aunque existe él desde que el vulgo existe,
Siempre despertará melancolía.

Más vieja que los cantos es la luna,
Pero véla seguida de una estrella
Retratando su frente en la laguna,
Y has de postrarte, aun sin pensarlo, ante ella.

Inventa un cielo, un sol, otros luceros,
Otro espacio, otra luna, é inmortales
Serán siempre en los tiempos venideros
Tus osadas creaciones siderales ;

Y aun no habrás alcanzado, nó, la fama
Que del poeta ciñe la alta frente;
Porque él no crea ya, sino derrama
A raudales los mundos de su mente.

Y de su lira el mágico sonido
Revuelve el mundo; es néctar ó veneno;
Ella torna creyente al descreído,
Al bueno malo, como al malo bueno.

Es eco del dolor ó la alegría,
Padrino del valor, censor del miedo,
¿Aquiles sin Homero existiría?
¿Concibes á Bolívar sin Olmedo?

Canta y el mundo cesa en su marasmo;
Y cual si oyera músicas marciales
Aprovecha el calor del entusiasmo
Y triunfa luégo en lides colosales.

Ríe él y el mundo ríe con locura;
Llora él y el mundo con angustia llora;
Néctar y hiel, placeres y amargura,
Hijos son de su lira triunfadora.

Sofista del dolor, en dulce metro
Canta al doliente rey lleno de orgullo,
Y olvida el rey corona, pena y cetro,
Escuchando del vate el dulce arrullo.

Vivió un monarca, de esplendor cubierto;
Y un vate lo alcanzó con su zaheta;
Muere Napoleón...y queda muerto.
Y muere Hugo...¡ No muere, que es poeta!

El uno duerme ya con sus mayores;
Su losa es el sarcasmo de la historia;
Y el otro vive aún en los clamores
Del mundo, y en sus cantos y en su gloria.

En el infierno acaba la esperanza...
El que entra nunca sale; mas Orfeo
Entra y sale, y Virgilio el paso avanza
Y de brazo con Dante da un paseo!

Y es de los vates tal el poderío,
Que si en el verso «dardo de la frente»
Dijeran todos «Creemos ya, Dios mío,»
No fuera el mundo ateo sino creyente.

Mas no lo dicen porque son creadores,
Y su único rival está en los cielos!
¡Colgad las liras pobres trovadores,
Que no hay pena más grande que los celos!

INFINITO.

ANUNCIABAN los limpios horizontes
Con su fulgor la luz de la mañana;
Las blancas nubecillas parecían
De bellos cisnes colosal bandada.

Ella sentada junto á mí en la prora
El océano inmenso contemplaba;
Yo interrumpí sus tristes pensamientos
Diciéndóle al oído:—Y aun me amas?

—¡ Tanto ! me dijo, é inclinó la frente,
Para esquivar la luz de mis miradas;
Yo con mis labios la enjugué amoroso
El llanto que brillaba en sus pestañas.

—¿ Y es muy grande tu amor ? volví á decirla;
Y entónces ella, en majestuosa calma,
—¡ Así ! me dijo, y me mostró el espacio
Sin límites ni fin y el mar sin playas !

SIDERAL.

YA se eleva la luna tras de los montes;
Ya se aduermen los vientos entre las palmas;
Y al contemplar la luna más horizontes
Se abren más horizontes á nuestras almas.

¡ Qué delicia que juntos en raudo vuelo,
Sin dejar en el aire huella ninguna,
Llegáramos besándonos hasta el cielo
Y por hogar tomáramos la alba luna !

¡ Volar como dos nubes de opuestos polos
Eléctricos, que imitan aureos vellones !...
¡ Qué soledad tan dulce la de dos solos
Que al volar se compriman los corazones !

¡ Arder aquí en la tierra como dos llamas,
Vibrar en el espacio como dos notas,
Y morir en la luna si no me amas,
Como dos tristes liras á un tiempo rotas !

¡ Y al alzarse la luna llena y brillante,
Como hostia de luz viva sobre el sagrario,
Las almas que bien se amen en adelante,
Se darán siempre citas á nuestro osario !

*

FEDERICO RIVAS FRADE.

MEDITANDO.

*

MEDITANDO.

EN una de esas noches tan brillantes,
Que mucho más que noches son auroras,
En que vuelan las almas soñadoras
Y viajan los espíritus errantes;

En que del cuerpo el alma se desprende
Y entre mil vaguedades confundida,
Dejando los senderos de la vida,
Por lo impalpable caminar pretende;

En esas horas de éxtasis profundo
Mi alma, que con serlo, está ya dicho
Que tiene, como todas, el capricho
De viajar en la noche por el mundo,

Vaga y sueña y contempla muchas cosas
Que van y vienen, huyen y se alejan,
Y al cabo convertida me la dejan
En un niño cazando mariposas;

Pero, acaso, las huellas de algún llanto,
O recuerdos sonámbulos de penas,
De esos que tienen algo de sirenas
Porque cantan y gimen en su canto,

Detienen de mi alma el raudo vuelo
Y le murmuran quedo en el oído:
—Decidnos: ¿dónde el bien está escondido?
¿Dónde la dicha está sobre este suelo?

Ante preguntas tales, asombrada
Queda mi alma extática, lo mismo
Que el que parado al borde de un abismo
Lo quiere sondear con la mirada.

Y como el aire que á su paso toca
Ya en el cristal del lago, ya en el barro,
En la nube, en la flor, en el guijarro,
En el valle, en el cerro ó en la roca,

Así, buscando solución alguna
Para aquella pregunta tentadora,
Va mi alma pasando, hora tras hora,
Las sendas de la vida, una por una.

Primero, por la escala de la vida
Desciende hasta llegar á la materia,
Y toca de los hombres la miseria
Por ver si la ventura allí se anida.

Encuentra ahí los goces más sensuales,
Olor de cieno embarga sus sentidos
Y en su redor escucha confundidos
Ayes de manicomios y hospitales.

Al final de la senda en que camina,
Entre gasas manchadas y hojas mustias,
Cargados de dolores y de angustias
Ve gemir á Luis Quince y Mesalina ;

Subiendo más, brillar contempla el oro
Y, á su deseo, el techo se levanta
Del dorado palacio donde canta
Un himno la ambición ante un tesoro;

Y mira algunos ojos animados
Y escucha de placer algún acento ;
Mas fijándose, ve al remordimiento
Triturar corazones disecados.

Ascendiendo penetra en los salones
Donde el regio poder su trono ostenta,
Allí la confusión y el ruído aumenta
Al vaivén de diversas ambiciones:

Junto de alegrías enmascaradas,
Ve á la verdad llorando de tristeza,
A la ambición sirviendo á la bajeza,
Y de sangre y traición huellas marcadas;

Al través de este ruído oye distinto
Un eco de dolor y de misterio :
Es que de Yuste el vacuo monasterio
Repite la oración de Carlos Quinto.

El alma sube en su deseo, y en tanto,
Para llegar al templo de la gloria,
En las páginas halla de la historia
Luto y sangre, cadáveres y llanto ;

Y al cabo con dolor la vista aparta,
Por no ver en el fondo de esta escena
Cautivo á Bonaparte en Santa Helena,
Y á Bolívar muriendo en Santa Marta ;

Huyendo de este cuadro la presencia,
Con tintes de miseria y desconsuelo,
Tiende hacia arriba el poderoso vuelo
Y llega á los umbrales de la ciencia.

« He terminado,» piensa, « aquí se encierra
Todo lo grande que contiene el mundo,
Del pensamiento en el luchar fecundo
Concluyen las miserias de la tierra.»

Pero al tocar en el umbral apenas
Ya mira del dolor en el mareo
Que ante los necios tiembla Galileo
Y que gime Colón entre cadenas;

Y guardando su nuevo desengaño
Respira fatigada de la carga,
De tanto llanto que la vida amarga,
Y sube de la escala otro peldaño.

Entre flores, perfumes y ambrosía,
En medio de ilusiones y celajes,
Vistiendo de las nubes los encajes,
Ve dormida á la joven Poesía ;

Mas el sopor de virgen tan sencilla
Ignora si es ensueño ó desvarío,
Y no sabe si es lágrima ó rocío
La gota que humedece su mejilla ;

Duda el alma si aquí termina el llanto,
Si aquí concluye del dolor el giro,
Al oír de la virgen un suspiro
Que entre sus labios se convierte en canto.

Duda pues si la dicha allí se encierra ;
Pero á su vista llegan de improviso
Milton que ofrece en venta « El Paraíso »
Y Byron que se aleja de Inglaterra.

Gime el alma con triste desaliento
Contemplando estas nuevas desventuras,
Y escala otra región de las alturas,
Para el mundo encontrar del sentimiento ;

Duda, pero el amor le manda un beso
Con sabor de jazmín y olor de rosa,
Y la amistad serena y generosa
La abraza del cariño en el exceso ;

Penetra en ese templo y oye ruído
De gorgeos, idilios y ternuras;
Pero al través de sombras muy oscuras
Divisa á la perfidia y al olvido ;

Escucha entre el gemido de la brisa
El « Tú también !» de César espirante;
Y mira en un convento muy distante
Las cartas de Abelardo y Heloísa ;

Otro nuevo dolor el alma lleva,
Y pretende subir ; mas siente el frío
Del que toca á sus plantas el vacío
Cuando á oscuras camina en una cueva.

« ¿ Dónde está la redoma cristalina
Del bien y sólo el bien ?» pregunta. «¿ En dónde ?»
Y con un ay! profundo le responde
La Humanidad que entre el dolor camina.

Y sus lágrimas mira el alma mía
De fantasmas tornarse en turba inmensa,
Como aquellos que el niño mirar piensa
Al postrer resplandor de una bujía.

Pero de estas tinieblas sin auroras,
Vuelvo al mundo real de los sentidos
Del reloj á los golpes repetidos,
Con que anuncia la muerte de las horas ;

Y, como se despierta atormentado
Por la visión de un sueño de tristeza,
Busqué por los contornos de mi pieza
Las sombras de mi sueño disipado;

Y vi, para colmar mi desconsuelo,
De la alborada con la luz dudosa,
Un cuadro de la Virgen Dolorosa,
Juntas las manos y mirando al cielo.

*

DIOGENES A. ARRIETA.

EN LA MEDIA NOCHE.—EN LA TUMBA DEL GENERAL DANIEL DELGADO.

*

EN LA MEDIA NOCHE.

MAJESTUOSA la luna señorea
El ancho firmamento;
Hermosos, rutilantes como soles
Alumbran los luceros.

Las nubes cuelgan de los altos montes
Un misterioso velo;
Las copas de los árboles se mecen
Con tardo movimiento.

Escúchanse á distancia los latidos
Del vigilante perro,
Fiel centinela que del amo guarda
El descansado sueño.

Ninguna voz humana se percibe
En medio del silencio:
Las voces y el martillo del trabajo
También enmudecieron.

De una lámpara el rayo persistente
Divísase allá lejos,
La lámpara del sabio que trabaja
Y vela en el silencio.

Obrero de la ciencia que investigas
Tantos hondos misterios,
Tú que trabajas mientras todos duermen,
Tú llegarás al puerto!

EN LA TUMBA

DEL GENERAL DANIEL DELGADO.

LIDIADOR, ya rendiste tu tarea!
Doblaste al fin, vencido en la pelea,
Larga, tenaz, reñida con la suerte
La frente ya cansada;
Pero fuiste en la lucha con la muerte
Intrépido hasta el fin de la jornada. 10

De lauro inmarcesible coronado
Llegaste del sepulcro á los umbrales :
El pecho decorado
De las nobles insignias que la gloria
Otorga á los varones inmortales.

Mostrabas el bastón del Majistrado
Junto al arma gloriosa del soldado,
Tu espada esclarecida
Que salió en cien combates vencedora
Y nunca fué vencida ;
Y así bajaste á la mansión sombría,
Hijo preclaro de la patria mía.

De la vida otros pasan el lindero
Cargados con su afrenta,
Cada vez más pesada que primero :
Que á la luz de un renombre pasajero
El estigma del crimen más se aumenta.
Otros bajaron á la eterna sima
Hurtando sus oídos
Del pueblo que ultrajaron ó vendieron
Al rumor de los odios encendidos,
Que les persigue con tenaz empeño
Hasta en la sombra del eterno sueño.
A su pasado aquel vuelve la vista,
Y el pasado le humilla ó le contrista ;
Hasta que huyendo á su miseria y daño
El rostro esconde en el mortuorio paño.

Oh! pero tú, varón sencillo y fuerte!
La conciencia tranquila, sin rencores,
Llorado por los pueblos, y de honores
Cargado, te abrazaste con la muerte.
Eras modesto, noble y cariñoso,
Modelo del amigo y compañero;
Amante de tu hogar y desdeñoso
Al astuto lenguaje y lisonjero
Que la traidora adulación emplea.
La envidia no alcanzaba
Tu frente á salpicar con su veneno,
Pues tu misma humildad la desarmaba.
Tu corazón, al egoísmo ajeno,
Con el feliz gozaba;
Y aquel que se encontró más desgraciado,
Ese alcanzaba más de tu cariño...
Cual tú no conocí ningún soldado,
Brazo de acero, corazón de niño!...

Un recuerdo no dejas infamante:
Y cavile el espíritu y se asombre,
Cómo siendo soldado y gobernante
Nadie pronuncia con rencor tu nombre.
El llanto que la Patria entristecida
Derramó por tu eterna despedida
Fué el llanto de una madre desolada:
Que ya le queda sólo la memoria
Del tiempo venturoso en que tu espada
Sus legiones condujo á la victoria;
Y sabe que en el tiempo venidero,

Cuando llame el peligro á sus umbrales,
En vano buscará al audaz guerrero
Defensor de los fueros nacionales!

Un día, locamente,
Alzó un caudillo la culpable mano,
Y amenazó á la majestad excelsa
Del pueblo colombiano.
De aquel caudillo á los afectos era
Sostén y abrigo tu amistad sincera.
La Patria amenazada
Al punto recordó tu juramento,
Tu lealtad probada;
Te señaló con dolorido acento
Su gloriosa bandera desgarrada,
Y se amparó en tus brazos...
Rompiste heroico entonces
Del corazón los lazos,
Y recogió asombrado el mismo pueblo
Del Dictador el sable hecho pedazos!

A tu excelsa memoria quién un templo
En cada pecho levantar pudiera,
Porque aprendieran muchos en tu ejemplo
A respetar su honor y su bandera;
Y arrancaran, insignias profanadas,
A precio de baldones alcanzadas
Por no seguir tus huellas,
De sus menguados hombros las estrellas.

Cuántos hay que ofrecieron afanosos,
De la infame bajeza haciendo alarde,
Apoyo fuerte al que ultrajó el Derecho ;
Y conquistaron con valor cobarde
Para su nombre títulos pomposos
Y medallas de honor para su pecho !
El ánimo inexperto ó degradado
Prefiera la ruindad á la grandeza,
Y encuentre regalado
Manjar á su ambición en la vileza ;
Pero tú no bajaste avergonzado
Jamás ante los hombres la cabeza !

El fanatismo cruel, que se divierte
En celebrar festines de conciencias
En los negros linderos de la muerte,
Llegó como el ladrón hasta tu lecho
A tomar por asalto tus creencias.
Tu razón se mantuvo firme y fuerte,
Indómita y serena ;
Y, altiva, rechazó por infamante
Del católico dogma la cadena.
La amenaza feroz del sacerdote,
De los tuyos el ruego cariñoso ;
De la muerte el abismo ya cercano
Abierto ante tus ojos, pavoroso ;
Ni aquel dolor tirano
Que revelaba tu profunda angustia
En tu mirada mustia
Y en el hondo estertor de tu agonía,

Abatir consiguieron tu energía...
Y así tu convicción fué retemplada
En el combate fiero,
Cual si fuese forjada del acero
Inquebrantable de tu misma espada :
Y tu razón así quedó triunfante,
Como esas rocas que en ignotos mares,
Del viento y de las olas
Resisten los embates seculares !...

Tu carácter entero y levantado
Sea feliz modelo
A esta generación que ha comenzado
Con el negro Poder, entronizado
En la conciencia, el formidable duelo ;
Y afrenta también sea
Al que ceda, cobarde, en la pelea.
Al que abandone el asediado muro
Porque tras él amague la tormenta,
O se asuste del éxito inseguro,
A ese tu ejemplo servirá de afrenta !

Esta viril generación que llega
De la pública vida al escenario,
Con lágrimas de amor tu tumba riega ;
Y en el curso sabrá del tiempo vario
Tus hechos imitar, y tu memoria
Sagrada venerar en el santuario
Augusto de la Historia,
Velado por el genio de la Gloria.

La Patria cuidará reconocida
De tus huérfanos hijos y tu esposa:
Deuda de gratitud nunca la olvida
Nación que es justiciera y generosa.
Ídolos fueron ellos de tu vida,
Y te asustaba su insegura suerte
Al sentir en tu frente ya esparcida
La misteriosa sombra de la muerte...
Descansa en paz ¡oh padre! que el Destino
Regará de esperanzas su camino,
Como le dió tu generosa mano
Honor y gloria al Pueblo colombiano!

*

RÚBEN J. MOSQUERA.

ANTE LA ESTATUA DE BOLÍVAR.—¿ HASTA DÓNDE ?—A ESPAÑA.

*

ANTE LA ESTATUA DE BOLIVAR.

(EL DIA DE SU CENTENARIO.)

SONETO.

VEDLO! Allí está! Parece que se anima
Su enjuto rostro, su nervudo brazo;
Súbdito de su genio, el Chimborazo
A soportar su pie dobla la cima!

La Libertad que como á Dios estima,
Roto sintió de la opresión el lazo,
Y, Padre de la Patria, unió en abrazo
Los hijos del Rimac y del Tolima.

Habla, fundido bronce! Dinos cuántas
Al par que tristes, infecundas luchas
Murieron, al surgir, bajo las plantas;

Y si la voz del patriotismo escuchas,
Yergue la frente, y en tus ojos muestra
El ígneo rayo que blandió tu diestra!

¿HASTA DONDE?

CALMA el mar en su embate furibundo
El vaivén de sus ondas alteradas;
Mas ay! del corazón en lo profundo
Incesantes revuelven sus oleadas.

—

Tiene su dique en la menuda arena
La enorme mole que en fragor batalla;
Ay! y no evade el corazón la pena
Que aun en el medio del placer estalla!

En la forzosa lucha por la vida
Cómo esquivar la hiel del sufrimiento,
Si en consorcio fatal va refundida
La sombra con la luz al pensamiento!

—

Tras larga noche, impenetrable y muda,
La aurora luce del risueño día,
Y sobre el campo estéril de la duda
La fe sus rayos poderosa envía...

—

Asido de las ramas del camino,
Sangrando el corazón y el alma ansiosa,
Sigue el hombre en los brazos del destino,
Vendado de ojos y la faz llorosa.

—

¿A dónde llega al fin? Nadie lo sabe:
Tal es de sombras su futuro incierto:
Vaga errante en el mundo como el ave
Tras la amarga semilla del desierto!

—

Aspira en lo inmortal de su delirio
De la gloria humanal el bien precario,
Y al peso de su cruz sigue al martirio,
Que apoteosis del hombre es el Calvario!

A ESPAÑA.

(SONETO.)

SI hervir entre mis venas no sintiera
La enrojecida sangre de Castilla ;
Si ante el altar sagrado la rodilla
Con humilde fervor no se rindiera ;

Si su sonoro idioma no tuviera,
Que gloria fué de Moratín y Ercilla,
Podría sin rubor en la mejilla
Negar que de españoles descendiera.

Arrostrando del mar rigor y saña,
Desde oculto repliegue de los Andes
He venido hasta ti, gloriosa España ;

Vengo á inspirarme en tus recuerdos grandes,
Y ávido el sitio contemplar, do un día
Colón, absorto, un mundo te ofrecía !

*

ADOLFO LEON GOMEZ.

LA VERDADERA BELLEZA. — NUESTROS NOMBRES.—LA AMISTAD.—ULTIMA LUZ.

*

LA VERDADERA BELLEZA.

(EN EL ALBUM DE MI HERMANA MARIA JOSEFA.)

BAJO un rosal de espléndida hermosura
Una niña bellísima enterraron
Y llanto matinal las rosas todas
Sobre el pálido rostro derramaron.
Y al beso de la luz de esa mañana,
Llena de amor, aromas y alegría,
Una rosa muy joven entreabría
Su cáliz perfumado.

Y al ver el cuerpo de la niña muerta,
De su inocente hermana,
(Y lo era en realidad, pues sin envidia
Hermanas son las hermosuras todas),
Sintió de pena la emoción primera
Y á la tumba le habló de esta manera:
—«¿ Por qué con tanta saña y crueldad tanta
Entre tu sima oscura,
Entre tu negro y misterioso abismo,
Robas así la flor de la hermosura ?
¿ Por qué tu manto soporoso, helado,
No cubre preferente
Al enfermo, al anciano, al desgraciado,
En vez de arrebatar dichosa y bella
Una niña inocente ?»

Con una voz profunda y cavernosa
La tumba respondióle :
—« No la hermosura arrebatar pretendo,
No de la niña los encantos borro ;
Pero es que tú no sabes, joven rosa,
Que la mejor belleza en las mujeres,
La sola verdadera,
Que no es como la tuya que amanece
Y al soplo de la noche desparece,
Consiste en la virtud y en la inocencia
Que yo nunca destruyo,
Porque el alma inmortal de una doncella
Cuanto más joven va, tanto es más bella.»

Inclinóse la rosa suavemente
Y añadió con dulzura :
—« Dichosas las mujeres, porque pueden
Conservar su hermosura
Más allá de la muerte y del olvido ;
Dichosas ellas si atesora su alma
Belleza verdadera;
Y desgraciadas las que son hermosas
En el cuerpo no más, como las rosas.»

NUESTROS NOMBRES.

I

SOBRE la arena grabó mi nombre
Y leve viento lo arrebató.
Quedó la playa serena y fría
De negra noche bajo el crespón.

Años más tarde, de su memoria
También mi nombre despareció !...
Como la playa, como la noche,
Quedó sereno su corazón.

II

Grabé su nombre sobre la nieve
Y al levantarse radiante el sol,
Letra por letra, gota por gota,
Como llorando lo disolvió.

Cuando su olvido me hirió en el alma
Borrar yo quise mi ardiente amor,
Y sin embargo, cuando la nombro
Llora en silencio mi corazón.

LA AMISTAD.

—DETENTE, Amistad, detente.
—Voy de prisa, voy de paso,
En un banquete me esperan,
Tiempo hace, los convidados.
—Aguarda, Amistad, aguarda,
Entra á descansar un rato.
—¡ Si que hace frío en tu puerta,
Si que está tu rostro pálido !

¡ Es tan triste tu morada
Como el triste desengaño !...
Apenas tirita un perro
Sobre el carbón apagado...
—Entra, Amistad, que sólo hallas
En este hogar solitario
A mi eterna compañera.
—¡ Cómo es de helada su mano,
Cómo es su faz de sombría,
Envuelta entre sus harapos !
Dime su nombre...—Miseria.
—Adiós amigo, me marcho :
Donde la Miseria vive
La Amistad no tiene campo.
.....

¡ Si que está triste mi älma,
Si que está mi rostro pálido !...
¡ Cómo tirita mi perro
Sobre el carbón apagado !...

ÚLTIMA LUZ.

LE ofrecí mi pasión y fué perdida
Aquella de mi amor sincera carta.
Con sus ojos que piensan, errabundos,
Sin ver mi pobre carta, la miraba.

Le dieron la noticia de mi ausencia.
No pareció que le importase nada.
¡ Ni un suspiro lanzó por el que siempre
Soñó con ella en extranjera playa !

Llegó á su puerta el eco de mis triunfos,
Llegó mi nombre en brazos de la fama.
Tanto caso hizo de él, como las olas
De humilde brisa que sobre ellas pasa !

Años más tarde se escuchó la queja
De un pobre corazón que agonizaba...
Mis suspiros llegaron á su oído,
Mas no alcanzaron á llegar á su alma.

Supo la enormidad de mis dolores,
Supo la inmensidad de mi desgracia.
Se conmovió como las negras rocas
Al gemido del viento en la borrasca...

Le dieron la noticia de mi muerte.
Pareció recordar...Oh ! despertaban
Mis versos, mis suspiros y mis glorias
Y mi infinito amor sin esperanza !

Por la primera vez, mojado en llanto,
En ese mudo hablar de su mirada,
Apareció mi nombre !...Oh muerte ! oh muerte !
Sólo tú arrancas para mí una lágrima !

*

ALEJANDRO A. FLOREZ.

A EMA.—AL TOQUE DE ANGELUS.

*

A EMA.

(ENCANTADORA NIÑA DE DOS AÑOS.)

YA que ocultas están en el olvido
Y aun plegadas las velas de tu nave,
Voy á hablarte del mundo, enternecido ;
Porque aunque joven soy, mucho he sufrido,
Quien sufre piensa, y el que piensa sabe...

Vas á cruzar el piélago iracundo...
Y á ver entre congojas y sorpresas,
En los turbiones de este mar profundo,
Muchas barcas flotar...¡ ingrato mundo !
Y salir pocas de la mar ilesas.

—

La belleza es relámpago perdido;
Tan sólo en la virtud hay armonía;
La gloria y sus destellos son ruído;
El dolor se refunde en el olvido;
El goce es humo, y el amor...falsía.

—

He mentido ! yo amé con pasión loca
A una mujer tan bella como ingrata ;
Y hoy cuando el alma su recuerdo evoca,
Surgen himnos dolientes de mi boca
Y su faz en mis ojos se retrata.

—

Yo quisiera ayudar tu primer paso,
Separar los abrojos de tu vía,
Descorrer las cortinas del acaso,
Y oírte balbucir páso, muy páso,
El dulcísimo nombre de María.

Si atiendes la verdad de mi experiencia
Pon inmenso cuidado en tus amigas :
Si guardas un secreto en tu existencia,
Dile á un hombre tu afán, en confidencia,
Pero á otra mujer no se lo digas.

—

La intimidad no es buena en las esposas
Y menos en las vírgenes amadas :
Espinas ella clava entre las rosas,
Y por ella se saben muchas cosas
Que debieran estar siempre ignoradas.

—

En mi oscura razón me reconcentro
Y escucho los rumores de dos fuentes
Que apacibles murmuran bosque adentro;
Mas si acaso confluyen, en su encuentro
Producen remolinos sus corrientes.

—

Cuando entres en el templo descuidada
Al Santo Sacrificio de la Misa,
Piensa en tu Dios, que estás en su morada...
No vayas por buscar una mirada
Y en cambio devolver una sonrisa.

Oh vanidad! no llegues un momento
A las puertas queridas de su estancia;
Del valer la humildad es elemento,
El orgullo es el triste complemento
De quien lleva consigo la ignorancia.

—

Cuando cumplas quince años, y tus flores
Su esencia cambien por distinta esencia,
Más y más te hablaré; por hoy no ignores
Que la luz de más limpios resplandores
Es la luz celestial de la inocencia.

AL TOQUE DE ANGELUS.

A MI BUEN AMIGO EL DISTINGUIDO POETA SEÑOR JOSE RIVAS GROOT.

SUBÍ la torre desesperado,
Contando solo sus muchas gradas.
De cuando en cuando triste tañía
Dobles á muertos una campana.
Llegué á la cima...ví un horizonte
Lleno de sombras bajo mis plantas...
Anochecía...y el hondo valle
Ya cobijaba neblina blanca.

Al cielo entonces trémulo el órgano
Lanzó sus himnos y sus plegarias...
Tristes como ayes del que agoniza
Y al cielo quiere tender sus alas ;
Como las tumbas,
Como las lágrimas,
Como las nieblas,
Como mi alma.

Torné la vista, quizás buscando
El dulce alivio de mis desgracias...
Aún tañía toques á muerto
Entre las sombras una campana.
Con tardo vuelo cruzar veía
Por el espacio nubes y garzas...
Anochecía...tan sólo el buho
En una ojiva su grito alzaba.
Con turbios ojos hallé en las sombras
Su hogar querido...su bella casa...
Ayer la cuna de mis amores,
Hoy el sepulcro de mi esperanza,
De mis canciones,
De mis baladas,
De mis ensueños
Y de mis ansias.

Dentro la iglesia los viejos monjes
De Dios contritos, imploran gracia.
Organo y timbre, veleta y buho,
Unen sus voces á las plegarias.

Después se escuchan pasos...y luégo
Vagos ruídos, y luégo...nada.
Anochecía ; vi al Occidente,
De trecho en trecho, marmóreas lápidas,
Sobre las tumbas de los que moran
En insondable perenne calma...
Y vi de un nicho volar al cielo
Una paloma de plumas blancas
Como la luna,
Como la escarcha,
Como los lirios,
Como las garzas.

Bajé la torre siempre contando
Una por una todas sus gradas.
Las densas nubes ya se escondían
Entre los flancos de la montaña.
Los tristes dobles llamando á muerto
Ya no se oían en la campana...
Callóse el buho, ni la veleta
Gimió en su eje... naves y estatuas,
Organo y timbre...vagos rumores,
Leves rüídos...todo fué calma.
Tendió la noche su negro manto.
Todo—sí—todo ¡ cuán triste estaba !
Como las tumbas,
Como las lágrimas,
Como las nieblas,
Como mi alma.

*

ENRIQUE W. FERNANDEZ.

ECOS DEL MAR.—CAPRICHO.—LA NOCHE.

*

ECOS DEL MAR.

OH! vasto Mar, oh! Piélago profundo
Que socavas el mundo
Al perdurable són de ronco estruendo;
Titán que te retuerces en cadenas
De rocas y de arenas,
La raíz de los montes conmoviendo;

No te conozco aún, mas te presiento,
Mi espíritu sediento
Tus sublimes horrores finge, ansioso,
Y sin haber estado en tus riberas,
En él, oh Mar, imperas,
Dilatado, bullente y majestuoso.

Más de una vez tus recios oleajes,
Tus ímpetus salvajes
Resonaron en mi alma combatida ;
Más de una vez mi espíritu doliente
Hacia tu playa ardiente
Voló, á expandir con el terror mi vida.

Sentí las tempestades revolverte,
Te vi rodar, romperte
Y de turbias espumas coronarte ;
Desde roto peñasco sentí el trueno
Retumbar en tu seno,
Vi la luz del relámpago alumbrarte...

¡ Inmenso Mar bajo infinito cielo !
Allí, tendido velo
De siempre vastas y tupidas nieblas,
Más allá, promontorios y arenales,
Insulas de corales...
Después, silencio, soledad, tinieblas.

Tinieblas...nó! que como el sol, tu abismo
Se ilumina á sí mismo,
Con fosfórica luz que en torno fluye
Cuando el turbión contra la playa choca
O se estrella en la roca,
Y en manojos de chispas rueda y huye.

Hay en tu fondo mundos encubiertos,
Y cóncavos desiertos
Y sótanos de perlas y diamantes;
De ti manan los ríos y á ti vuelven,
Tus abismos envuelven
Las cenizas de imperios ya pujantes.

En tus senos recónditos un día
La Atlántida se hundía,
Y ni el sol ni los hombres más la vieron;
Siglos después, tres naves españolas,
Domeñando tus olas,
El país de los Andes descubrieron.

Oh Mar, oh Mar! yo habré de conocerte,
Yo necesito verte
Y temblar una vez sobre tu abismo;
Envolverme en el manto de tus brumas
Y en tus rizas espumas
Recibir de poeta el gran bautismo.

Yo fío en Dios y en Él pongo este anhelo
De ver el combo cielo
En tus diáfanas ondas reflejado ;
De mirar en tu seno rota un día
Esta melancolía
Con que vive mi espíritu enlutado.

De tus olas saldré, como la diosa
En su leve carroza
De purísimo nácar, tal vez grande ;
Tal vez á ti me llamará la suerte
Para morir sin verte,
Como muere el vapor cuando se expande.

Mas no espanta el morir al vate herido,
Le espanta, sí, el olvido
De su nombre mortal sobre la tierra ;
Porque el olvido, oh ! Mar, desierto y hondo,
Es otro mar sin fondo
Que sólo frío y lobreguez encierra.

El Desierto y el Mar. La muerte hallada
En su inmensa explanada,
A todo el sol y á todo el firmamento,
Es el reposo del león dormido
Al agreste rüído
De las selvas, arqueadas por el viento.

CAPRICHO.

ENTRE cojines de damasco hundida,
Envuelta en tibio resplandor de perla,
Adormecida te encontré una noche,
Oh! noche de dulcísimas tristezas.

Como el artista al modelar su estatua,
Los breves labios con primor le aquea
Y un indeciso asomo de sonrisa
Allí, viviendo en lo insensible, deja;

Así estaba tu rostro, medio oculto
Bajo los hilos de tus rubias trenzas,
Y entre los pliegues de tu falda, un libro
Dejaba ver dos páginas abiertas.

Crucé los brazos, te miré, anhelante,
Luégo con paso de ladrón, sin fuerzas,
Llegué á tu oído, susurré : « yo te amo »
Y huí como ladrón de tu presencia.

LA NOCHE.

A MI AMIGO EL SR. ISMAEL E. ARCINIEGAS.

I

AQUÍ, mirando al cielo,
Desde oculta morada campesina,
No fijo en el señuelo
De la ambición indina,
Corre el vivir cual onda cristalina.

¡ Oh noche que desciendes
Sonando á la manera de arpa triste,
Y que lenta te extiendes
Por todo cuanto existe !
Préstame aliento y á mi canto asiste.

¡ Oh, cuál en ti se siente
Que la casa del alma está en el cielo !
¿ Quién alzará la frente,
Sin querer que alce el vuelo
El alma, de este vaso y de este suelo ?

Tú, de vivos luceros,
De pálidas estrellas coronada,
Me acuerdas los primeros
Solaces de la amada
Edad, que como ensueño es ya pasada.

¡ Oh candor de la infancia,
Cuando llegué á subir en monte erguido,
Pensando en mi ignorancia,
Que con brazo tendido
A Véspero lograra ver asido !...

Y esa es la edad más cuerda
Del hombre aquí; son de ángel sus errores;
Cuando el hombre la pierda,
En copa de dolores
Del mal exprime las vedadas flores.

¡ Ay del hombre, apegado
En donde sólo es cierta la mudanza ;
Que sólo en lo pasado
Lo no precario alcanza ;
Mas ya cual ruína, nó como esperanza !

Cercado de pasiones,
Escaso de saber y de inocencia,
Alimenta ficciones,
Desoye la conciencia,
Y allí está el mal, do pone su querencia.

Malgasta en devaneos
El sentido del bien, que á Dios le inclina ;
Fabricando deseos,
Por do ciego camina
No ve que deja flor y coge espina.

II

El tráfago y rüído
Con que turba la paz el largo día
Cesaron, y al oído
Confusa melodía
Pone vago deleite, y extasía.

Cuando se hunde á lo lejos
El monte que tu mudo pie traspasa,
Todos, niños y viejos,
Congréganse en la casa,
Y en ingenua expansión el tiempo pasa.

En fácil cantinela
Melancólico adiós al sol envía
El ave, y rauda vuela
Al dulce nido, y pía
Lleva el sustento de la tierna cría.

El grave, majestuoso
Toque de la oración da la campana ;
El eco sonoroso
Vibra en cumbre lejana,
Y se hace oír en la conciencia humana.

Y bajo el techo amado
Del pacífico hogar se aviva el fuego ;
El niño, ya cansado
Del bullicioso juego,
Busca el regazo y se adormece luégo.

El campo vierte aromas
Y en el aire el olor se desparrama ;
Sobre las verdes lomas,
Rastrera se derrama
Alegrando la vista, inquieta llama.

Por la tendida vega
Resbala lento y murmurando el río ;
En hoja que se pliega,
Por prado y bosque umbrío,
Cuaja efímeras perlas el rocío.

Así en gotas se baña
De enamorada virgen inocente
La púdica pestaña,
Cuando entre sueños siente
Casta sombra pasar del bien ausente.

¡ Oh ! todo, todo encumbra
A serena mansión el pensamiento :
Los ecos, la penumbra,
La niebla, el firmamento ;
¡ Hé aquí la paz, aquí el recogimiento !

Dios, en el cielo escrito ;
Dios, en todo patente ó reflejado ;
Se mira lo infinito
En lo inmenso enmarcado,
Si se copia en la mar cielo estrellado.

Este es el gran momento
Cuando al Señor el universo adora :
En la caverna, el viento ;
Muda el ave canora ;
¡ Prostérnate, mortal ; medita y ora !

*

DIEGO URIBE.

A UN ARBOL VIEJO.—AYER Y HOY

*

A UN ARBOL VIEJO.

¡OH árbol que te elevas de tu asiento
A tan inmensa altura,
Tú tienes por dosel el firmamento,
Por peana la espesura!

—

Aunque enseñas del tiempo las escamas,
Vida y vigor te quedan,
Y desde tu raíz hasta tus ramas
Verdes lianas se enredan.

Tus nudosas raices han salido
Entre hirsuta maleza;
Y llevas encerrado, comprimido,
Un siglo en tu corteza.

—

Y en tus hojas, inmenso rey del monte,
Gigante centenario,
Vuelan las aves todas, el sinzonte,
La mirla y el canario.

—

Tú que has visto el relámpago brillante,
Hijo del trueno ronco,
En el cielo brillar, y agonizante
Morir sobre tu tronco;

—

Tú que has visto bajar de la montaña
El ventarrón deshecho,
Y lanzarse después con fiera saña
Contra tu rudo pecho;

—

Y has oído bramar las tempestades
Y retumbar el trueno,
Y has visto el cielo roto en claridades,
Impávido, sereno;

Y tú que hasta del hombre has resistido
Los temibles hachazos,
A las aves del bosque das un nido
En tus musgosos brazos.

—

Y así como un gigante que meciera
Con paternal cariño
Y entre sus fuertes brazos adurmiera
Un delicado niño;

—

Así también con majestad alojas
En tus ramas perdido,
Arrullándolo al ruído de tus hojas,
Un blando y tierno nido.

AYER Y HOY.

I

UNA tarde sentados en la loma,
Respirando la brisa de los montes,
Aspirando de flores el aroma,
Contemplando los anchos horizontes;

—

A la sombra de un árbol corpulento,
Su brazo entrelazado con el mío,
Oyendo juntos susurrar el viento,
Oyendo juntos murmurar el río;

Mirando juntos el verjel lozano,
Juntos bebiendo el perfumado ambiente,
Y teniendo su mano entre mi mano,
—¿ Me amas ? la dije con acento ardiente.

—

Esperé la respuesta silencioso
Con mi pupila fija en su mirada,
Y luégo con acento tembloroso,
—Te amo, me dijo en voz entrecortada.

II

Del árbol que su sombra nos prestaba,
En las frondosas ramas confundido,
Vimos un pajarillo que cantaba
Porque tornaba alegre hacia su nido.

—

Vimos por el camino de la aldea
Un labrador bajar de la montaña,
Después de terminada su tarea,
Tranquilo entrar á su feliz cabaña.

—

Me juró amor por el verjel florido,
Me juró por la fuente que lo baña,
Me juró por el ave, por el nido,
Me juró por la paz de la cabaña.

Las flores del verjel se marchitaron,
El pájaro alzó el vuelo y dejó el nido,
Las aguas de la fuente se agotaron,
Y al juramento lo cubrió el olvido.

—

Y hoy vuelvo solo al árbol corpulento,
El alma triste, el corazón vacío,
Y escucho solo susurrar el viento,
Y escucho solo murmurar el río.

*

JOSE JOAQUIN CASAS.

EL DESIERTO DE LA CANDELARIA.

*

EL DESIERTO DE LA CANDELARIA.

I

POR fin, tras larga tempestad bravía,
La pobre barca mía
Logró tocar la suspirada tierra ;
Y aunque al abrigo de lugar sereno,
El ya distante trueno
Del ronco mar, mi corazón aterra.

II

Dios en la calma del retiro vive,
Y la oración recibe,
Nuncio de amor, celeste mensajera,
Que aquí los aires presurosa hiende,
Y asciende como asciende
A los impulsos del vapor la esfera.

III

Ya estamos en la cumbre : aquí el viajero
Se pára en su sendero,
Y la cercana soledad saluda,
Y al cuadro que de pronto se le ofrece
Ora, y luégo enmudece,
Oh soledad ! porque te observa muda.

IV

Faldas unidas de tostadas peñas
Las márgenes risueñas
Forman del valle que se extiende abajo,
A do concurren, como al mar las fuentes,
Por quiebras y pendientes,
Ancho camino, caprichoso atajo.

V

Tal vez á trechos la reseca falda
Salpica de esmeralda
Blondo trigal, do la paloma anida :
Así, para templar nuestra amargura,
Hay horas de ventura
En la escabrosa senda de la vida.

VI

Bañando el fondo del profundo valle
El río se abre calle
Por entre alisos, y arrayán, y helechos ;
Sepulta á veces su raudal de plata,
Resurge en catarata,
A trechos manso, rumoroso á trechos.

VII

Grupos circundan de tupidos sauces
Los hoy resecos cauces
Do en otro tiempo murmuraba el río :
Ay ! así quedan del amor ferviente,
Recuerdos en la mente,
En el postrado corazón hastío.

VIII

Las ilusiones que forjara un día
La ardiente fantasía,
Se dispersan después cual la hojarasca
Que el viento arranca, que el calor retuesta,
Y van de cuesta en cuesta
Perdidas al fragor de la borrasca.

IX

Sólo el amor de lo inmortal, los años,
Los rudos desengaños,
Los golpes de la suerte desafía ;
Sólo en ti, soledad, encuentra el alma
La perdurable calma,
La paz del cielo, que encontrar ansía.

X

Sí, yo te adoro, soledad ! callada,
Gratísima morada
Al desgraciado fugitivo abierta,
En tu mudez, en tu quietud inerme ;
Porque Natura duerme,
El fatigado corazón despierta.

XI

Se angosta el horizonte por do quiera
En calma placentera:
El valle abajo, el firmamento encima ;
Todo á la paz, á la oración propicio,
Los vientos sin bullicio,
Las aguas quietas, apacible el clima.

XII

Blanda esencia los ámbitos perfuma ;
A veces en la espuma
Hunde el aliso polvoriento ramo ;
En bamboleo reposado y hondo,
Sacude el manto blondo,
Regando flores, el pomposo guamo.

XIII

Riega el naranjo perfumadas flores,
Y alterna sus colores
La flor de gualda de la penca hirsuta ;
Del aura á impulsos el granado oscila,
Y su carmín destila
La ya en extremo sazonada fruta.

XIV

Erguida al pie de prominente peña,
Su tosca cruz enseña
Vetusta torre, por el musgo cana.
Vuela de allí la errante golondrina,
Si surge repentina
La adormecida voz de la campana.

XV

Yace á sus pies el monasterio mudo :
El parapeto rudo
Enmarañan las yedras y el cenizo.
A modo de plegaria ó de lamento,
El fugitivo viento
Silba en las rejas de metal macizo.

XVI

Aquella enorme venerable puerta,
Tan rara vez abierta,
Toda erizada de ásperos cerrojos ;
Las inscripciones que en el fondo oscuro
Del tortüoso muro
Descifra el corazón, más que los ojos ;

XVII

El claustro á media luz por cada lado,
El patio amurallado,
Florido un tiempo, sin cultivo ahora,
En cuyo fondo, sobre losa bruta,
Los brazos abre enjuta
La austera cruz, la insignia redentora ;

XVIII

Pronto á volar, cual pájaro del nido,
Del órgano adormido
Tanto acorde de amor, tanta armonía ;
El facistól en la penumbra enhiesto,
A cuya planta, puesto
Ve un monje en oración la fantasía ;

XIX

La roja luz que ante el altar se inflama,
Y su fulgor derrama
Sobre los cuadros de incipiente artista ;
La humilde Virgen en recinto estrecho,
Las manos sobre el pecho,
Buscando el cielo con ansiosa vista ;

XX

Hondas ventanas, pórticos con reja,
Tras de la cual semeja
Que un ojo ardiente fugitivo anima ;
Alto pilar que en su gastado asiento
Parece sin aliento,
Gemir al peso que soporta encima:—

XXI

Todo al ansioso corazón del hombre
Una emoción sin nombre
De amor, de espanto, de tristeza inspira,
Y el alma entonces, desplegando el ala,
En oración se exhala,
Cual nube de humo de reseca pira.

XXII

¡ Cuánto recuerdo de las sombras brota !
Como en edad remota,
Vagar los monjes por el claustro veo ;
Y en el fondo de celdas solitarias,
Sentir breves plegarias,
Hondos sollozos y pisadas creo.

XXIII

¡ Tánta ignorada tumba que no advierte
La planta, y do la muerte
Con las cenizas el recuerdo encierra !
Insondable lugar en que limita
Lo que en el cielo habita
Con lo que guarda el polvo de la tierra !

XXIV

Paréceme que el órgano sonoro
Despeña desde el coro
Su voz solemne en rauda catarata,
A cuyo acento de dolor sublime,
El corazón que gime,
Ancho raudal de lágrimas desata.

XXV

La noche el manto por el cielo tiende.
Pausado se desprende
De la alta torre el són de la campana,
Y surge con tristísima armonía
El himno que á María
Tributa humilde la piedad cristiana.

XXVI

El canto acaba y el silencio apura.
La multitud oscura
De errantes sombras, por el claustro vuela,
Y á media luz, escueto y solitario,
Se yergue el campanario,
Del valle y el convento centinela.

XXVII

De la luna á los pálidos reflejos,
De un golpe y á lo lejos,
Oh valle adiós ! tus ámbitos diviso ;
Y el corazón absorto, en la penumbra
Parece que vislumbra
La luz crepuscular del Paraíso.

*

JOSE MARIA GARAVITO A.

LA TUMBA DE EMMA.—DIME...

*

LA TUMBA DE EMMA.

¡CUÁNTAS veces cargado de recuerdos,
Del camino á la vera,
Bajo el ramaje del frondoso pino,
Que una tumba sombrea,
Me siénto, al declinar la tibia tarde !...
En la tallada piedra,
Tras el espeso manto entretejido
De rosa y madreselva,
Un nombre de mujer en letras toscas
Se puede ver apenas !

Parece que las tórtolas viudas
Que gimen en la selva,
Y las brisas del valle vagarosas
Que en la enramada juegan,
Y las rugosas olas del torrente
Que muy cerca se estrellan,
Modularan allí de tiempo en tiempo,
Con funeral tristeza,
En quejas, y suspiros y murmurios,
El dulce nombre de Emma!
Emma! ..perfume de mi alegre infancia!
Ilusión que recuerda
Mi mente con encanto indefinible
Tras dolorosa ausencia!
¿Cómo no recordarla, si en la vida
Sólo se ama de veras
Por la primera vez, y ella fué el sueño
De mi pasión primera?

Ella niña y yo niño, nos amámos
Con ternura secreta,
Con un amor más puro que su alma,
Sin sospechar siquiera
Que hubiera voz en el lenguaje humano
Para nombrar aquella
Misteriosa atracción de nuestras almas!
La amaba sin conciencia,
Jamás la pregunté si me quería,
Jamás pensé que fuera
Necesario contarle las congojas
De que mi alma era presa.

Mi amor, mi casto amor se reducía
A juntarme con ella,
Para vagar por los floridos prados
De la cercana vega,
Y á servirle de esclavo en sus deseos!
Era la compañera
De mis sencillos juegos en el día,
Y después de que tierna
Mi madre idolatrada por las noches,
De santo fervor llena,
Me hacía levantar á Dios los ojos,
Con ambas manos puestas,
Y sellaba mis labios con un beso,
La dulce imagen de Emma
Con sus ojos de cielo y con sus bucles
Como el trigo de la era,
Se presentaba esquiva, y en mis sueños
Me engolfaba con ella
En la vaga penumbra de esa aurora
Que anuncia dichas nuevas,
Que si no se conocen todavía,
Al menos se sospechan.
¡Cuán dulce es el amor sin comprenderlo!
¡Cuán hondas son sus huellas!

Jamás se borrarán de mi memoria
Los rastros de la pena
Que sufrí aquella tarde en que una espina
De guindo traicionera
La hirió por el camino tortuoso
Que conduce á la aldea...

¡Cuánto sufrí al mirar humedecidos
Sus ojos de gacela!
Tomé su pié desnudo, y suavemente,
Con la rodilla en tierra,
Le sustraje la espina; y nunca olvido
Que al borrarle una perla
Roja que se asomaba, con mis labios,
Dió un grito de sorpresa,
Retiró el blanco pié toda confusa
Con infantil presteza,
Y se cubrió los ojos con las manos;
Y se quedó suspensa,
Mientras vagaba por su dulce boca
Una sonrisa llena
De misterioso asombro confundido
Con llanto y con vergüenza!
No sé lo que sentí, pero recuerdo
Que por calmar su pena,
Por haberle evitado aquella herida,
Entonces dado hubiera,
Yo, rapaz inocente de nueve años,
La sangre de mis venas!

Otra tarde también vive en mi mente:
Esa tarde serena
En que, bajo la parra del molino
Y al ruído de la rueda,
Ella en mis brazos se quedó dormida!
Hoy bajo tosca piedra
Duerme también...y cuán distinto sueño!
Ayer junto con ella,

Después de discurrir por la campiña,
Volvimos á la aldea!
Hoy reclinada bajo oscura fosa,
Sobre un lecho de arena,
No quiere acompañarme, ni hace caso
De mis sentidas quejas!
Esta brisa que ayer me arrebataba
Sonrisas placenteras
Y que iba á destrenzarle los cabellos,
Juguetona é inquieta,
Se lleva hoy mis sollozos y sacude
La espesa enredadera
Que cobija su tumba solitaria!

Ay! con cuánta tristeza
Hoy, joven ya, cargado de recuerdos
Vuelvo solo á la aldea!

DIME . . . .

EN las tardes de invierno
Cuando importuna
Se oye distintamente
Caer la lluvia
Y el agua empaña
Los nítidos cristales
De tu ventana ;

Cuando gimen los vientos
Y por la calle
Húmeda y silenciosa
No pasa nadie...
Y anuncia el eco
De lúgubre campana
Que alguien ha muerto;

Cuando impregna el ambiente
Vaga tristeza...
Entonces...niña, dime,
Dime ¿en qué piensas
Sola y callada
Tras los húmedos vidrios
De tu ventana?

*

JULIO AÑEZ.

LA RUEDA DE LA FORTUNA.—ANTIOQUIA.

*

LA RUEDA DE LA FORTUNA.

GIRA la tierra en órbita invisible,
En torno al sol que la calienta y quema,
Y la luna, tranquila y apacible,
Dar vueltas y girar tiene por tema.

Gira también el sol, gira la estrella,
Del coche y del vapor las ruedas giran,
Y gira la veleta que descuella,
Y todos, todos á girar conspiran.

Yo mismo, cuando alguno no me place
Y me encuentro con él manos á boca,
Porque no me salude ni me abrace
Tuerzo el camino que seguir me toca.

Aquí dejo el girar, y me pregunto
Echando á un lado sol y estrella y luna,
¿ Por qué será que está en el mismo punto,
Si todo gira, mi fatal fortuna ?

ANTIOQUIA.

(FRAGMENTO DE "LA VOLUNTARIA."

DIVIDE en dos el raudo Magdalena
Fértil región que fué el asiento un día
Del pijao y del chibcha poderoso :
Allí siempre una atmósfera serena,
Que al cielo de la Italia desafía,
Presenta su celaje más precioso.
Y más allá, después de las llanuras
Teatro tántas veces de combate,

Se alzan gigantes, vírgenes y oscuras
Selvas ignotas y tupidas breñas ;
El altivo condor salvaje nido
Arma en la cima de sus agrias peñas.
En las faldas del monte suspendido
Fundan su hogar y el huerto florecido,
Laboriosas, las gentes antioqueñas.
Es de ver el amor con que el labriego
En cultivar se esmera su labranza:
Trabaja día y noche sin sosiego,
Y ella es su pensamiento y su esperanza.
Pródiga la Grandeza soberana,
Da eterna primavera á aquellos campos,
Do mil pájaros trinan á los lampos
Primeros del albor de la mañana.
En donde la robusta platanera
Levanta, siempre verde, la ancha copa,
Y con amor de madre, placentera
La prole cubre y su verdor arropa.
Do entre el rubio maizal de la hondonada,
En serpentina, trepadora huella,
La enredadera del frisol, preciada,
Sobre el arbusto trémula descuella.
¡ Cómo refresca la aromada brisa,
Antioquia, de tus vírgenes montañas !
¡ Cómo al són que levanta en tus maizales
El viento, y en las hojas de tus cañas,
Siento volver al labio la sonrisa,
Se inunda mi alma en goces celestiales
Al recordar mis tierras cucuteñas,

Bellas como tus valles y tus breñas,
Nido de mis amores inmortales!
Desde allí, peregrino, sin fortuna,
Fuí hasta tu hogar ¡oh madre idolatrada!
Te acaricié con entusiasmo santo,
Y contemplé, ahogado por el llanto,
Aquel lugar do se meció mi cuna,
Por tu canción ternísima arrullada!
Y á los parajes fuí con la memoria
A refrescar la inolvidable historia
De mi amor y mis dulces regocijos,
Cuando inundar sentí mi alma en la gloria
De la primer sonrisa de mis hijos!

*

PEDRO VELEZ R.

LA ALHAMBRA—EN BOCA DE RAIMUNDO LULIO.

*

LA ALHAMBRA.

(PARA EL ALBUM DE LA SEÑORITA C. P.)

I

LA indecisión en mi ánimo domina,
Al manchar entre dudas y temores
Con mis marchitas é inodoras flores,
Tu album inmaculado, Catalina.

La página primera me destina
Tu bondad. ¡ Quién pudiera los colores
Robar al alba, y plácidos rumores
A la sonante fuente cristalina !

Con ellos complacido entretejiera
Dón preciado, poético, brillante,
Que orgulloso á tus plantas depusiera.

Imposible! A tu súplica galante
Contesta como nota lastimera
El canto gutural de un ave errante.

II

El sol se oculta tras la Sierra Elvira
Entre mares de luz y nubes de oro;
El viento entre los álamos suspira
En són de queja, imprecación ó lloro.

Ya las sombras se ciernen sobre el mundo
Y el ángel de la luz las alas pliega,
Apenas si un destello moribundo
Sobre las cimas rocallosas juega,

Y cruzando la vega silenciosa
En ondas indecisas se dilata,
Y la Sierra-nevada, pudorosa,
Lanza reflejos de encendida plata,

Al sentir en su frente blanca y pura
Aquel beso de luz del sol poniente,
Que dura...lo que un beso de amor dura
Y se pierde en las ondas lentamente.

Las aves callan; por el ancho cielo
Arrastra el viento fúnebres clamores,
Y corren con amargo desconsuelo
Quej[illegible] [illegible]rroyos entre flores.

Esas las tardes de Granada. El alma
Padece y goza al contemplar en ellas
De los sepulcros la apacible calma,
La temblorosa luz de las estrellas ;

La diáfana neblina que se mece
Como girón de desgarrado encaje ;
La oscuridad fantástica que acrece
Los suspiros de amor en el follaje.

Esos recuerdos que en el aire vagan
De crímenes, valor, risas y llanto,
La envuelven, la destrozan y la halagan,
Y siente rabia, amor, odio y espanto.

Misteriosas visiones, una á una,
Cruzan el aire, vaporosas, bellas,
Envueltas en los rayos de la luna,
O en el suave fulgor de las estrellas.

Tú has visto en el recinto solitario
De la Alhambra, esas mil apariciones
De la Vela en el alto Campanario,
O en el patio oriental de los Leones.

Por aquellos desiertos corredores
Sonaban nuestros pasos, tristes, huecos,
Y parecía, oyendo sus rumores,
Que aquellos sordos ecos no eran ecos.

Los rayos de la luna confundidos
Entre arabescos, flores y calados,
Semejaban espíritus perdidos
De seres entre sombras sepultados.

De aquella confusión vertiginosa,
Como evocada por algún conjuro,
Miraba destacarse pavorosa
Una fúnebre historia en cada muro.

.....

¿Por qué pasó la raza soberana
Que vida dió á estas piedras con su aliento,
Como la nube fugitiva y vana
Que entre sus pliegues arrebata el viento?

Iluminó la frente del Profeta
Siniestro resplandor; deslumbradora
La luz de Satanás al cielo reta,
Y brilla en el Oriente roja aurora.

Tronó la tempestad. Nubes sombrías
Sobre la culta Europa se cernieron;
Temblaron sus cristianas monarquías
Y castillos y alcázares crujieron.

Sobre España, verjel de los amores,
La gran tormenta descargó; y pasea
Entre sangre, despojos y fulgores
La despiadada Destrucción su tea.

La planta de los hijos del desierto
Huella audaz de los templos el recinto,
Y el torreón de víctimas cubierto,
Y el lujoso palacio en sangre tinto,

Y sobre sus *creyentes* victoriosos
Que acompañan la fuerza y la fortuna,
Derramaba destellos fulgorosos,
Brillante como el sol, la Media luna.

Pero, grande en las artes y en las ciencias,
Y en la palestra valeroso y fuerte,
Aquel pueblo llevaba en sus creencias
Depositado el germen de la muerte ;

Le faltaba un ideal ; fuerza infinita
Que hace del hombre un semi-dios ; luz pura
Donde el aliento creador palpita
Y la mirada del Señor fulgura.

Bajo el yugo fatal de los placeres
Dobló la frente y se humilló sumiso :
Y fueron siervas viles sus mujeres,
Y un harén voluptuoso el paraíso.

Al extender sobre la tierra hispana
La ola de su rabia y sus rencores,
A su paso se alzó la fe cristiana
Revestida de acero y resplandores.

En la resuelta, intrépida falange,
La inspiración del cielo centellea :
Ante la espada se humilló el alfanje,
El brutal sensualismo ante la idea.

Ay ! pero toda muerte es dolorosa ;
Ay ! que un pueblo que pasa y desparece,
Dejando esta rüína majestuosa
Desgarra el corazón y le enmudece.

Al contemplar esta obra de sus manos,
Cuyos recuerdos tétricos espantan,
Parece que unos seres sobrehumanos
En la sombra sutil lloran y cantan.

..... 16

¡ Y no poder en alas del deseo
Desde aquella adorada patria mía,
Que despierto y en sueños, siempre veo,
A pesar de tu cielo, Andalucía !

De mi existencia en este instante hermoso
A los míos traer aquí, á mi lado,
Y el hondo sentimiento en que reboso
Ver con su llanto y su reír mezclado.

Mas en vano, que debo solo y triste
Recorrer los palacios y rüínas,
Mientras de duelo el corazón se viste
Y siente de la ausencia las espinas.

Sólo cuando en mi senda vacilante
Brota Amistad su flor pura y rïente,
La recojo, la aspiro y un instante
Viene su aroma á refrescar mi frente.

En vosotros la he visto ; habéis tendido
Las manos al viajero fatigado ;
De vuestras manos yo la he recibido,
Y en su perfume mi alma se ha impregnado.

Por eso en tanto que la bruma helada
De la ausencia ya próxima me pierdo,
Dejo en tu album, en rima inacordada,
De sincera amistad fugaz recuerdo.

Los años pasarán sobre mi frente ;
A verme volveré en mi patria amada ;
Mas nunca olvidaré este sol poniente,
Ni á la Alhambra, á vosotros, ni á Granada.

EN BOCA DE RAIMUNDO LULIO.

ES media noche. Con el manso viento
Llega á mi estancia el misterioso ruído
De música lejana, eco perdido
En la extensión del ancho firmamento.

Envuelto en densa sombra el pensamiento
Se estremece y revuelve adolorido,
Y al mirar el sendero recorrido
Le desgarra fatal presentimiento.

Mas vuelvo á ti la vista ; mi alma inerte
Tiende las alas al brillante cielo,
Y me siento inspirado, y grande, y fuerte,

Y capaz por tu amor, mi dulce anhelo,
De afrontar y vencer la misma muerte,
Oh Blanca mía, oh Blanca de Castelo !

*

JULIO FLOREZ R.

LA PEDRADA—EL CEREBRO.

*

LA PEDRADA.

I

ERA una tarde, y sobre el verde prado
Corría entusiasmado,
Cerca del bosque, candoroso niño,
Contemplando los valles y las lomas,
Las inquietas palomas,
Los arbustos y flores con cariño.

II

Poco á poco las nubes nacaradas,
De reflejos bañadas,
Se tornaron en genios iracundos ;
No eran ya nubes, eran nubarrones
Que huían cual legiones
De fantasmas terribles de otros mundos.

III

Todo estaba sin luz, todo sombrío:
El pavoroso río
Resonaba á lo lejos con violencia,
El niño lo escuchó quedo, muy quedo,
Sintió profundo miedo...
Como un vago estertor en la conciencia.

IV

Horrible tempestad se preparaba,
Y el niño que miraba
El hondo espacio por las nubes lleno,
Lanzó arriba una piedra, y al instante
Una chispa brillante
Surgió de allí con formidable trueno.

V

El niño huyó ; bien pronto en el regazo
Con frenético abrazo
Estrechaba á su madre con anhelo.
Ésta, afanada, preguntóle : « Hijo !
¿Qué tienes ?» Y él la dijo :
«Escondedme por Dios!...que he roto el cielo!»

EL CEREBRO.

SI como pira sin cesar chispea;
Si es menos rudo el ruído que se expande
En las entrañas hórridas del Ande,
Que el ruído que entre el craneo hace la idea;

Si da luz y calor como una tea;
Si como espada el pensamiento blande,
Y es el asilo oculto de lo grande:
Del alma es justo que el asilo sea.

Pero no la busquéis, porque es en vano :
Mirarla y comprenderla es imposible,
Y querer descubrir este hondo arcano,

Es querer penetrar lo impenetrable ;
Es pensar comprender lo incomprensible ;
Pedir con ansia lo que nunca es dable !

*

ANTONIO JOSE RESTREPO.

UN CANTO.—EL DIOS PAN.

*

UN CANTO.

AL SR. DR. SALVADOR CAMACHO ROLDAN.

I

HOY que mi nave sin temor se lanza
A ignota lontananza,
Amplia la vela, y abandona el puerto;
Palpita aún mi corazón herido,
Y lloro el bien perdido
Y el mundo de mi amor está desierto;

II

Empero, no de maldición el canto
Mitigue mi quebranto;
Yo busco el bien con incansable anhelo.
Canta, oh musa, lo grande, lo sublime,
Canta lo que redime:
La ciencia, la verdad... ¡álzate al cielo!

III

Mira á los pies de Monserrate triste,
Que densa niebla viste,
La ciudad de Quesada y de Nariño;
Ella rompió de tu prisión los lazos
Y en sus amantes brazos
Te prodigó su aliento y su cariño.

IV

Hija de agreste, enmarañada sierra,
El eco de la guerra
Te arrancó á tus hogares y á tus montes.
Cargada de esperanzas y de dudas,
A Bogotá saludas:
¡Qué cielo! ¡qué llanura! ¡qué horizontes!

V

¡Cuál palpitó mi corazón de niño!
¿La dicha en albo armiño
Bajo ese sol envolverá mi vida?
¿O ausente de los míos, pobre, paria,
Allí la suerte varia
Tumba impensada me tendrá escondida?

VI

Todo será ; pero mi frente dora
En sempiterna aurora
De la esperanza el luminar fecundo ;
¿ Quién sabe ?...Acaso tras borrasca fiera
Divise la ribera
Florecida y feraz de un nuevo mundo !

VII

¡ Sueños del alma que en prisión estrecha
Cual voladora flecha
Quiere cruzar los insondables cielos ;
Preludios de ignoradas armonías,
Fugaces alegrías,
Águila implume que ensayó sus vuelos !

VIII

Ya reposé mi frente polvorosa
En tu seno de diosa,
Ciudad bendita, del saber emporio;
Ya contemplé tu faz en pleno día,
Tu belleza sombría,
La regia majestad de tu Cimborio !

IX

Luégo á tu abrigo, en apartada estancia
Fatigué mi constancia
De amado libro en las plegadas hojas ;
Que no enturbió mi paz remordimiento,
Que no faltó el aliento
Divino del deber en mis congojas.

X

¡*Santa Inés* inmortal! con cuánta gloria
Renuevo en mi memoria
Las lentas horas de tu claustro frío;
Las que vieron nacer mis ilusiones
Y rodar en turbiones
« Como ruedan las ondas en el río.»

XI

¿Y aquella juventud á dónde es ida,
Que con la sien ceñida
De la luz que irradiaba de sus ojos,
Buscaba del Derecho la ancha fuente,
O la vida latente
De la muerte en los míseros despojos?

XII

Pasaron mis amigos, ella queda;
En esa inmensa rueda
Saltan las gotas, el arroyo crece;
Ellas, brotadas de esplendente cielo,
Fecundarán el suelo.
¡Jamás en ella el movimiento cese!

XIII

En férvido oleaje arrebatados,
De todos los Estados
Aquí venimos de saber sedientos;
Hallamos luz; seguimos el camino,
Y en alas del destino
Nos desparcimos á los cuatro vientos.

XIV

Nuestra fe liberal aquí se templa ;
Con orgullo contempla
De la Razón la fuerza vencedora ;
Y vè lucir en lontananza el astro,
Cuyo tranquilo rastro
Será del mundo inacabable aurora...

XV

¡ Oh Bogotá ! del mundo americano
Cerebro soberano,
Que del ídolo vil quemaste el solio,
Y junto á la pagoda miserable
La fuerza de tu sable
Los cimientos trazó del Capitolio !

XVI

En otros climas y otras latitudes
Tendrán otras virtudes,
Otra luz, otro amor, otras deidades ;
Dueños del riel dominarán la tierra,
Horadarán la sierra
Y robarán al tiempo las edades.

XVII

Tú, asida al brazo de Bacón y Rojas,
A lo moral te arrojas
Y á Dios increpas su falacia y miedo ;
Le sometes á juicio, y es vencido,
Le empujas al olvido
Y le muestras la nada con el dedo.

XVIII

La nada nó : la ciencia también crea,
Devastadora tea
Es ella para el mal y la mentira ;
Mas en el árbol que á su sombra crece
El céfiro se mece
Y entre sus hojas plácido suspira...

XIX

Hay una sed eterna que nos lleva
Hacia una fuente nueva
Que mitigue del alma la tortura ;
Que dé vigor al corazón cansado,
Que nos muestre del hado,
En sus ondas de luz, la ley futura.

XX

Allá va el hombre : su fornida planta
Siempre allá se adelanta,
Alegre acariciando esa utopía ;...
Los antiguos senderos se borraron,
En noche se trocaron
Los que fueron ayer astros del día.

XXI

Calvario y Sinaí son hoy luceros,
Cuyos rayos postreros
Sólo nos dan confusos horizontes.
Mandar no es convencer ; el dogma muere,
Sálvelo quien pudiere,
Mas hoy la fe ya no traspasa montes.

XXII

Por todas partes recia catarata
Rugiente se dilata
Contra el antiguo credo y sus legiones ;
El nuevo Dios su pabellón despliega,
Su omnipotencia alega
Y aguija en la carrera sus bridones.

XXIII

Nada es capaz á dominarle, nada :
En vano amedrentada
Huye la plebe al ecuador ó al polo ;
Él allá irá por montes y por valles,
Él vencerá en las calles,
Y alguna vez le adorarán á Él solo.

XXIV

Mirad el viejo mundo cómo cruje ;
Al vigoroso empuje,
El secular imperio se desploma ;
Entre sus ruínas queda sepultado
El rito sojuzgado ;
Sobre ellas firme el zapador asoma.

XXV

Religión y Moral, Filosofía,
Debaten á porfía
Sus tendencias, sus dioses y sus mitos;
Mueven al hombre perdurable guerra
Y ensangrientan la tierra
Persiguiendo ideales infinitos.

XXVI

De la fe ignara y la traidora duda
Cobarde, en que se escuda
El alma del escéptico infecundo,
A la cima eminente de la ciencia
Hay más que Providencia :
Hay la razón que pesa como el mundo.

XXVII

La razón que analiza; el escalpelo;
La voz del cerebelo
En el aula del gran fisiologista ;
La voz de Malthus que condena airada
La especie degradada
Sin que el brazo de Dios jamás la asista....

XXVIII

Ese perpetuo error en que navega,
Vilipendiada y ciega,
La humanidad al pie de los altares;
Esa sonrisa de desdén del cielo
Pintada en el anhelo
De quien en tempestad cruzó los mares;

XXIX

Ese imposible físico de un mundo
Único, sin segundo,
Habitado por seres intanjibles,
Infierno y cielo y limbo y paraíso,
En que encerrarnos quiso
El autor de los grandes imposibles;

XXX

Todo la ciencia en su rasero mide;
Por todas partes pide
Razón de ser, exéjesis, cauciones,
Y crece en fuerza, magnitud y brío,
Cual impetuoso río,
Y aguija en la carrera sus bridones.

XXXI

En tanto, los cantores del pasado
En són acompasado
Muestran al hombre el entreabierto abismo,
Y le llaman cuidosos á la senda
De la piadosa ofrenda,
Del diezmo y la primicia : al fetichismo...

XXXII

¡ Oh caterva de histriones eruditos !
Centuplicad los gritos,
Que ya sonó la voz en el desierto ;
El espíritu humano se levanta,
Oíd, alegre canta;
Herido le mirásteis, nunca muerto.

XXXIII

Ya la Historia os juzgó ¡ raza maldita !
Ella os tiene proscrita
Del tálamo nupcial de sus amores,
Ella, reina del mundo, sólo os debe
Las lágrimas que bebe
Y el eterno dolor de sus dolores.

XXXIV

Pasad, pasad...¿ mas dónde, arrebatada,
El alma entusiasmada
Quiere llevar su solitario vuelo ?
¿ A qué elevar el canto á las estrellas,
Si quedan nuestras huellas
Con sangre tintas en ingrato suelo ?

XXXV

Vuelve en ti, corazón, y envanecido
Canta del patrio nido
Las que te dieron vida leves plumas.
Muévale guerra al mar nave altanera,
Tú, desde la ribera,
Mírala hender tremante las espumas...

XXXVI

Adiós, noble ciudad ! en tus hogares
Jamás sentí pesares,
Ni miré de tus lágrimas la fuente.
Tus bellas hijas, la diadema hermosa
Te ciñen orgullosa
De alma virtud, en la nevada frente.

XXXVII

Tu pueblo, aún del sacerdote esclavo,
Luchará como bravo
Hasta romper la ley del fariseo.
Al fin del bien escalará la altura,
¡ Oh día de ventura
En que se sacie mi mejor deseo !

XXXVIII

De tus claustros benditos al amparo,
El porvenir avaro,
De la verdad nos mostrará el camino.
Y entonces reiremos de la suerte,
Del mal y de la muerte :
¡ Ser felices será nuestro destino !...

Bogotá, 1880.

EL DIOS PAN.

LA noche se acercaba lentamente,
La mar serena en majestad yacía,
La nave, desvelada y sin corriente,
En Paxos al cansancio se rendía.

Era alta noche ya: del mar profundo
Ni de la tierra un eco se escuchaba;
Nublado estaba el cielo, y moribundo
Un lucero no más le iluminaba.

Silencio y soledad : grave y en calma
Velaba entre las sombras el piloto,
Meditando en el fondo de su alma
Las tempestades de ese mar ignoto.

De repente una voz desconocida,
Una voz de tristeza y amargura,
Que remueve las fuentes de la vida
Y el desconcierto universal augura ;

Una voz que repiten las montañas,
Llama á Thamous con dolorida queja,
Conmueve del piloto las entrañas
Y á los viajeros aterrados deja.

«Thamous! Thamous!» clamó la voz de nuevo,
« Respóndeme, infeliz, ¿ por qué trepidas,
Si yo un dolor sin esperanza llevo,
Si mis horas de bien ya son perdidas ?»

« Aquí estoy; ¿ qué me quieres ? » el marino
Trémulo contestó, de espanto yerto.
« En Palodes publica mi destino:
¡ Pan, el gran Dios, el inmortal, ha muerto ! »

Temblaron de pavor los de la nave,
La brisa melancólica gemía ;
Huyó la noche, y con el viento suave
Continuaron el viaje al otro día.

Frente á Palodes, y de pie en la prora,
Mirando hacia la tierra con ternura,

Clamó Thamous : «¡ Naturaleza ! llora :
¡ Murió el Dios Pan, el de eternal ventura !»

Las piedras con las piedras se chocaron,
Los árboles su copa estremecieron,
Suspiros y lamentos resonaron,
Y los cimientos de la mar crugieron.

La nueva infausta recorrió el imperio
Hasta sentarse altiva, junto al solio,
Y al escucharla se inmutó Tiberio,
Y Júpiter cayó del capitolio.

Murió el Dios Pan !...A impulso de una idea
Rodó al abismo el cetro del pagano ;
Y levantó la cruz en la Judea
Cristo, el amigo del linaje humano.

Se alzó la Cruz : su sombra bendecida,
Sombra fué de los reyes y naciones,
Y en sus abiertos brazos dió la vida
A mil y mil llagados corazones.

Y mientras algo conservó divino,
Siquiera la memoria del Calvario,
Fué de las buenas almas el camino,
Y de besos y lágrimas santuario.

Y miró en su redor la muchedumbre,
Y escuchó de los vates los cantares,
Y subió de los montes á la cumbre,
Y en raudo vuelo atravesó los mares.

La rindió sus laureles el guerrero,
La pudorosa virgen su hermosura...
Y debió ser del universo entero
Fanal eterno de la luz más pura.

Mas ¡ay! caída en lodazal profundo,
Es hoy carbón la estrella rutilante,
Es sucio polvo que desdeña el mundo
El en su origen límpido diamante.

La mano vil de envidia y de lujuria,
La mano de asesinos y ladrones,
De la avaricia la conciencia espuria,
El odre de los vicios y pasiones,

Rasgaron de Jesús la vestidura,
Corrompieron la mente de su credo,
Trocaron la verdad en impostura,
Y único Dios del universo—el Miedo.

Así la gran renovación cristiana
Tornóse en farsa de mentira y dolo;
¿Ya la muerte del Cristo está cercana?
¿Quedará el hombre abandonado y solo?

¿Se borrará del mundo la memoria
Del divino sermón de la montaña,
Y esos lugares negará la historia
Que Tiberiades con sus ondas baña?

Ah! nó, jamás! con mano escrutadora
Reivindicó la ciencia el Cristianismo;
De entre tinieblas lóbregas la aurora
Salió, y Jesús del entreabierto abismo.

Como otra vez y de virtud ejemplo
Se sentó con los sabios y doctores;
Arrojó con su azote á los del templo,
Escoria vil de avaros y traidores.

Y lloró su doctrina abandonada,
Por manos corruptoras corrompida;
A la prole de Adán desheredada,
Miserable y esclava, embrutecida.

Lloró del sacerdote y del magnate
Que con el Pueblo cándido trafican,
Y tras artero, desigual combate
Le roban y después le crucifican.

Y dándonos su lágrima postrera,
Como señal de eterna despedida,
Cruzó su planta la celeste esfera
Que á olvido eterno al corazón convida.

Oh Pan! oh Dios! oh gran palingenecia
De la belleza antigua voluptuosa,
Tus estatuas murieron con la Grecia,
Y pereció contigo el arte-diosa.

Del Parthenón los restos carcomidos
Nos muestran tu potencia genitora;
Y tu grandeza escucho en los latidos
Del corazón de Roma vencedora.

Oh Pan ! oh Pan ! devuélvenos á Homero,
A Píndaro y á Horacio con sus odas ;
Suene de César el clarín guerrero,
Y no haya más raquíticos rapsodas.

Vuélvele sus encantos á lo bello,
Su fuerza al numen, su vigor al canto ;
Danos de tus creaciones un destello,
Dancen las ninfas, y que cese el llanto.

Mas tú duermes, oh Pan !—ya las vestales
No alimentan tu fuego cada día :
Ya las monjas vistieron sus sayales,
Y trocóse en tristeza la alegría.

Jesús echó sobre la vida un manto
De luto y lobreguez pesado y frío ;
Ajó las formas con mortal quebranto,
Y el pecado latente creció en río...

El mundo antiguo, vigoroso atleta
Que de lo bello la región explora :
El cristianismo, escuálido profeta
Que un cielo busca, y su flaqueza llora.

Dormid, oh Pan, oh Cristo ! vuestra losa
Sella dos mundos en opuestos polos ;
La humanidad avanza silenciosa :
La libertad y el orden ya andan solos.

Dormid, oh Pan, oh Cristo ! vuestro paso
Siguió de vuestros siglos la corriente :
Hundióse ya la luna en el Ocaso,
Asoma el sol espléndido en Oriente.

*

NICOLAS PINZON W.

A NARIÑO.—SUEÑOS DE LA MEDIA NOCHE.—
EN LA MUERTE DE GAMBETTA.

*

A NARIÑO.

AL SR. DR. SANTIAGO PEREZ.

¡OH grande, entre los grandes el primero!
Descansa en paz: tu patria te ha olvidado.
No hay nada para ti; todo está dado...
¡Oh tribuno! ¡oh filósofo! ¡oh guerrero!

Tu idea,—ó Dictador ó prisionero,—
Fué la venganza del Derecho hollado,
Sin que el rigor terrible de tu hado
Pudiese quebrantar tu alma de acero.

Recibe así el desdén de tus hermanos;
Sobre el oprobio de tu Patria, gime,
Mas no la horrenda ingratitud te asombre;

Que en esta vil generación de enanos
Ya no alienta tu espíritu sublime,
Ni hay mano digna de esculpir tu nombre!

SUEÑOS DE LA MEDIA NOCHE.

(FRAGMENTO.)

O horror ! horror ! horror ! tongue nor heart
Cannot conceive nor name thee !

SHAKSPEARE—*Macbeth.*

¡ME amas !...tú me amas !...no es delirio
De mi mente extraviada...tú, tú fuiste
Quien,—llevando el horror á mi martirio,—
Sin piedad tales voces proferiste !

¿ Por qué cuando en tu espíritu brotaron
No se anudó la voz en tu garganta ?
¿ Por qué mis venas todas no estallaron
O la tierra se abrió bajo mi planta ?

Tú me amas !... y huírte no me es dable !
Como al náufrago absorbe el remolino,
Ciega, tenaz, estúpida, implacable,
Me arrastra á ti la fuerza del destino.

Triste amor ! triste amor ! como la planta
Que en un sepulcro nutre sus raíces,
Y vive de la muerte, y abrillanta
Con lágrimas sus lívidos matices !

Sólo era una ilusión, un sueño vano
De esos que el alma á solas alimenta ;
Que al mundo son inexcrutable arcano
Y la voz misma de la madre ahuyenta.

Y á ese vago deseo...extraño...¡ horrible !
Que espantado ocultaba y combatía,
¿ Das cuerpo tú, mostrándome posible
Lo que imposible vió mi fantasía ?

Blanca es la nube que corona el monte,
Y el rayo guarda en su argentado seno ;
Y de uno en otro cárdeno horizonte
Puede bien pronto dilatar su trueno.

De tu amor á mi amor hay un abismo
Que sólo el crimen traspasar pudiera...
Mas ¿ no es crimen también matar yo mismo
Mi único ensueño, mi ilusión postrera ?

Un beso ! un solo beso ! y que la suerte
Sin piedad, sin descanso, sin medida,
Sacie sus furias en mi sér inerte;
Que me niegue la Gloria tras la vida ;

Yo al sitio, entonces, del dolor eterno
Fuera, llevando en mí mi propia Gloria,
Que á embargarme de dicha en el infierno
De ese instante bastara la memoria.

¿Y no ha de ser así? Que una locura
Dicen, ó un crimen es. Y tál suplicio
Fuerza es que acabe sólo, por ventura,
O en la abominación ó el sacrificio?

Tú me amas!...Placer ignoto! inmenso!
Lo oigo, y en vez de sangre corren llamas
Por mis trémulas carnes, y lo pienso
Y el vértigo me arroba...¡Tú me amas!

Eso, tú, con tu boca, repetirme;
Un momento mirarte entre mis brazos;
Fundir tu cuerpo en mí, yo en ti fundirme...
¡Y que el mundo saltara hecho pedazos!

.....

Huye de mí!...Terrible en su falsía
Sierpe astuta deslízase entre flores;
Ni áun sombras busca: al sol del medio día
Más hermosos relucen sus colores.

Huye de mí!...No alcanza un alma pura
Cuánto, en las sombras del altivo pecho,
Guarda en dolo y ponzoña y amargura
Un corazón que corroyó el despecho.

De las pasiones el fatal enlace,—
O el comprimido hervir,—el desencanto
De ensueños locos que la luz deshace,
Del alma virgen el precoz quebranto ;

El roce corrosivo de una idea,
Cual serpiente, al espíritu prendida ;
La horrenda angustia que la duda crea,
La fe en el bien y en la virtud perdida ;

De un deseo insensato, hora tras hora,
Con la razón el batallar violento ;
De ansia mortal la fiebre que devora ;
El golpe de tenaz remordimiento,

Ah ! tú no sabes, nó, como en su germen
Matan toda ilusión ; cómo envidioso
De los que en tumba abandonada duermen,
Entonces ve el espíritu el reposo.

Mas es fuerza vivir...Y el sentimiento
Sin acción, ni ideal, monstruos produce,
Y el alma se abandona al desaliento,
Y el Mal á su dominio la reduce.

Valla inmoble, las aguas cristalinas
Estanca del arroyo...y todo es cieno ;
Y ya en lugar de náyades y ondinas
Sucios reptiles brotan de su seno.

¡ Huye del lago que en siniestra calma
Como un espejo el cielo reproduce !
Lúgubres en su hondura, hay en el alma
Veladas simas cuya faz seduce....

Cual boa hambriento, el Mal miro en mi fiebre,
E imploro en vano en mi ansiedad socorro...
Y al fin.... ¡ horror !... cual fascinada liebre
A sepultarme entre sus fauces corro....

Naturaleza aquí, sola domina !
¡ Ella es luz y verdad y alfa y omega !
Al sabio alzó que ante su altar se inclina,
Y hundió en el polvo al que á su ley se niega.

Nada, para ella, aniquiló el pasado;
Germen de muerte pone en el perfume
Que no se exhala, y torna el concentrado
Calor vital, en fuego que consume.

¡ Ay del que osare las supremas leyes
Resistir ó esquivar !... Su carro al ciego
Aplastará. De sus mentidos reyes
Harán, ó sus esclavos ó su juego....
.....

Tú me amas !...Pomposo en la llanura
Se ostenta un árbol ; llaman á su sombra
Del lozano follaje la frescura,
De hojas marchitas regalada alfombra.

Tú me amas !...Deslízase entre flores
Astuta sierpe, y huye la penumbra :
Brillan al sol más vivos sus colores
Y de sus ojos el fulgor deslumbra.

Mas ¡ ay de aquel que incauto se adormece
A la sombra letal del manzanillo !
¡ De aquel á quien la víbora embebece
De su mirar al fascinante brillo !

¡Huye de mí!...Y el grito de despecho
No escuches, nó, del alma enloquecida:
Que la hiel concentrada de mi pecho
Bastara á emponzoñar toda tu vida.

EPÍLOGO.

Á MARGARITA, EN FLORENCIA.

Hoy, al través del tiempo y la distancia
Te miro aún!... Y en horas de extravío
Pienso en mi lecho solitario y frío
Aspirar de tu cuerpo la fragancia.

A media noche, en mi desierta estancia,
Delirante abrazándome el vacío,
Despierto ahora, y contra el pecho mío
Sueño estrecharte en mi infeliz constancia...

Triunfó el deber. Fuí noble? fuí cobarde?
Con qué sabio desprecio sonreíste
Al verme de mi fuerza haciendo alarde.

Ya en mí del triunfo ni el orgullo existe:
Hoy quiero ser feliz; pero hoy es tarde,
¡Y á resignarse el alma se resiste!

EN LA MUERTE DE GAMBETTA.

A LOS REPUBLICANOS FRANCESES.

POR cipreses cambiad, republicanos,
El laurel que os ciñó la Patria un día ;
Vuestro dolor iguale á la ufanía
Que ostentarán doquiera los tiranos:

Aquel que los esfuerzos soberanos
Burló de despechada oligarquía ;
Atlas que un nuevo mundo sostenía —
El Derecho—cayó, cayó ! oh hermanos !

Mas aun en paz no yace : su memoria
El homenaje espera—el que al coloso
Pueda llegar—el digno de su gloria :

No débil llanto ó mármol ostentoso...
Ofrendadle ¡ soldados ! la victoria,
Y él satisfecho se dará al reposo !

*

JOSE ANGEL PORRAS.

EL DIARIO DE LA MUERTE.—IMPOSIBLES.

*

EL DIARIO DE LA MUERTE.

(FRAGMENTOS DE UN POEMA DEDICADO A JOSE RIVAS GROOT.)

.....

EN este día, luz de los abismos,
En que he apurado, sin saberlo nadie,
Copa de hiel que rechazaran todos
Y que ninguno como yo ha apurado,
¿Exclamar con el Dante no podría
Oh los que entrdis! dejad toda esperanza?
Como él, la puerta del infierno miro,
Como él, silencio de terror escucho,
Como él, contemplo, en lontananza informe,
Los tormentos sin tregua ni reposo
De una moral condenación eterna.

Dispuesto me hallo al sacrificio; mi alma
Se apercibe á la lucha, y de la lucha
Podrá volver cansada, nó cobarde.
¿Acaso no es posible una mentida
Dicha saborear? En el oculto
Combate formidable que sostiene
Una alma, así, con su dolor á solas,
Hay orgullo tal vez, pero hay grandeza.
La risa afuera, y el cilicio adentro!
Y al erguirme al nivel de mi martirio,
Me sentiré dichoso siendo fuerte.

Calma la tempestad, y la bonanza
Viene tras ella: ¿no será fingida?
¡Cuántas veces las nubes estivales,
Espumas festonadas de los cielos,
No guardan bajo el copo nacarado
Bramidos de huracanes y diluvios
De trombas y fulgores de centellas!

Señor! Señor! Si es cierto que infinita
Tu Providencia ampara al Universo;
Que cuidas de los pájaros perdidos,
Vistes de pompa el lirio de los valles,
Y derramas tu lumbre bienhechora
Sobre el justo y también sobre el malvado;
Si es cierto que, implorándote, recibes
Del hombre miserable la plegaria,
No me mantengas más en esta duda,
No me mantengas más en esta noche!
Señor! mi corazón está de hinojos

Y mi alma se conturba hasta la muerte!
Hielo del polo el corazón me arropa!
Sombra del polo el alma me circunda!
Aparta de mis labios este vaso,
Aparta de mi senda estas espinas!
Ah! ¿por qué no te muestras á nosotros
Como en pasados tiempos te mostraste
A tu pueblo escogido? ¿Ya ha cesado
Tu bondad, tu poder? ¿O nunca fuiste
Más que mito falaz? ¿Acaso has muerto?

Ay! como aquel Patriarca en el inmundo
Estercolero, huraño, corroídas
Sus carnes de la lepra, y de amargura
Su corazón; del hombre abandonado
Y del cielo también, abrió la boca
Para lanzar su maldición suprema
Al triste día en que nació, á la noche
Hosca en que fuera concebido, al seno
En que engendrado fué,—yo así maldigo
Esta vida que á nadie pedí nunca,
Y este pensamiento y esta hermosa
Naturaleza, al hombre indiferente.
¡Quién pudiera arrojarse al escondido
Abismo de la nada, y con el caos
Fundirse para siempre en uno solo!
Ni pensar, ni sentir...¡placer inmenso!

¿Ella qué quiere? Sólo encadenarme
Por siempre á una existencia de miserias,
De crímenes quizá...¿Qué sensaciones

La pueden agitar? ¿Amor? ¿Orgullo?
Yo no la amo; no! por lo contrario,
La dicha rechazara aquí en la tierra
Si me viniese de su mano; la alta
Venturanza del cielo, si tuviese
Que partirla con ella, rehusaría.

Es arcángel del mal; siempre en sus ojos,
Negros como la sombra, sólo brilla
La llama del deseo; me parece,
Si se abandona á la pasión, que extraño
Resplandor del averno la caldea.
Su altanera hermosura me da miedo;
En su mirada, intensa y centellante,
Hay algo parecido á esos fulgores
Del mirar de una tigre enamorada.
No acarician sus labios, sino queman;
Ascuas sus besos son; y si los celos
En su seno gentil clavan el dardo,
Grita, solloza, á carcajadas ríe,
Maltrata en sus halagos, y en confuso
Tropel de acentos dulces y bravíos,
Ruega, amenaza y llora, y hasta ruge
Como pantera que la herida siente.

Mas tú, Violeta...tu belleza es casta
Como la flor que te prestó su nombre:
Ni brillas, ni subyugas, ni fascinas,
Pero aromas el alma con tu suave
Perfume de inocencia y de ternura.
Del sol no es rayo tu mirada; es lampo

De luna que se filtra por las rejas
De una prisión y al prisionero insomne
Le lleva los nocturnos pensamientos
De quien por él á Dios reza y suspira.
No remeda tu voz las inflexiones
Que la pasión le roba al oceano;
Tu acento es himno de argentinos timbres
Y dulces notas de adormidas ondas.
En vez de hacerme daño, me restaura
Tu amor, que á mis sentidos nada dice;
En lugar de espantarme, tu belleza
Imprime en mí sus gracias inefables.
¿Cómo no amarte á ti? En mi pensamiento
Tú sola vives, y tú abarcas sola
Mi espíritu inmortal y lo iluminas.

IMPOSIBLES.

(A C....)

¿QUE te escriba unos versos? ¿Y de dónde
Ahora te ha venido ese capricho?
Mi numen á tu anhelo no responde,
Porque con vaga timidez se esconde
Aquí en mi corazón como en un nicho.

Palpitando feliz bajo tu mano
Mi corazón en ardoroso fuego
Himno te ha alzado, que juntaba ufano
A la forma del verso castellano
La majestad del ditirambo griego.

Al mirarte en tu sueño reposado,
A ti, tan confiada, á ti, tan joven,
Mi pensamiento, en ti reconcentrado,
Plegarias de Bellini ha modulado
Mezcladas á sollozos de Bethoven.

Y en la sombra los dos, si se aromaban
Mis labios en tus labios de azahares,
Y tu cuerpo mis brazos circundaban,
Entonces mis sentidos murmuraban
Estrofas del *Cantar de los Cantares.*

Oh! dime si haber puede lira humana
Comparable á esta lira que aquí siento,
De cuyas cuerdas mágicas emana,
Bajo potente inspiración arcana,
En raudal infinito, el sentimiento.

Oh prenda de mi amor, alba paloma
Que arrullas en mi nido y lo hermoseas!
En vez de rimas en vulgar idioma,
Donde apenas mi espíritu se asoma
Con palabras luchando y con ídeas;

En vez de versos en lenguaje estrecho,
En vez de frases en que nunca vibra
La pasión, como vibra aquí en mi pecho,
Donde mi corazón de cada fibra
Arpa de eterno diapasón te ha hecho;

En lugar de mezquinos madrigales,
Oh prenda de mi amor! yo te daría
Diamantes de sultanas orientales;
En lugar de alabarte, te ungiría
Con perfumes de auroras tropicales!

*

ALIRIO DIAZ GUERRA.

LA INUNDACION.

*

LA INUNDACION.

(FRAGMENTO.)

.....

En un valle feraz que al sol de estío
Con su verdor encanta,
Junto á la margen de apacible río
Una pajiza choza se levanta ;
Naranjos le dan sombra,
Y el verde césped su silvestre alfombra.

Circuye el valle un cinto de colinas,
Por cuyas hondas quiebras,
A fecundarlo llegan cristalinas
De limpias aguas las movibles hebras,
Que en lechos de esmeralda
Del monte lamen la desnuda falda.

La abandonada choza se reclina
En sus muros de piedra,
Do asilo busca el ave peregrina,
Y arraiga firme la verdosa hiedra,
Cuyas tupidas frondas
Tiemblan del río en las serenas ondas.

Alumbra el sol que escala las ventanas
Un silencio sombrío,
Que turban en la noche las cercanas
Voces del aura en el cristal del río,
Y el lánguido murmullo
De ave inocente en su amoroso arrullo.

Abren allí las matizadas flores,
Al beso de la noche,
O de la blanca aurora á los fulgores,
Lleno de aroma el delicado broche;
Y ofrece aquel paisaje
Algo de encantador y de salvaje.

Aquella humilde choza ya desierta,
Donde el hogar no arde,
Tristes recuerdos de pesar despierta
A la luz moribunda de la tarde,

Si evoca la memoria
El eco vago de su amarga historia.

Cuando corona la invernal neblina
Del monte la ardua frente,
Y entre flores el aura campesina
Se aduerme suspirando dulcemente,
Y tímidas y graves
Al nido vuelven las canoras aves ;

Y oculta el sol tras nube oscurecida
Su lumbre bienhechora ;
Y el espacio recorre enardecida
La voz del ronco trueno bramadora,
Y vibran á lo lejos
De los fúlgidos rayos los reflejos.

En confuso tropel amontonadas,
Por el espacio flotan,
De rayos y relámpagos preñadas
Túrbidas nubes que torrentes brotan,
Y el huracán bravío
Concita airado al apacible río.

Informes piedras, robles corpulentos,
Al vaivén de las olas,
Como en tremendo alúd bajan violentos,
Terror llevando á las campiñas solas,
Cuya feraz simiente
Arrasa enfurecida la corriente.

Lleno de sobresalto el campesino
De la choza se ahuyenta ;

Asilo busca en el breñal vecino
Que lo ampare mejor de la tormenta,
Y enjuga en su quebranto
Los mustios ojos que humedece el llanto.

Doquier que el vendaval airado ruge,
Y la corriente anega
La mies que fecundaba, y con su empuje
Los corpulentos árboles doblega,
Enluta oscuro velo
El limpio azul del dilatado cielo.

La corriente, antes mansa, se desborda,
De su cauce se lanza,
Con ronco estruendo la campiña asorda
Y enfurecida por el valle avanza:
Cerrando el horizonte
De turbias aguas, al opuesto monte.

¿Quién pensara jamás que aquel asilo
De imperturbable calma,
Perdiera su quietud, su amor tranquilo,
Sumiendo en honda soledad el alma?
¿Quién presumir pudiera
Que en desierto erial se convirtiera?

¿Que el grato nido que el amor formara,
Colmado de ilusiones,
El destino iracundo transformara
En antro de borrascas y aquilones?
¿Que de ese hermoso suelo
Afanoso el placer tendiera el vuelo?

¡Oh sino de la humana criatura
Que entre infortunios crece!
Lo que más dicha al corazón augura
Cual aroma de flor se desvanece;
Y en la implacable afrenta
La fe se extingue y el dolor se aumenta.

En oscuro rincón de la cabaña
Que el vendaval azota,
Y en la turbia corriente que la baña,
Ligera cuna combatida flota:
Entre su blanco armiño
Duerme sonriendo en su inocencia un niño.

¿Dónde la madre está, que aislado deja
Al desdichado infante,
Y no le brinda, á la doliente queja,
El calor de su pecho palpitante?
¿En dónde está, que olvida
Que es aquel hijo vida de su vida?

¿No abriga, acaso, el corazón materno
El pensamiento fijo,
Que es de la madre en el regazo tierno
Do más tranquilo se adormece el hijo;
Donde el sueño es más puro
Y se halla del peligro más seguro?

Imposible pensarlo! ¿Quién no sabe
Que incesante se agita,
Una zozobra, al par que dulce, grave,

En la madre infeliz, cuando palpita
El corazón sereno
Del fruto del amor entre su seno?

¿Que luégo, al arrullarlo entre los brazos,
Al vigilar su sueño,
Unenla á él indisolubles lazos,
Vive por él con amoroso empeño,
Y siente en sí la muerte
A las primeras lágrimas que vierte?

¿Que cuando asoma la infantil sonrisa
En su entreabierta boca,
En el materno rostro se divisa
Festivo orgullo que al placer provoca,
Y mira su fortuna
Palpitar en el fondo de la cuna?

.....

Angel de bendición y de consuelo,
Que en el revuelto mundo,
En tu alma noble descubriendo el cielo
Eres de dichas manantial fecundo;
¡Madre, á tu excelso nombre
Desciende Dios al corazón del hombre!

.....

*

FIDEL CANO.

A MI MADRE.

*

A MI MADRE.

(FRAGMENTO.)

...L' étoile apparaît surtout dans le ciel noir.
Je vois ma mère morte...

VÍCTOR HUGO.

I

MADRE ! Madre !...La tumba que te esconde,
A mi voz no responde
Cuando á sus puertas con afán te llamo ;
Pero tu acento en mi interior murmura
Con inmensa ternura
Mi nombre, cada vez que «Madre !» exclamo.

II

No más que tristes, míseros despojos
De ti hallarán mis ojos
En el oscuro seno de tu huesa;
Mas te nombro, y tu imagen adorada,
En mi pecho guardada,
Risueña surge y con amor me besa.

III

Y á verte vuelvo como siempre fuíste:
Dulce el mirar, y triste;
Afable la sonrisa, y tierna y pura;
Negros los ojos, grandes y rasgados,
En lágrimas bañados—
De dicha alguna vez, mil de amargura.

IV

La frente ni abatida ni altanera,
Mas modesta y severa;
Frescos y suaves los bermejos labios
Que siempre derramaron bendiciones
Y santas oraciones,—
Jamás mentira, maldición ni agravios.

V

Negros y en suaves ondas los cabellos,
Donde níveos destellos
Más que los años derramó la pena;
Cual de limpio marfil teñido en rosa,
La mano dadivosa,
Pronta á aliviar y de caricias llena.

VI

Pálido al fin el rostro que antes era
Rival de la primera
Nube que el sol al despuntar colora ;
Sereno y melancólico el semblante,
Porque en un mismo instante
El alma que lo anima gime y ora.

VII

Noble y gentil el ademán ; süave
Como el vuelo de un ave
El andar cadencioso, lento y blando ;
Y esbelta y delicada la figura,
Que bondad y dulzura
Y modestia y candor va derramando.

VIII

Así te veo, así, cuando te nombro,
Y sin miedo ni asombro,
Ante tu amada imagen me extasío ;
Torno á llamarte y á escuchar tu acento,
Y transportado siento
Que se abrazan tu espíritu y el mío !

IX

En mí tu voz derrama una armonía
Que nunca oído había ;
Tu aliento vierte celestial fragancia,
Y á mi alma los acordes y el aroma
Dan alas de paloma
Con que alza el vuelo á mi lejana infancia.

X

Y subo hasta ese cielo de la tierra,
Que tras el niño cierra
El ángel del dolor con ruda mano ;
Edén de un día, cuya luz riente
En sueños solamente
Vuelven á ver el joven y el anciano !

XI

Oigo el rumor del amoroso beso
Que, llena de embeleso,
Me díste al punto que llegué á la vida ;
Saludo que mis labios te pagaron
El día que besaron
Tu frente en la postrera despedida !

XII

De pronto, que despierto me parece,
En cuna que se mece
Al tranquilo compás de tus canciones ;
Y torno á ser, en mi delirio, niño
Puro como el armiño,
Sin dolor, sin deseos, sin pasiones.

XIII

Brota en mis labios el raudal sonoro
De la risa ; si lloro,
Un momento no más mi llanto dura ;
Y á veces, sin secarse la mejilla,
Asoma, crece y brilla
En mis ojos la luz de la ventura.

XIV

Oh ! cuán bella de un niño es la mirada
En lágrimas bañada,
Si una alegre sonrisa la ilumina !
El cielo tropical no es más hermoso
Cuando el astro radioso
Iris pinta en la lluvia vespertina.

XV

Torna á abrigarme el cariñoso techo
De nuestro hogar deshecho ;
Bajo él rumor de vida vuelve á oírse,
Y á pesar del estrago de la muerte
Y de la adversa suerte,
La dispersa familia á reunirse.

XVI

Feliz mi padre junto á ti se sienta
(¡ Cuál tu dicha acrecienta
La que expresan sus labios bondadosos !),
Y juegan á sus pies y en sus rodillas
Chiquillos y chiquillas
Frescos, rosados, puros y dichosos !

XVII

En el jardín cubierto de maleza
Renace la belleza ;
De aves se puebla el asolado huerto ;
Alegres voces y sonoras risas
Llenan las mudas brisas,
Y resucita cuanto estaba muerto.

.....

XVIII

Pero ¡ ay ! mi vuelta al cielo de la infancia,
Y á la paterna estancia,
Y á tu amor, y á tu dulce compañía,
Es solamente ensueño fugitivo
Que se deshace, esquivo,
Cuando empiezo á gozarlo, madre mía !

XIX

Ah ! si al menos duráseis largas horas,
Visiones seductoras !
¡ Si fueras, dulce sueño, tan profundo
Que al hallarme en tus ondas sumergido,
Vanamente á mi oído
Con su importuna voz llamara el mundo !

.....

*

MIGUEL MEDINA DELGADO.

A LA MEMORIA DE FRANCISCO J. DE CALDAS.—
EN EL CEMENTERIO.

*

A LA MEMORIA

DE FRANCISCO J. DE CALDAS.

DEL Asia las planicies abrasadas
A trechos corta gigantesco monte,
Cuyas cimas, de nieve coronadas,
Dominan el vastísimo horizonte.

Audaz se eleva á prodigiosa altura ;
Y en la región que con su sombra abarca
Derrama la abundancia y la frescura,
Y es el término, el puerto y el monarca.

Del ecuador entre la zona ardiente,
Hijas quizá de lluvias trópicales,
Una con otra límpida corriente
Enredan sus magníficos raudales.

Acrecen en belleza y poderío,
Rodando siempre, sin hallar reposo,
Y marchan á perderse en otro río
Más ancho, más profundo y más hermoso.

Así en la humanidad : un hombre acaso
Se adelanta á su edad ; el velo, roto,
No existe para él ; y en solo un paso
La ciencia abarca del futuro ignoto.

Es como el monte de argentada frente
Que el horizonte al caminante cierra ;
Es como el río de veloz corriente
Que en amplias zonas dividió la tierra.

Límite natural de dos edades,
Es prólogo, y epílogo, y resumen ;
Es faro de inextintas claridades
Que ni los tiempos ni el error consumen.

Los hombres portentosos son guirnaldas
Con que Dios á los siglos galardona :
Los Alfonsos, Copérnicos y Caldas
Son de la humanidad cetro y corona.

Caldas ! orgullo de la Patria mía,
Pirámide robusta, magna estrella,
Tú, como el regio luminar del día,
Dejáste viva y majestuosa huella !

Llevando por auxilio el sentimiento,
Sin ambición de mundanal renombre,
Cavando en tu profundo pensamiento
La ciencia halláste que enaltece al hombre.

En medio de florestas intrincadas,
Entre angustias, zozobras y dolores,
Pasaste tus mejores alboradas
Buscando plantas, recogiendo flores.

Tú sorprendíste incógnitas, secretas
Leyes eternas que á natura rigen ;
En su órbita seguíste á los planetas
Y te abismáste en su divino origen.

Como detiene al águila en su vuelo
La poderosa voz de los volcanes,
Así la guerra en tu nativo suelo
Suspendió tus pacíficos afanes.

—Guerra! clamaba el Magdalena undoso,
Y — guerra! repetía el Chimborazo ;
Y á la guerra ofreciste tu reposo,
Tu ciencia, tus virtudes y tu brazo.

Lidiaste por tu Patria como bueno,
Sin esquivar la dolorosa ofrenda ;
Y ejemplos diste de valor sereno
Hasta caer en la mortal contienda.

La Madre España, en cuya historia bella
Quisieran arrojar hediondo jugo,
No fué la victimaria...¡ También ella
Ha maldecido á tu feroz verdugo !

De libertad el árbol agitado
Tu sangre fecundó, como fecunda
En la seca estación el mustio prado
El cándido arroyuelo que lo inunda.

Así, tu nombre, contra el tiempo, fuerte,
Con vibración universal retumba;
No lo encerró, como á tu cuerpo inerte,
La piedra silenciosa de la tumba!

Sin manchas ni pasiones, en tu agravio
Ninguno puede recordar tu vida;
Y como sabio te proclama el sabio,
Sabio también el Pueblo te apellida.

¡Honor á aquel que con su ejemplo blando
Condena nuestros hondos extravíos!
¡Gloria á aquel cuyo nombre venerando
Pronuncio apenas en los versos míos!

¡Gloria al genio inmortal! Su imagen sea
Iris de paz que en nuestra senda luzca;
Y su memoria, la encendida tea
Que al templo de la ciencia nos conduzca!

EN EL CEMENTERIO.

—¿PARA quién, sepulturero,
Estás cavando la huesa
Bajo del sauce sombrío?
—¿Para quién?...¡Para el que venga!...

—Tú, camarero de muertos,
Trasegador de osamentas,
No conoces á tu huésped
Y le preparas vivienda,

Como esposo enamorado
Que aguarda á su compañera!
Tu previsión espantosa
Ni te engaña ni te aterra,
Porque vives con la Muerte
Y la Muerte te sustenta.
Los pliegues de tu semblante
A las miradas revelan
Del sueño de los sepulcros
Las pavorosas leyendas.
Ese polvo que en tus manos
Deja la ruda faena,
Ese polvo que sacudes
Con glacial indiferencia,
Formó tal vez de una hermosa
La codiciada belleza.
Tú conoces los gusanos
Que en el corazón se ceban,
Y los que brota el cerebro
O en los ojos se aposentan.
¡Qué oficio el tuyo, qué oficio
El que á despreciar enseña
Las tristezas de la vida,
Las terrenales grandezas!...

Prosigue, sepulturero,
Tu inacabable tarea,
Mientras la Muerte descoge
Sus estandartes de guerra.
Si por ley inexorable
Ha de llegar el que esperas,

Prepárale cuidadoso
La morada postrimera.
Muy pronto, porque en el alma
Llevo ya la herida abierta,
Depositarás mi cuerpo
En el seno de la tierra,
Como infecunda semilla
Que inútilmente se siembra ;
Entonces, sepulturero,
Que la piedad no consienta
Ni una inscripción en la losa,
Ni una planta que florezca,
Para que sólo el Olvido
Descanse sobre mi huesa !

*

RAFAEL TAMAYO.

EL TRABAJO.

*

EL TRABAJO.

MIRAD la augusta selva : el éter puro
Con sus ramajes seculares hiende
Y de su fondo en el recinto oscuro
La enredadera su follaje extiende.
Bajo los densos toldos de verdura
Rueda sus turbias ondas fragoroso,
Rompiéndose al correr contra las peñas,
Indómito torrente, y hondas breñas
En sus lóbregos antros lo reciben ;

Y en medio la espesura,
Sin trabas, ni señor, ni leyes viven
Los salvajes monarcas de los bosques,
Del rey de la natura
Temidos por su fuerza y su bravura.
No penetran del sol los limpios rayos
El tupido dosel ; y eterna sombra
La flor envuelve que con tintes gayos
No alza arrogante su corola al cielo,
Y mustia y sin olor se inclina al suelo
Que cubre espesa, enmarañada alfombra.

Hora mirad : al golpe del acero
Los centenarios troncos se estremecen
Y el campo cubren con su inmensa mole ;
El tigre carnicero
Huye al mirar por extranjera planta
Su misterioso asilo profanado ;
El sol que en el Oriente se levanta,
Sobre la parda alfombra brilla puro ;
Las sombras dejan el recinto oscuro ;
Y la antes mustia frente,
Del astro rey al cariñoso rayo
Yergue la flor que del festivo Mayo
Al amoroso ambiente
Al aire libre se desvuelve y crece,
Y el aura inquieta sus estambres mece.

La labor de las hachas viene luégo
El devorante fuego
Activo á completar : al cielo sube

De humo espeso vagarosa nube;
Centellas lanza el abrasado tronco,
Antes columna de la selva oscura ;
Y en la feraz llanura,
Que en la extensión abierta se dilata,
Se ve rodar el mugidor torrente,
En cuyas crespas ondas se retrata
Del vivo sol el rayo refulgente
Y de la luna el resplandor de plata.

Después vendrá el arado, las entrañas
De la tierra á romper: leves cabañas
Al aire elevarán su frágil techo ;
Y en los estivos meses
Con gentil susurrar, el vago viento
En blando juego doblará las mieses.
El rápido torrente sus furores
Y su vital aliento
Al hombre rendirá, y en su camino
Hará girar la rueda del molino,
O regará la tierra en los calores
Del sufocante, agobiador verano.
Del labrador la encallecida mano
Los frutos cogerá, que en los racimos,
Cual justo galardón de sus sudores,
Le brindará naturaleza opimos ;
Y á la ambición y á la codicia agena
Su quieta vida correrá serena,
Como callada fuente entre las flores.

¿ A quien prodigio tál, á quien se debe
Tan benéfico cambio ? ¿ Los portentos

Quién realizó de transformar la selva
En campo cultivado, cuyas galas
Con cariñosas alas
En trémulo vaivén doblan los vientos?
El genio del Trabajo: su alto influjo
En provechosos dones cambia el lujo
Con que vistió la próvida natura
La secular montaña;
El Trabajo, potencia que encadena
Las fuerzas de los libres elementos;
Que cambia la llanura
En alegres y ricas heredades;
La selva de los siglos respetada
En bulliciosos pueblos y ciudades,
Y en risueños y plácidos recintos
Sus misteriosos, densos laberintos.

Nada en el mundo á su poder resiste,
Nada á su empuje colosal: él viste
De edificios flotantes
Del vasto mar las procelosas ondas;
Y de flores fragantes
La campiña feraz y espigas blondas;
Y hienden á su esfuerzo
Las aéreas regiones del espacio,
Con agudas almenas el palacio,
Y con sus techos de livianas cañas
Del labrador sencillo las cabañas.

Monstruos formó que la ancha faz del mundo
Veloces surcan con potente aliento,

Y que alígeros más que el raudo viento
A impulso del vapor llevan doquiera
Los variados productos con que inunda
Activa industria la terrena esfera.
Una mano fecunda
Que millares de copias produjera
Del fugaz pensamiento el alma quiso,
De ansia noble de elevar su vuelo
Y de su imperio dilatar sedienta :
Y el Trabajo tenaz creó la imprenta.

Rasga el Trabajo con divina antorcha
Las densas nieblas de la mente humana,
Y con las nobles dotes del ingenio
Benigno la engalana,
Y la hace de las ciencias y las artes
Egregia soberana.
Él de Colón el poderoso genio
Impulsó á que trazara en blanca estela
Con la quilla de frágil caravela
De la ignorada América el camino,
Sobre el cristal enantes no empañado
De misteriosos mares;
Y dióle la constancia,
Para lanzarse tras ignota zona,
Por móviles, aliento y osadía,
Por alas, rizos de flotante lona ;
Y por premio á su esfuerzo y gallardía
Y sin igual victoria,
Le discernió la Historia
De bienhechor del mundo la corona.

Calma el Trabajo el angustioso llanto
Con que la faz del hombre artera inunda
La desgracia cruel, y en las heridas
Del roto corazón bálsamo santo
Derrámale propicia
Con blanda mano la labor fecunda.
La sudorosa frente
Que á su yugo se rinde, no se abate :
No ; que antes bien altiva se levanta,
Y sobre ella el letargo
O el fastidio indolente
Nunca sus alas perezosas bate.
A la insegura planta
Que en la insidiosa senda de los vicios
Llega á posarse con potente mano
Benéfico el Trabajo la desvía ;
Y á la región de la virtud excelsa,
Do brilla puro de verdad el día,
Lleva al mortal que en su poder confía.

Fácil conquista al ambicioso ofrece
La postrada nación que en la indolencia
Y en ocio blando y en miseria yace,
Y fácil presa de sus hijos hace
El despotismo audaz ; no á sus furores
En cambio cede quien el fuerte brazo
Acostumbró desde la tierna infancia
Del obrador ó el campo á las labores ;
No, que jamás el ominoso yugo
De extranjera legión la altiva frente,
Do brilla de los bravos la arrogancia,

Cobarde rendirá : arde en su mente
De libertad la sacrosanta llama,
Y altanero señor en la impotencia
Se verá de abatir su independencia
Y de apagar el fuego
Que su alto pecho poderoso inflama.

¡ Oh Santa Providencia !
Tú, que colmas de encanto y de alegría
Cuanto creó tu bondadosa mano,
Y das al claro día
Su mágico esplendor, al oceano
Sus turbias ondas, misterioso arcano
Al corazón del hombre, y del destino
Llevaderos hicíste
El amargo pesar y la agonía,
Cuando la sabia ley nos impusíste
Del bienhechor Trabajo, que la vida
De almo consuelo y de esperanzas llena,
Haz á la patria mía
En alas del Trabajo á las regiones
Del progreso volar : sus altos dones
Prenda de paz y venturanza sean.
Caigan también sus gratas bendiciones
Sobre mi humilde frente ;
Luzca en ella el sudor con que á los buenos
Ganar mandáste el terrenal sustento ;
En incesante brío
Haz que jamás desmaye, ni indolente
Ante el cansancio ceje el brazo mío;
Y cuando llegue para mí el momento

De recibir el eternal salario,
Grabe una mano amiga
En la sencilla losa
Que cubra mi sepulcro solitario,
Una inscripción que al caminante diga :
Al fin aquí de su labor reposa ;
Cumplió en el mundo su mortal tarea :
Blanda la tierra á sus cenizas sea.

*

MANUEL DE JESUS FLOREZ.

EL REGRESO A DIOS.—A LA MEMORIA DE CANDELARIO OBESO.

*

EL REGRESO A DIOS.

A ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS.

> Somos combatientes. Tenemos que luchar no sólo por la vida sino por la virtud de la vida. Nuestro combate tiene un premio, la libertad. Y la libertad tiene un fin: *el bien voluntariamente cumplido.* Mas nos equivocaríamos si creyéramos poder llegar al bien sin Dios.
>
> EMILIO CASTELAR.

I

OH Dios! era yo un niño, un niño tierno,
Y empecé á balbucir tu nombre santo
Por temor á las llamas del infierno.

Hoy repito tu nombre sin espanto,
Hoy, cuando no hay fantasma que me asombre,
Encuentro en confesarte dulce encanto.

Ya sin pavor ante tu excelso nombre
Comprendo cuán mezquina fué la idea
Que de ti se formara un tiempo el hombre.

Tu voz en la cascada...¡ cuán pigmea
Comparación ! Y luégo, tu mirada
En la lumbre del sol que centellea...

Pues sacaste los orbes de la nada,
Que te cantan el sol, el mar y el viento,
Y con su ronco trueno la cascada.

Lenguaje torpe !...y sin embargo, siento
Que tu nombre lo puede ver escrito
Quien levante la vista al firmamento.

¡ Cuán pequeño me juzgo si medito
Que ante ti todo es mísero y pequeño,
Sí, todo, hasta tu nombre : *El Infinito!*

II

Cuando vi de los hombres el empeño
En hacerte adorar como terrible,
« ¡ Cobardes, exclamé : Dios es un sueño !

Creación para el filósofo, risible,
Creación del miedo, nada más !»...No obstante,
Faltando tú, la vida me fué horrible.

¡ Cuánto reflexioné ! Y en todo instante
Al fin de mis ensueños te veía
Como meta magnífica, gigante.

A ti torné por la suprema vía,
No del creyente, pensador cobarde,
Mas de aquel que te niega en su osadía.

De mi estéril valor, cuál hice alarde !
Y di la vuelta al pensamiento humano
Y vuelvo á ti...no temo llegar tarde !

Tál el cometa en el confín lejano,
Del astro rey huyendo á los ardores,
Se adelanta con vuelo soberano ;

Mas siente del vacío los rigores
Y retorna veloz, como si ansiara
Sumergirse en los regios resplandores !

III

Tú no eres para mí la Deidad cara
Al sacerdote que recibe hambriento
La ofrenda del creyente sobre el ara.

Yo sé que no te miro, mas te siento ;
Te ve mi corazón !...y te adivino
Como foco de luz del pensamiento !

Sé que habré de encontrarte en mi camino
Como que fuiste su principio un día
Y el término serás de mi destino.

Tú eres la ley de luz y de armonía,
De verdad y justicia que los mundos
En los desiertos del espacio guía.

Tus designios no son los iracundos
Que suele atribuírte el fanatismo...
Ni siempre inexcrutables, si profundos.

Yo pude conocerlo por mí mismo :
Tu gloria no se cifra en la venganza,
Tu faz no se refleja en el abismo !

En castigo, tal vez, tu diestra lanza
El rayo vengador...Mas yo en ti veo
Un Dios de amor, consuelo y esperanza.

Dios de mi hijo y mi madre, en ti ya creo !
Y, hoy, ya mi labio con amor te nombra
Cuando agita sus alas mi deseo
En medio del vacío y de la sombra !

A LA MEMORIA

DE CANDELARIO OBESO.

I.

ESTO era ayer, no más!...Ayer tu mano
Estreché con amor, porque tú eras
En el pensar y en el sentir mi hermano.

Al cantar, nuestras almas compañeras
Levantaban su voz, como dos aves
En una misma jaula prisioneras.

Como el viento las velas de las naves,
Tu juvenil inspiración henchía
Las estrofas rotundas y sūaves.

Eras dulce y humilde, y me placía
Aun más tu corazón, porque era bueno,
Que tu ardiente y fogosa fantasía.

En tu rostro simpático y sereno
La vanidad no pudo dejar huella
Ni verter en tu alma su veneno.

Nacido tú á la luz de infausta estrella,
La virtud admirabas por lo hermosa,
La verdad te sedujo por lo bella.

Y al rayo de su lumbre misteriosa
Tu mente se entreabrió...como al rocío
Matinal el capullo de la rosa !

II.

Más de una vez el Hado con desvío
Miró hacia ti...tal vez tu pensamiento,
Arrebatado entonces y sombrío,

Clamó : « mis horas por pesares cuento...
Valedme pues, ¡ oh manes de Epicuro !»
Y la espalda volviste al firmamento ;

Pero después, tu corazón más puro
Al fin de la tormenta, su plegaria
Tornó á elevar al inmortal seguro.

Yo levanto la mía funeraria
Y una lágrima vierto entristecido
Sobré tu pobre tumba solitaria.

Aquí de las pasiones el rugido
No llega ya; y á otras sólo alcanza
El rumor de las alas del Olvido.

Quisiera proferir como alabanza,
Si llegaste á ser débil...á ser hombre,
El himno del perdón y la esperanza.

Y aunque haya algún mezquino que se asombre,
Y que airado me mire con encono,
Oh humanidad entera ! yo en tu nombre
Y aquí sobre su tumba, le perdono !

*

JUAN C. TOBON.

A MANUEL ACUÑA.

*

A MANUEL ACUÑA.

LIRA de hondos gemidos,
De amargos y cruelísimos reproches,
Suave como los ecos adormidos
Que vagan silenciosos y perdidos
En las tinieblas de enlutadas noches;
Arpa de melancólicos acentos,
Por la musa de un mártir inspirada,
En cuya mente alada
Germinaron tan grandes pensamientos;

Era imposible, arcángel, que vivieras
En un mundo prosaico y miserable,
Tú, poseedor del mundo de la idea,
Sacerdote del templo incontrastable
Donde se rinde culto á la Madona
Que la belleza y el amor pregona
En la lengua divina inimitable
Del olímpico Dios que hoy te corona.
¿ Permitirás á mi laud profano
Alzar un himno á tu inmortal memoria,
Tú que asombraste al ángel de la gloria
Y fuiste de las musas noble hermano ?
Si albergaba tu rica fantasía,
Tanto caudal de luz y poesía,
Fuente inmortal de amor y sentimiento ;
Si ese nido de flores y armonía
Meció tu poderoso pensamiento !
Yo bien lo sé : tu espíritu fecundo
Se colmó de celeste nostalgía,
Tu espíritu dantesco no cabía
En los estrechos límites del mundo.
Y por eso rompiste el frágil vaso
En que lloraba tu alma prisionera,
Con la intuición sagrada
Del que no hallando en este mundo nada
Que alimente su espíritu fecundo,
Suspira por la luz de un nuevo mundo,
Por su patria que sueña abandonada.

—

Corta fué tu carrera :
Por este valle de amargura y llanto
Cruzaste como alondra mensajera,
Poblando nuestra esfera
Con las sublimes notas de tu canto.

—

La tierra mejicana,
Patria de Libertad, meció tu cuna
Bajo el cendal de límpida mañana ;
Al beso de las auras de ese suelo
De amor, de luz, perfumes y armonía,
Tu ardiente y rica inspiración abría
Sus alas de condor volando al Cielo ;
Y cuando apenas tu arpa vibradora
Los misterios del mundo traducía
Con notas inmortales,
Soplaron sobre ti los vendabales
De la desgracia impía,
Que persigue las liras virginales.
Herido por el rayo
De un súbito dolor tu pecho noble,
Púdica y delicada flor de mayo,
Te doblaste en tristísimo desmayo
Al recibir el ósculo sangriento
Que la muerte te diera,
Divina y redentora mensajera,
Que á otros mundos llevó tu pensamiento,
Tus visiones de luz, tu sentimiento,
Tu arpa soñadora y hechicera.

Muy bien estás allá : la golondrina
Cuando llegan las nieblas otoñales,
A otro suelo más grato se encamina,
Donde soplen los céfiros vernales
Y esté verde el ramaje de la encina ;
Así el poeta, arcángel desterrado,
En un mundo raquítico suspira
Por volver á templar su ardiente lira
En el mundo de luz abandonado,
Donde el calor fecundo
De un astro de pureza inextinguible,
Pueda su corazón noble y sensible
Olvidar el invierno de este mundo.

—

¡ Feliz quien ha pasado
Por las olas amargas de esta vida,
Con el valor estóico del cruzado,
Sin tomar parte en el venal mercado
De esta raza rüín y corrompida !
Y tú pasaste así : tu lira ardiente
Fué el remo que empuñaste
Cuando ' intrépido nauta ' te lanzaste
Sobre las olas de este mar hirviente.

—

Las alas de tu ardiente fantasía
Manchaba el lodo de este mundo necio :
Por eso los raudales de armonía
Que tu lira inmortal nos ofrecía,

Llevaban la cicuta del desprecio
Para un mundo que no te merecía.

—

Perdón, poeta, al bárbaro que quiso,
Con ronca voz y empobrecido acento,
Alzar una plegaria
Sobre la tumba muda y solitaria
Donde tu roto corazón reposa,
Aguila audaz del mundo americano,
Al arrullo de brisas musicales
Que cantan del poeta la elegía,
Al mortecino albor de luna umbría
Y al silencio de noches estivales.

—

Yo sé que no estás muerto : cada nota
Que se arrancó de tu gallarda lira,
Sobre las perlas del torrente flota,
Sobre las alas de los vientos gira ;
Modula entre las flores
Y titila en el rayo de la estrella,
Anida en la garganta del sinsonte,
Vive en la cresta del andino monte,
Y en la luz del relámpago destella;
Murmura con las almas soñadoras
Plegarias de infinita melodía,
Rueda en el manto de la noche fría,
Y tiembla en el carmín de las auroras.

¡ Adiós ! ¡ Adiós ! cantor incomparable,
Lira de arcángel, corazón de atleta.
Calle ante ti la lira miserable
Que no distingue el barro deleznable
Del corazón alado del Poeta !

*

FRANCISCO A. GUTIERREZ G.

MEDITACIÓN.

*

MEDITACION.

AL SR. DIEGO FALLON.

Ero mors tua, o mors.

LA luna sobre el monte se levanta,
Con blanda luz los valles ilumina,
Y hacia el Ocaso con ligera planta
Por el azul profundo se encamina.

No muere como el sol que en Occidente
El regio lecho con su lumbre dora,
Sino apenas de nácar levemente
Las nubecillas pálidas colora.

Consumirse en silencio es el destino
De una vida de amor pura y modesta;
Así el astro, acabado su camino,
Desaparece tras lejana cresta.

Cuando la noche brinda su misterio,
Es dulce, oh luna, con tu luz dudosa,
Errando por cristiano cementerio;
Los muertos visitar fosa por fosa.

Cuando oramos allí, llega á su oído
El ruego por el labio pronunciado,
Cual llega al labrador adormecido
El rumor apacible del sembrado.

La muerte tantos vínculos desata,
Tantos seres que amé mirar no puedo,
Que á veces pienso que mi amor los mata
Y de amar á los vivos tengo miedo!

Quiero dormir el sueño de la tumba
Bajo estos mismos árboles sombríos,
Quiero un lugar allí cuando sucumba,
Porque entre ellos estoy entre los míos.

Oh sombras! todo en vuestro asilo triste
A la esperanza torna el pensamiento:
La cruz de leños que la grama viste
Y la inscripción del rico monumento.

Todo dice—esperad. ¿La luz que lanza
Del cuerpo la deshecha podredumbre,
No es emblema también de la esperanza
Que sobre el polvo inerte alza su lumbre?

La religión vuestra ceniza fría
Que al quebrantar la losa irá á los cielos,
Guarda como ave que el momento espía
En que los huevos rompan los polluelos.

Esperad que el sonido penetrante
De la final trompeta el aire hiera :
La carne del sepulcro se levante,
Y al acento de Dios la Muerte muera.

*

ROBERTO MAC DOUALL.

BÁRBULA.—LUISA.

*

BARBULA.

¡ALLÍ están! ¡Ved!—En la altura
De la elevada montaña,
Sobre las armas de España
El Sol levante fulgura;
Y bate la brisa pura
El regio pendón que un día
Sobre el mundo se extendía,
Siendo el asombro y espanto
Del agareno en Lepanto,
Y del francés en Pavía.

¡ Allí están ! ¡ Ved !—Lentamente
Van por las faldas marchando
Tres columnas ondulando
Cual gigantesca serpiente;
Y agita el ligero ambiente
Los altivos pabellones
Que á las hispanas legiones
Arrancaron la victoria
Sobre los campos de gloria
De Angostura y los Horcones.

Sube en el Oriente el Sol,
Y al alumbrar la montaña
Los dos ejércitos baña
Con su primer arrebol.
En la cima el español,
Que sus ventajas advierte,
Tras de sus trincheras fuerte
Espera á que el otro avance,
Y esté de su arma al alcance
Para lanzarle la muerte.

Y el Patriota lentamente,
Con el fusil en balanza,
Tranquilo, impasible avanza
Por la escabrosa pendiente:
Pues cada soldado siente
Aquel ardor sin segundo,
Aquel anhelo profundo
Que en la ruda lid inflama
Al que su sangre derrama
Por la libertad de un mundo.

Se oye de pronto un rugido
Terrible, estridente, seco,
Que es mil veces por el eco
Del monte repercutido ;
Como volcán encendido
El alto cerro aparece,
Y entre el humo que oscurece
Los resplandores del sol,
El pabellón español
Envuelto desaparece.

A torrentes la metralla
Lanza el cañón enemigo ;
Los Patriotas sin abrigo
Van en orden de batalla ;
Y al vivo fuego que estalla
Sobre la alta serranía,
Sin contestar todavía,
Siguen redoblando el paso,
Pues si es su pertrecho escaso,
Es mucha su bizarría.

¡ Y avanzan ! Siempre adelante
Van esas huestes tranquilas ;
Si un hueco se abre en las filas,
Hay quien le llene al instante.
Mas de pronto vacilante
Una columna se pára
Como si se intimidara
Ante el fuego aterrador
Que sobre ella, en su furor,
El enemigo dispara.

El Jefe, que tal advierte,
Veloz como el rayo párte,
Y el tricolor estandarte
Empuña con brazo fuerte;
Y á despecho de la muerte
Que en las filas se pasea,
Lanzándose á la pelea
Girardot valiente exclama
Agitando el oriflama
Que sobre su frente ondea :

« ¡ Permite, Dios poderoso,
« Que yo plante esta bandera
« Donde se mece altanera
« La del español odioso,
« Y yo moriré dichoso
« Si tal es tu voluntad !
« ¡ Compañeros, avanzad !
« Nos espera el enemigo ;
« Venid á buscar conmigo
« La muerte ó la libertad !»

Dice, y lleno de osadía
Hacia las trincheras párte
Agitando el estandarte
Que es del ejército guía ;
Todos siguen á porfía
Tras del audaz granadino,
Y cual fiero torbellino
Se lanzan á la batalla
Sin que pueda la metralla
Tenerlos en su camino.

Avanzan con ira fiera
Sobre la enemiga tropa,
Apuntan y á quema-ropa
Dan la descarga primera;
Saltan sobre la trinchera,
Y llenos todos de saña
Allí, en confusión extraña,
Se ven luchar pecho á pecho
Los que invocan su derecho
Y los que invocan á España.

El humo de los cañones
Oscurece el limpio cielo,
Que ya se asemeja á un velo
De desgarrados crespones;
Y de las detonaciones
Al espantoso rugido
Se mezcla el triste gemido
Que lanzan los moribundos,
Y los gritos iracundos
Del vencedor y el vencido.

Es la victoria segura,
Pero, ¿á qué precio comprada?...
Sobre el sol de esa jornada
Se extiende una nube oscura,
Pues del Bárbula en la altura
Por traidora bala muerto
El Jefe heroico y experto
Que asegura la victoria
Cae en el campo de gloria
Por su bandera cubierto.

Bolívar, ese coloso
Que en la libertad se inspira,
Es alma noble que admira
Todo lo que es generoso,
Llora al héroe valeroso,
Y los hijos de Granada
Piden la primer jornada
Para vengar como hermanos
Con sangre de los tiranos
Aquella sangre adorada.

Y Girardot fué vengado;
Tres días después en Trincheras
Sobre las huestes iberas
Va D' Elhuyar denodado,
Y cual torrente lanzado
Desde elevada montaña,
Lleno de ardor y de saña
Se lanza con sus legiones
Y recoge hecha girones
La altiva insignia de España!

LUISA.

(FRAGMENTO).

HAN pasado seis meses desde el día
En que con saña impía
Arrancaron á Juan de su cabaña,
Seis meses en que el pobre ha soportado
Las penas del soldado
Y el terrible rigor de la campaña.

Nadie como él soporta la fatiga,
Como el jefe le diga
Que es preciso pasar la noche en vela,
Pues se teme que llegue el enemigo;
Sin cena y sin abrigo
Hace toda la noche centinela.

¡Y es de verlo en la fuerza del combate!
Con tal ardor se bate,
Sin cuidarse del fuego ó la metralla,
Que admirando su arrojo y sangre fría,
El general un día
Lo hizo cabo en el campo de batalla.

Pero ese hombre tan rudo en la pelea,
Si oye nombrar su aldea
Se pone triste, llora como un niño,
Y sólo alcanza á mitigar su duelo
Y á darle algún consuelo
De su mujer el singular cariño.

Porque Luisa, su noble y santa esposa,
Comparte valerosa
Los riesgos y el rigor de la campaña,
Y sostenida por su amor ferviente
Las fatigas no siente
Y á Juan por todas partes acompaña.

Una noche á la lumbre placentera
De una brillante hoguera
Luisa una rota blusa remendaba,

Mientras que Juan, con arrugado ceño
Y decidido empeño,
Su rifle y sus cartuchos revisaba.

—¿ Si sabes—dijo Juan—querida mía,
Que al asomar el día
Debemos dar principio á la batalla ?
—Lo sé—contesta Luisa suspirando.
—Y yo estaba pensando—
Agregó Juan—en que me toca...—¡ Calla !

¿ Por qué venir á hablarme de ese modo ?
—Hay que temerlo todo :
Ni una bala en diez lances me ha tocado,
Mas yo no sé explicarte lo que siento...
Tengo presentimiento
De que saldré mañana mal librado.

—¡ Calla ! ¡ Cállate, Juan, no digas eso !
—Mira, Luisa, confieso
Que voy á entrar con miedo á la pelea,
Y es muy triste morir en tierra extraña,
Lejos de mi montaña,
De mis hijos, mis padres y mi aldea.

Si es mi suerte morir en la batalla,
Quítame esta medalla
Que mi madre adorada me dió el día
En que por vez postrera me bendijo
Y, no me olvides, hijo,
Con voz entrecortada me decía.

Dile que su recuerdo idolatrado
Guardó siempre el soldado;
Dile que en medio del combate horrendo,
En el último instante de su vida,
Vió su imagen querida
Y murió su memoria bendiciendo.

Y á mi padre, á los hijos de mi alma
Díles..... ¡mas, calma, calma!
Siento que el miedo mi razón altera.
¡No llores, hija, así! no es para tanto;
¡Vamos! acabe el llanto;
¡Si es imposible que sin verlos muera!

¿Lloras porque yo digo una locura?—
Agregó, y con ternura
De su esposa besó los labios rojos,
Tomó el fusil y se alejó cantando,
Y el llanto iba rodando
En gruesas gotas de sus negros ojos.

Ya entre celajes de flotante grana
El sol de la mañana
Alumbra de los montes los perfiles,
Y luégo, al dilatarse en la llanura,
Su roja luz fulgura,
Reflejada por lanzas y fusiles.

Que están los enemigos frente á frente,
Y esperan solamente
Que se dé la señal de la batalla.

A poco un ruido atronador se escucha,
Y la terrible lucha
Como tormenta formidable estalla.

El humo oculta el sol y roba el cielo,
La sangre empapa el suelo
Y, víctimas de instintos inhumanos,
Los hombres se persiguen, se destrozan,
En la matanza gozan,
¡ Ay ! y se olvidan de que son hermanos.

Cesó con la postrera luz del día
La atroz carnicería,
Y con pasos veloces, aunque inciertos,
La triste Luisa el campo atravesaba,
Y con afán buscaba
A su pobre marido entre los muertos.

De repente paróse en su camino ;
Que de un bosque vecino
Rompiendo aquel silencio tan profundo,
Salió un gemido sordo, prolongado,
Un lamento apagado,
El último tal vez de un moribundo.

Hacia el bosque corrió trémula Luisa,
Y de pronto, indecisa,
Detuvo el paso al escuchar su nombre ;
Al fin venció el terror, siguió adelante
Con paso vacilante,
Y entre un charco de sangre encontró á un hombre.

—Juan !—exclamó,—¡ mi pobre Juan querido !—
Y un grito dolorido
Se escapó de su pecho desgarrado ;
Rendida de dolor cayó de hinojos,
Y el llanto de sus ojos
Rodó sobre la frente del soldado.

Fijó en ella la vista el moribundo,
Y el dolor más profundo
En su última mirada se leía.
—¡ Adiós !—le dijo,—¡ adiós ! ¡ esto es un hecho!—
Y apretó contra el pecho
La mano que su Luisa le ofrecía.

—¡ Adiós ! cuida á mis padres y á mis hijos...
Sus dolores prolijos
Procura mitigar con tu consuelo...
La medalla...mi madre...¡ madre mía !—
Y acabó su agonía...
¡ El alma del soldado voló al cielo !

En la orilla del turbio Magdalena
Que por lechos de arena
Arrastra perezoso su corriente,
En el confín de abandonada roza,
De la risueña choza
Descúbrense las ruinas solamente.

En medio al patio que la grama alfombra,
Bajo la espesa sombra
Que proyectan las ceibas colosales,

De entre un lecho de rojas campanillas,
Modestas y sencillas,
Se levantan dos cruces desiguales.

Por la tarde, y sentado en una piedra,
Que cobija la hiedra,
Un triste anciano silencioso llora,
Y ante la humilde tumba arrodillada,
Con voz entrecortada,
Una niña inocente gime y ora.

Que en una misma fosa confundidos,
Y hasta en la muerte unidos
Bajo la santa cruz de tosco leño,
Yacen la pobre madre del soldado
Y el hijo idolatrado
Durmiendo juntos el eterno sueño.

Que ellos más infeliz, la pobre niña
Vaga por la campiña
Y recorre las calles de la aldea,
Llevando cuidadosa de la mano
Al miserable anciano
Que vacila en sus pasos y flaquea.

Y con la faz por el rubor cubierta
Pide de puerta en puerta
Una limosna para el pobre ciego!
¡Ciego, sí! que el anciano lloró tanto,
Que al fin apagó el llanto
De sus pupilas el brillante fuego!

*

JOSE ASUNCION SILVA.

ESTROFAS. — VOZ DE MARCHA. — ESTRELLAS FIJAS.—EL RECLUTA.—RESURRECCIONES.— OBRA HUMANA. — LA CALAVERA. — A DIEGO FALLON.

*

ESTROFAS.

EL verso es vaso santo. Poned en él tan solo
Un pensamiento puro,
En cuyo fondo bullan brillantes las imágenes,
Como burbujas de oro de viejo vino oscuro.

—

Allí verted las flores que en la continua lucha
Ajó del mundo el frío;
Recuerdos amorosos de tiempos que no vuelven,
Y nardos empapados en gotas de rocío.....

Para que la existencia del hombre se embalsame
Como de esencia ignota,
Quemándose en el fuego del alma enternecida
De aquel supremo bálsamo, basta una sola gota.

VOZ DE MARGHA.

A orillas de la senda de la vida,
Ya fatigado se sentó el mancebo,
Y murmuró con voz adolorida
« Cansada el alma llevo.»

« Inútil es seguir, ruda la carga;
De la existencia humana sólo brota
Honda tristeza, pertinaz y amarga,
Cual del laúd la nota.

« No alumbra en el futuro luz de aurora,
En lo más hondo el entusiasmo ha muerto,
Sólo eres, esperanza soñadora,
Miraje del desierto.

« Ay ! y el amor y la amistad mentiras;
Como brumas vacilan las ideas,
Sólo tristeza y desaliento inspiras,
Vida, maldita seas ! »

Renegó de virtud y de nobleza,
Y de pasado y porvenir maldijo,
Pero en el aire, entre la sombra espesa,
Oyó una voz que dijo:

« Por más que traiga el viento tempestuoso
Entre las alas blanquecina escarcha,
Oíd del siglo el grito poderoso,
Oíd la voz de marcha.

Con que os cansó lo rudo del camino?
Con que está el corazón agonizante?...
Pensad que sólo sois un peregrino...
Y seguid adelante !

« Al doblar los recodos del sendero
La muchedumbre, en la primer cruzada,
Gritaba al ver un pueblo en el otero:—
Jerusalén sagrada !

« Cuántas veces, su engaño repetido,
Al apagarse el entusiasmo ardiente,
Al viento poderoso del olvido
Se doblegó su frente.

« Cuántas veces volviera á su memoria
De la patria el recuerdo cariñoso,
Huyera de ella la ambición de gloria
Y deseara el reposo !

« Pero una tarde, tarde vislumbrada
En místicos ensueños, de improvisto
Contempló la ciudad santificada
Por la pasión del Cristo !

« Seguid ! Seguid ! Y si en la ruta umbrosa
El paso os cierra levantado monte,
Subid hasta su cumbre tenebrosa
Y ved el horizonte !

« Tal vez el porvenir guarde en su seno
Que hoy os parece lóbrego y oscuro,
De claridades misteriosas lleno
Un rayo de luz puro.

« Tal como son, hirvientes, las marinas
Aguas que pasman de temor al verlas,
En el fondo, entre conchas nacarinas,
Guardan pálidas perlas !

« Marchad ! Marchad ! Y al fin de la partida
Torne un momento á confortar el alma
El recuerdo feliz de una cumplida
Misión de paz y calma !

« Mas si os cansó lo rudo del camino,
Y si está el corazón agonizante,
Pensad que sólo sois un peregrino.....
Y seguid adelante !

«Pide el siglo potente y majestuoso
Cuya voz, conmovida el alma escucha,
Quien lidie sin cansancio ni reposo
Del progreso en la lucha.»

Alzó el joven los miembros ajitados,
Cual los del muerto ante el poder divino,
Y se limpió los ojos enturbiados
Y prosiguió camino!

El viento arriba murmuró querellas,
Rompió la luz los tenebrosos velos,
Y temblando, brillaron las estrellas
En lo alto de los cielos!

ESTRELLAS FIJAS.

CUANDO ya de la vida
El alma tenga, con el cuerpo, rota,
Y duerma en el sepulcro
Esa noche, más larga que las otras,

Mis ojos, que en recuerdo
Del infinito eterno de las cosas,
Guardaron sólo, como de un ensueño,
La tibia luz de tus miradas hondas,

Al ir descomponiéndose
Entre la oscura fosa
Verán, en lo ignorado de la muerte,
Tus ojos,... destacándose en las sombras.

EL RECLUTA.

HASTA que manos piadosas
Algún sepulcro le dieron,
Al bajar de la cañada
Junto á las matas de helecho,
Destrozada la cabeza
Por una bala de *rémington;*
Con la blusa de bayeta
Y la camisa de lienzo,

Un escapulario santo
Colgado al huesoso cuello,
Los pantalones de manta
Manchados de barro fresco,
Las rudas manos crispadas,
Los ojos aún abiertos,
Y la sangre, ya viscosa,
Pegándole los cabellos,
Estuvo toda la noche
De aquel combate sangriento
Abandonado el cadáver
Del pobre recluta muerto.

Su nombre?... Un oscuro nombre...
Dijunto Juan Abudelo,
Cuando hablan de la campaña
Lo nombran los compañeros...
Su madre?... Una pobre madre,
Que en el rancho, al pie del cerro,
Abandonada y estúpida
Pasa los días inciertos.
Su vida?...Una oscura vida,
La vida vaga de un cuerpo,
Que fué tranquila y sin odios
Hasta en el cuartel infecto,
Do penetrado de frío,
Que le calaba los huesos
Y que tiritar le hacía
Bajo el *bayetón* deshecho,
Conoció toda la angustia
De largas noches sin sueño,

Y de tristes soledades,
El pobre recluta muerto.

Los soldados que seguían
En titánicos esfuerzos,
De Egipto á los arenales
Y de Rusia á los desiertos,
Al hombre de ojos de águila
Y de caprichos de hierro,
Tenían tras del reñido
Batallar, largo y supremo,
En cada voz, un halago,
En cada mandato, un premio.
Mas del Capitán Londoño,
Que fué su Jefe en el Cuerpo,
Sólo conoció dos órdenes
De detención y de cepo,
Un planazo en las espaldas
Y el modo de gritar—*¡juego!*
Hasta la tarde en que, herido
En el combate siniestro,
Cayó, gritando—*¡adiós, mama!*
El pobre recluta muerto.

RESURRECCIONES.

COMO Naturaleza,
Cuna y sepulcro inmenso de las cosas,
El alma humana tiene ocultas fuerzas,
Silencios, luces, músicas y sombras,—

Sobre la eterna esencia,
Pasos instables de caducas formas,
Y senos ignorados
Do la vida y la muerte se eslabonan.

.....

Nacen follajes húmedos,
De cuerpos descompuestos en las fosas...
Adoraciones nuevas
De los altares en las aras rotas.

OBRA HUMANA

EN lo profundo de la selva añosa
Donde, una noche, al comenzar de Mayo,
Tocó en la vieja enredadera hojosa
De la naciente luna el primer rayo,

Poco tiempo después la luz de aurora
Del gas, en la estación, iluminaba
El paso de la audaz locomotora,
Que en el carril durísimo cruzaba.

Y en donde fuera en otro tiempo el nido,
Albergue muelle del alado enjambre,
Pasaba en el espacio un escondido
Telegrama de amor, por el alambre.

LA CALAVERA.

EN el derruído muro
De la huerta del convento,
En un agujero oscuro
Donde, al pasar, silba el viento,

Y, como una dolorida
Queja á las piedras arranca,
Hay, en el fondo, escondida
Una calavera blanca.

De algún fraile soñador
De vida ejemplar y bella
Y dedicada al Señor,
En el mundo única huella.

Abre los ojos, sin fondo,
Como á visiones extrañas,
Y del vacío en lo hondo
Forjan telas las arañas.

Húmedo musgo grisoso
Recubre la antigua grieta,
Donde, en supremo reposo,
Descansa ignorada y quieta.

Pero hasta á aquella escondida
Mansión la brisa ligera
Lleva murmullos de vida
Y olores de primavera.

Golondrinas, que en sus marchas
Dejaron el patrio río,
Huyendo de las escarchas,
De las brumas y del frío,

Cuando la luz del Poniente
Filtra por el hondo hueco
Y hace parecer viviente
El craneo rígido y seco,

Desde las negras rüínas,
Alzan el sesgado vuelo,
Y en sus vueltas peregrinas
Tocan las ramas y el suelo,

Como buscando en el prado,
Ya por la tarde, sombrío,
El espíritu elevado
Que habitó el craneo vacío.

A DIEGO FALLON.

CUANDO de tus estancias sonorosas
Las solemnes imájenes,
En los lejanos siglos venideros
Ya no recuerde nadie ;
Cuando estén olvidados para siempre
Tus versos adorables,
Y un erudito, en sus estudios lentos,
Descubra á Núñez de Arce,

Aun hablarán, á espíritus que sueñen
Las selvas seculares
Que se llenan de nieblas y de sombras
Al caer de la tarde.
Tendrán vagos murmullos misteriosos
El lago y los juncales,
Nacerán los idilios
Entre el musgo, á la sombra de los árboles,
Y seguirá forjando sus poemas
Naturaleza amante
Que rima en una misma estrofa inmensa
Los leves nidos y los hondos valles.

*

JOSE RIVAS GROOT.

IDEA Y FORMA.—EL TELEGRAFO.—LO QUE ES UN NIDO.—ÍDOLOS ROTOS.—QUÉ ES DOLOR?—LIRAS ETERNAS.

*

IDEA Y FORMA.

I

EL pecho sin cantares ni sollozos,
Las indolentes manos sin el arpa,
El dulce labio sin el sacro verbo,
La hermosa frente sin la luz del alma,
Llega la FORMA
Al templo de los Genios, y ante el ara,
Sin vida en su existencia,
Desconsolada,
La frente dobla,
Pliega las alas.

II

Escuchando calladas melodías,
Sintiendo de lo incógnito las ansias,
Mas sin vigor para tender el vuelo
Y sin vigor para pulsar el arpa,
Llega la IDEA
Del templo de los Genios ante el ara,
Sin vida en su existencia,
Desconsolada,
El arpa rota,
Rotas las alas.

III

Mas de pronto la IDEA ante la FORMA
—Tú eres—prorrumpe con amor—mi hermana :
Tú sostendrás mi lira entre tus manos,
Tú sostendrás mi vuelo con tus alas ;
Y en tanto ¡ oh FORMA !
Yo seré de tus labios la palabra,
Vida de tu existencia,
Ritmo de tu arpa,
Luz de tu frente,
Alma de tu alma !—

IV

Y cual dos notas de la misma cuerda,
Y cual dos chispas de la misma llama,
Como dos besos en el mismo labio,
Como dos ondas en la misma playa,
IDEA Y FORMA,
Del templo de los Genios ante el ara,
Ya viven la existencia,
Pulsan el arpa,
Las frentes unen,
Tienden las alas.

EL TELEGRAFO.

PEQUENO POEMA.

(FRAGMENTO).

I

CON abatida majestad, rompiendo
De torcidos bejucos la espesura,
Al borde del abismo, el viejo roble
Cruje, se abate, y con medroso estruendo
Rueda en el fondo de la selva oscura,
Donde el obrero, con placer, la noble
Frente bañada en el sudor levanta,
Y gira en torno á la cabeza el brazo,
Que el ramo erguido, la rastrera planta,
Corta seguro con tajante hachazo.

II

Rasgado el monte, por la estrecha vía
Cruza un rayo de sol, vága y se pierde
Con sesgo giro en la explanada umbría
Do, escuchando la vaga melodía
Del Silencio, tendida sobre verde
Musgo, la Soledad plácida sueña;
Mientras, cayendo de la arcada, rota
Por las constantes lluvias en la peña,
Hilo leve de agua, gota á gota,
Rueda en los nudos de temblosa caña,
Colora el césped, los helechos baña,
Y une al concierto de la selva ignota,
Con eterno rodar, rítmica nota.

III

¡ Oh robles de la selva !—los torcidos
Brazos tended al conductor alambre :
De vuestras aves los calientes nidos,
De vuestras flores el dorado estambre,
No romperá ; mas rústico salterio,
De bruñido metal la red sonora,
Suspendida á los troncos, á la hora
En que se oculta el sol tras de la sierra,
Y la flor pliega el nacarado broche,
Vibrará de los bosques al misterio,
Sobre las negras sombras de la tierra,
Pulsada por los dedos de la Noche.

LO QUE ES UN NIDO.

BUSCANDO aquella tarde algún abrigo
A la incesante lluvia que caía,
Me refugié bajo el portal amigo
De una iglesia vacía.

Cedió crujiendo la pesada puerta;
Pasé el umbral...Temblosos claroscuros
Vagaban por la bóveda desierta,
Por los escuetos muros.

Las enhiestas ventanas de la altura
Alumbraban con lumbre mortecina
Los retablos de clásica escultura,
Los sitiales de encina.

Huérfano del calor del incensario,
Como perdido bajo el dombo inmenso,
Se alzaba entre las sombras del santuario
Leve girón de incienso.

Ecos de moribundas armonías
Aún vagaban por el viejo coro,
Y vibraban las hondas arquerías
Con mutismo sonoro.

Contemplé las imágenes sagradas
Envueltas en la sombra de sus mantos,
Y hundiendo en lo invisible las miradas
Como en éxtasis santos.

Recordé con amor, y al par con miedo,
De la niñez las pláticas sencillas,
Murmuré una oración quedo, muy quedo,
Y caí de rodillas.

Y ansié la luz...y me elevé á lo eterno,
Siguiendo de los ángeles los rastros;
Y oí cuál pulsan con preludio tierno
Sus arpas en los astros...

Y ansiando apocalípticos asombros
Subí de lo infinito las escalas ;
Y asombrado sentí que en mis dos hombros
Se agitaban dos alas.

Y volé como fuéra de mí mismo...
Y crucé los espacios estelares...
Y comulgué la luz en el abismo
De incógnitos altares.

En los trágicos senos de la altura
Volví los ojos á buscar mis huellas.....
Y cual manchas miré de luz oscura,
A mis pies, las estrellas.

Llegué al umbral de ignotos firmamentos,
Donde, en medio de azules claridades,
Guardaban dos esfinges soñolientos
Las eternas verdades.

Divisé con pavor incubaciones
De soles, en las bóvedas secretas ;
Y escuché luminosas vibraciones,
Y ritmos de planetas.

Y volé más, buscando los profundos
Secretos de las simas creadoras ;
Y miré larvas de increados mundos,
Y capullos de auroras.

Y volé más en lo impalpable...—¿ Dónde,
Dónde ¡ oh Padre !—exclamé con grito acerbo,—
Dónde la esencia de tu amor se esconde ?
¿ Dónde ocultas el *verbo* ?

Y me fuí sumergiendo en el vacío,
El *verbo* de la vida descifrando.....

II

Mas desperté al oír en torno mío
Rumor trémulo y blando.

Busqué con la mirada :—En un retablo
Que se ocultaba entre rincón desierto,
Vi alzarse la figura de San Pablo
Con un gran libro abierto.

Me acerqué á descifrar esa sombría
Hoja que el Santo con miradas graves
Contemplaba...La página tenía
Escondidas dos aves.

Dos aves que, escapando á los rigores
De Enero, que á los pájaros arredra,
Buscaron un asilo á sus amores
En el libro de piedra.

Y en el libro de páginas divinas
Escritas por un Dios,...medio escondido
Con el amor de un par de golondrinas
Vi palpitar un nido.

IDOLOS ROTOS.

AL SR. D. MARCELINO MENENDEZ PELAYO.

Del Oriente nos vienen la aurora y el Cristianismo.

HALLEY.

ALLÁ en la enhiesta cumbre
Que dora el sol con su postrera lumbre,
Y que el pastor en sus leyendas nombra,
Hay unas viejas ruínas
A donde sólo van las golondrinas
Que anidan al amparo de su sombra.

Al rayo postrimero
Del sol, asciendo el áspero sendero
Del hirsuto peñón, que alza en sus hombros
Ese templo volcado
Que entona en el poema del pasado
La estrofa secular de los escombros.

—

Y al fulgor del Ocaso
Por esas ruínas encamino el paso,
Que se elevan fantásticas y rudas
Entre la niebla fría, .
Y perturban la loca fantasía
Con el hablar de sus estatuas mudas.—

—

¡Hablar solemne y hondo!
Las rugosas estatuas, desde el fondo
Del corazón de piedra, torpe grito
Profieren, hueco y vago,
Con la voz cavernosa del estrago,
Por las ásperas bocas de granito.—

—

Asentando la planta
Sobre musgosas piedras, se levanta
Júpiter, triste y soñador, y muéstra
Partida en dos la frente
Por el rayo que el dios omnipotente
Antes vibraba en la temida diestra.

Dividiendo una losa,
De un viejo roble la raíz nudosa
En ancha curva sube y se recrea,
Como en lúbrico abrazo,
En comprimir con retorcido lazo
Los contornos de Venus Citerea.

—

A Laocón se mira
Que destaca los músculos con ira,
Bajo la negra cripta de una roca;
Y en actitud que arredra
Parece desgarrar la espesa hiedra
Que, al par que la serpiente, le sufoca.

—

Y escucho triste el viento
Que al rozar el marmóreo pavimento
O al pasar por las grietas de los muros,
Donde arraiga y se enreda
Hiedra tenaz, fantástico remeda
Maldiciones, sollozos y conjuros.

—

Dulce y mudo testigo,
Viene la Noche á meditar conmigo,
Y á revivir en los antiguos días
De amores y embelesos
En que el labio de Venus daba besos
Y la flauta de Pan daba armonías.

¡ Cuánto perdido germen !
¡ Cuántos recuerdos que en la sombra duermen !
¡ Cuántos placeres que sepulta el duelo !
¡ Cuántas memorias caras !
¡ Cuántos dioses volcados de sus aras !
¡ Cuántas aras volcadas por el suelo !

—

Y exclamo entre las ruinas:—
¡ Oh Humanidad ! ¿ á dónde te encaminas ?
¿ Qué ideal en la vida ha de guiarte,
Qué fuego ha de encenderte,
Si ya tus dioses duermen en la muerte,
Y ya en escombros se derrumba el Arte ?—

—

Y al eco que en las breñas
Alza mi voz, despierta entre las peñas
Un águila, espantada, que allí mora ;
Bate el ala potente,
Clava la vista en el lejano Oriente,
Y va á perderse en la rosada aurora !...

QUE ES DOLOR?

A. M...

¿PREGUNTAS qué es dolor?...Un viejo amigo
Inspirador de mis profundas quejas,
Que se halla ausente cuando estás conmigo,
Que está conmigo cuando tú te alejas.

¡OH ESTROFA!

A JOSE A. SILVA.

¡INSENSATO querer!...Cómo podría
En estrofa á la vez robusta y frágil
A un aleteo de águila bravía
Unir el grito del dolor, y el ágil
Ritmo en que ondula el valse al són del timbre
De las talladas copas en la orgía;
Juntar el hielo del sepulcro al mimbre
Del nido en que se duermen los polluelos;

El perfume de cámaras nupciales
Mezclar con los olores de las siegas
Cuando soplan los vientos estivales;
Negro de tumbas á carmín de auroras,
Color de Ofelias á color de Othelos,
Y todas las tinieblas del abismo
A todas las estrellas de los cielos.

¡Insensato querer!... Pues tú me niegas,
¡Oh estrofa! en vibraciones tentadoras,
Rimar la luz en el acorde mismo
Donde alumbren las cántigas sonoras,
Y darte sombras de tragedias griegas
Y claroscuros de leyendas moras!...

LIRAS ETERNAS.

I

LAS dulces arpas de los bardos celtas,
Ya por el musgo envueltas,
Ceñidas de crespón las cuerdas de oro,
Cuelgan del bosque anciano,
Tristes y mudas, sin que amiga mano
Arranque de ellas el raudal sonoro.

II.

Pero siempre en el bosque hay una rama
Que la brisa embalsama
Con el silvestre olor de la magnolia;
Y la oscura arboleda
Con el viento fantástica remeda
La blanda vibración de una arpa eólia.

III

Y si algún soñador vága y se pierde
Entre la sombra verde
Que incuba el bosque, y mira sorprendido
A las frondas oscuras,
Ve fulgurar un astro en las alturas
Y entre las ramas palpitar un nido.

IV

Y mira allí que, enamorada esposa,
La Soledad reposa
Junto al Silencio, que ante el arco roto
De torcida caverna,
Tañe en oscura melodía interna
La vibradora flauta de lo ignoto.

V

Que aunque alcéis á la muerta Poesía
Dolorosa elegía,
¡ Oh bardos ! y del arpa á los bordones
No arranquéis notas bellas,
Siempre darán fulgores las estrellas,
Siempre darán amor los corazones.

OCT 31 1928